

Juan Crisóstomo.

“La Reconciliación.”

Para Usos Internos y Didácticos Solamente
Adaptación Pedagógica: Dr. Carlos Etchevarne, Bach. Teol.

Contenido:

Biografía de San Juan Crisóstomo. Obras de San Juan Crisóstomo. La reconciliación en San Juan Crisóstomo.

Libro 1-o: al monje Demetrio.

Llorar los Pecados. Cuerpo Dolorido. Las Penas Para Quien Ofende al Hermano. Las Injurias. Castigo de Dios. El Remordimiento. Llorar la Prevaricación de la Caridad. La Reconciliación. Las Insidias. Los Motivos de Contrición: Perjurio, Resistencia, Avaricia y Soberbia. Dar Libremente. Amar a los Enemigos. La Vanagloria. Misericordia. No Juzgar. Observar los Mandamientos Acumular Tesoros en el Cielo. Discreción con los Paganos. La Puerta Angosta. Las Preocupaciones de los Trabajadores. Ejemplo de Pablo. La Compunción. Amor por Cristo. Con Pablo y los Apóstoles Imitemos el Amor por Cristo. Los Apóstoles. La Compunción es la Maestra de la Virtud, Colaboradora de la Gracia. La Gracia y la Voluntad Humana. Buscar la Verdadera Filosofía. La Compunción como luto por la Perdición de Dios. El Vestido de la Penitencia.

Libro 2-do. A Estelequio.

La Compunción Eleva a la Contemplación de las Verdaderas Realidades. Buscar la paz Celestial. Pablo — Modelo de Quien Vive Sobre la Tierra, Vida Celestial. Pablo es la Llama de Fuego. David, Tipo de la Compunción Cristiana. Purificar el Alma con el Fuego. La Meditación de David Sobre el Octavo Día en la Compunción del Corazón. Somos Siervos Inútiles. “Piedad de Mí Pecador.” Ingratitud de las Criaturas Hacia el Sumo Bienhechor. Ser Gratos con Dios. Los Dones de Dios. La Bondad de Dios. La compunción de Pedro y Pablo por el amor traicionado. Ser Generosos con Dios. La Soberbia del Espíritu Humano. Qué Compunción Corresponde al Perfecto y Cuál al Pecador. La Compunción de los Justos. La Compunción de los Pecadores.

Homilía I. Sobre La Penitencia.

Amor Materno en la Invitación a la Regeneración. El Amor de Juan por sus Amigos. El Dolor de Pablo por sus Fieles. La Desesperación y la Presunción, Armas del Demonio para Nuestra Ruina. La Desesperación de Satanás. El Ejemplo de los Ninivitas. Pablo Amonesta a los Corintios. También los Judas no deben Desesperar. Después de la Represión, la Caridad. El Miedo Obstaculiza el Perdón de los Pecados. La Parábola del Hijo Pródigo. Hijos de Dios por el Bautismo. Dios es el Medico. El Ejemplo de la Oveja Perdida.

Homilía II. Sobre la Confesión, la Tristeza del Rey Acab y el Profeta Joñas.

Caín, Ejemplo de Rechazo de la Confesión. No Desesperar. El Hecho de Caín. David, Modelo de Penitencia en la Confesión de su doble Pecado. El Arrepentimiento de David. La Contrición de Acab y de los Nini Vitas; Segunda vía de Purificación. Acab Lloró su Culpa. Dios es Benigno con el Pecador Arrepentido. Tercer Camino: La Humildad del Publicano. El Publicano, Aprovechador del Trabajo de Otros. La

Humildad de Pablo.

Homilía III. Sobre la Limosna y las Diez Vírgenes.

Cuarta Vía de la Penitencia: la Limosna. Llorar los Pecados. La Limosna está Simbolizada por el Aceite de las Vírgenes Prudentes. Necesidad del Aceite y de la Limosna. La Virginitad con la Limosna. La Virginitad. Quinta Vía de la Penitencia: Ejemplo y la Compunción de Pedro. Confesar los Pecados a Dios. Las Lagrimas de Pedro.

Homilía IV. Sobre la Conversión y la Oración.

La Confesión da Consuelo. Dios Permite las Penas para Inducirnos a Penitencia. La Vida Privada de los Santos. La Virginitad del Cuerpo y la Santidad del Alma. Volveremos a Dios con la Oración Humilde y Contrita. Escuchar a Dios. Dios nos Golpea para Sanarnos.

Biografía de San Juan Crisóstomo.

San Juan de Antioquía, Padre oriental y columna de la Iglesia universal, puede compararse con san Agustín en Occidente y es el más grande, sin duda, de los Padres de lengua griega. Por su elocuencia, posteriormente, se lo conocerá con el sobrenombre de “Crisóstomo” o “Boca De Oro.”

Nació en Antioquía hacia el 344; entre sus principales maestros encontramos al célebre Libonio. En el 372 fue bautizado.

Sus maestros de teología fueron Diodoro de Tarso y luego Teodoro de Mopsuestia. Más tarde se retiró a la vida solitaria bajo la dirección espiritual de un monje, para practicar luego la vida eremítica. Obligado por diversas enfermedades, regresó a Antioquía, donde fue ordenado diácono en 381 por Melecio y en el 386 sacerdote por Flaviano. Pronto sus prédicas se hicieron notorias en todo el Imperio bizantino; el emperador Arcadio en el 397 lo nombró patriarca de Constantinopla. Pero bien pronto, por sus continuas amonestaciones, se procuró no pocos enemigos, entre ellos a la emperatriz Eudoxia. Así en el año 402 Teófilo, Patriarca alejandrino, enemigo del santo, convocó un “conciliábulo” de 36 obispos, llamado “de las belotas” (año 402/3) en el cual, Juan fue depuesto de su sede patriarcal. El emperador bizantino aprobó la decisión del conciliábulo y decretó su destierro, pero dada la agitación de los fieles, tuvo que hacerlo llamar a la ciudad constantinopolitana. Las agitaciones entre las dos partes no se calmaron, por eso el emperador decretó por segunda vez el destierro de Juan, quien fue enviado a Cucuso en Armenia (404). Desde allí pudo mantener relaciones epistolares con sus amigos, por lo cual fue desterrado a Pitontia (Pitsunda), sobre las costas orientales del Mar Negro; pero dados los múltiples sufrimientos recibidos, murió en el camino, en Comana del Ponto, año 407.

Obras de San Juan Crisóstomo.

Los escritos de san Juan por su particularidad de contenido son distribuidos en cinco partes:

1) Obras exegéticas: el mayor número de las obras crisostomianas son de carácter bíblico, entre las más notorias tenemos: sobre el Génesis 9 sermones, que trata de los 3 primeros capítulos; un libro sobre toda la Escritura, con 67 sermones; también escribió sobre los libros de los Reyes, Salmos, Isaías; existen 90 sermones sobre el Evangelio de Mateo; 88 sobre el Evangelio de san Juan y 55 sobre los Hechos de los Apóstoles; además comentó todas las cartas de san Pablo. Por último pronunció 21 discursos sobre las “Estatuas.”

2) Sermones: una serie de discursos de amonestaciones; otros de contenido religioso

o referidos a las festividades religiosas; también algunos polémicos, 12 contra los paganos y 8 contra los judíos.

3) Tratados: entre las muchas obras de Juan abundan las de contenido ascético y de tipo monástico: “Dos exhortaciones a Teodoro caído”; “Sobre la compunción”; “Contra los delatores de la vida monástica”; “Sobre la virginidad”; “A una joven viuda”; “Contra las segundas nupcias”; “Contra aquellos que tienen en sus casas a las vírgenes,” “Sobre la necesidad de que las religiosas no vivan con los religiosos.”

4) Escritos de contenido consolador: Un tratado a Estagirio, atormentado por el demonio; dos escritos consoladores enviados desde el exilio; que Cristo es Dios contra los judíos y paganos; un tratado sobre el sacerdocio; la educación de los niños; la vanagloria y la educación de los hijos y uno de carácter **litúrgico**.

5) Epístolas: se conservan 236 cartas de Juan, escritas desde el exilio y enviadas a sus amigos para consolarlos.

La reconciliación en San Juan Crisóstomo.

Ante la necesidad de una sincera y profunda **RECONCILIACIÓN con Dios y consecuentemente con los hermanos, con el prójimo**, nos vienen en ayuda las exhortaciones de este gran Padre oriental que ha dejado preciosas páginas aptas para la iluminación espiritual, la exhortación y la instrucción del hombre actual sobre el verdadero camino de la reconciliación con Dios.

En la lectura de estas páginas se encuentran diversos caminos posibles a recorrer para obtener la “reconciliación” con Dios, para conseguir **el perdón de los pecados y para alcanzar la verdadera conversión personal y social**.

Este tratado escrito por el Santo está dividido en dos partes; la primera contiene dos libros “Sobre la compunción,” uno escrito a un cierto monje Demetrio y el segundo a Estelequio; luego siguen cinco sermones.

Cuando Crisóstomo trata sobre la compunción lo hace, hablando del inicio de la sincera conversión, del verdadero remordimiento del corazón, dando el auténtico contenido espiritual a las palabras de Pedro “convertios” (Hechos 2:37-38). Para iniciarse en el camino de la santidad el hombre es llamado a colaborar con la gracia divina con su voluntad, siempre necesaria para dar fuerza **al elemento humano y la colaboración humana necesaria para la conversión, mediante una vida devota, un examen de conciencia y un constante empeño personal**. La penitencia es necesaria para el hombre y se realiza mediante la confesión oral, la contrición del corazón, el rebajarse humildemente, el practicar las obras de misericordia, el vivir en continua comunión con Dios y con los hermanos, mortificando, pues, el cuerpo y el espíritu. Por un lado se exige la severidad y dureza contra sí mismo, y, al mismo tiempo, un abandonarse con fe y amor en Dios; lágrimas y alegrías espirituales. Dios acepta la verdadera reconciliación humana que está fundamentada en las lágrimas de los ojos que expresan el verdadero **arrepentimiento del corazón**. El arrepentimiento del corazón protege al hombre de nuevas caídas y libera a la sociedad de otros males humanos. El hombre arrepentido y reconciliado con Dios, llevara una conducta personal santa, por la cual la sociedad se sentirá aliviada del peso de las culpas humanas.

(“Bienaventurados los que lloran” son palabras duras, interpretadas por Juan, literalmente, sin ambigüedad, compromisos o glosas acomodadas. Para interpretar el genuino contenido cristiano de sus libros, es necesario tener presente la época crisostomiana, en la cual, por su celo pastoral, no podía callar los pecados cometidos por los cristianos que ofendían a Dios y se dividían entre sí.

A estos dos libros sobre la compunción, se agregan los sermones sobre la **Penitencia**, sobre la cual Crisóstomo predicó para volver a Dios y reconciliarse con él. Por eso, hay va-

rios caminos para la **reconciliación**.

1) **La confesión oral**, teniendo por modelo el comportamiento de David, que se dio cuenta del mal obrado y manifestó espontáneamente a Dios sus propias culpas y su profundo dolor; no actuó como Caín, que juzgó no ser perdonado por su pecado.

2) **La contrición**, es el dolor de la conciencia que se manifiesta en lágrimas por los pecados cometidos: tenemos el ejemplo del rey Acáb y el de los ninivitas que lloraron amargamente por sus pecados.

3) **La humildad**, es la conciencia de reconocer la propia culpa, sea cuando se haya pecado como el publicano, sea que no se haya pecado gravemente después del bautismo, como el ejemplo de Pablo.

4) **La limosna**, es el verdadero aceite necesario para encender las lámparas para la espera de la llegada del Señor.

5) **La oración**, es el remedio con el cual el **Médico divino cura el alma enferma**; es la invocación a Dios con confianza y fe perseverante como Jeremías, estando recomendada por los santos Evangelios teniendo como modelo el ejemplo de Pedro.

6) **El ayuno**, dos modos de ayunar; uno exterior, el ayuno de alimentos y el otro, más importante, el interior: **el ayuno del corazón**. Esta vía tan odiada por el mundo de los placeres, siempre acompañada con la oración fue practicada por los Santos penitentes y convertidos. Dios, muy a menudo, en la historia de la salvación advierte al hombre para que haga penitencia para salvarse como es el caso de Jonas y los ninivitas: Juan denuncia los espectáculos inmorales, los placeres a los cuales se han abandonado los hombres. Para ellos la vía de la salvación es el **ayuno**: la mortificación del corazón; el ayuno de los ojos, la virginidad; la pobreza; la fidelidad matrimonial; el cumplimiento de las leyes divinas que prohíben el adulterio de los sentidos y del espíritu, que violan la pureza exterior y la interior del corazón: “¿Cuándo no se convirtieron los banquetes en ocasión de pecado? ¿Y qué digo de pecado? ¿Acaso también de mayor idolatría y fratricidio?¹ Como está escrito: “se sentó el pueblo a comer y beber y se levantaron a fugar.” “El juego fue fruto de la embriaguez.”

Libro 1-o: al monje Demetrio.

Al verte insistir continuamente con tan fervorosas oraciones para que yo te escriba sobre la contrición, oh feliz Demetrio, reconozco que siempre he admirado tu santidad y la verdadera pureza de espíritu; no se puede llegar, a desear semejante discurso, sin haber sido antes purificados y puestos sobre todas las cosas del mundo.

Se puede notar fácilmente en aquellos que, tomados por tales deseos, se van continuamente transformando hasta el punto de dirigirse con facilidad hacia el cielo: porque con el alma, casi libre de las preocupaciones del mundo, como liberada de angustiantes cadenas, pueden ya volar al lugar propio y connatural a ella. Es cierto que esto puede pasar muy raramente en los hombres comunes durante toda su vida, pero en ti, oh hombre verdaderamente de Dios, sé cómo eres, tomado siempre por este fuego de la contrición. Me lo pueden confirmar tus noches sin dormir, las lágrimas que derramas continuamente, el constante y siempre más fuerte deseo de soledad de tu espíritu. ¿Qué ventajas entonces podrás sacar de mis palabras?

Es cierto por el hecho que tú piensas estar todavía entre aquellos que caminan por la tierra, si bien has llegado a la cúspide de la contrición, y dices, hecha de piedra tu alma, que ya tiene alas (Ez. 11:19; 36:26); lo que me dices apretándome, besándome y bañándome con lágrimas la mano “rompe mi corazón endurecido” (Deut. 15:7; Sal. 94:8; Hebr 3:8:15); todo en ti es para tener presente: el testimonio divino de tu gran diligencia y de tu gran fervor.

Acepto, entonces, tu propuesta como jnu y sabia y providencial, sólo porque proviene de tu propósito de despertarme del sueño; si además, tú verdaderamente tuvieras necesidad de quien te haga salir de tu estado, no sabría hacerlo de manera distinta de aquella que me has enseñado, porque de mí, no puedes aprender nada. Cederé todavía y haré cuanto me pides, por cada uno de los motivos que aduces: sea para no desilusionar la esperanza que pones en Dios; sea para no negarme a un pedido, dictado con tanto empeño; sea para no traicionar el amor que me tienes.

Tú, de tu parte, retribúyeme con tus oraciones por este servicio, para que yo pueda, luego de lo que diré, enmendar mi vida; mientras tanto pueda expresarme dignamente, de manera adaptada para elevar los espíritus abatidos e incentivar y sacudir las almas relajadas.

Llorar los Pecados.

¿Por dónde, he de empezar? ¿Sobre qué fundamento, y sobre qué base construiré este discurso? Seguramente, comenzaré con la expresión de Cristo que llama desgraciados a aquellos que ríen y felices a aquellos que lloran; me quedaré sobre sus palabras: ¡"felices los afligidos porque serán consolados; ¡ay! de vosotros que ahora reís, porque seréis afligidos y lloraréis!" (Mt. 5:5; Lc. 6:25).

Es verdad. El tiempo presente es una sucesión continua de aflicciones y lágrimas: tal el cúmulo de calamidades que ya aplasta completamente la tierra, los males que atenazan a todos los hombres. Haciendo un examen exacto, si tal examen fuera posible, no se terminaría de llorar y de afligirse; a tal punto todo es movimiento y ruina, que no hay un lugar que quede con señal de virtud.

Lo que es más grave, es el hecho que ni nosotros tenemos, ni a los otros damos jamás la posibilidad de tener, la sensación de los males que nos aprietan. Nos comportamos por las apariencias externas como florecidas, y por dentro, estamos consumados por el fuego de la grave enfermedad. Somos impasibles, como locos que hablan y actúan sin temer las consecuencias de lo que hacen, del peligro y de la vergüenza hacia las cuales van al encuentro; no solamente desvergonzados, sino hasta orgullosos de lo que hacen, teniéndose como más sanos que quienes están con ellos. Así como ellos actuamos también nosotros: estando enfermos y sin darnos cuenta de nuestra enfermedad.

Cuerpo Dolorido.

Cuando el cuerpo, está afligido por algún dolor, ciertamente, nos preocupamos por llamar al médico y gastamos dinero haciendo de todo y no dejando nada, para librarnos completamente del dolor; no tenemos preocupación alguna por el alma, herida y dominada totalmente por las pasiones del cuerpo. ¿Por qué sucede esto? Acontece porque la enfermedad ha hecho presa de todos, y ocurre lo que a los enfermos del cuerpo que no encuentran quienes puedan curarlos: en estas circunstancias, no hay nada que pueda impedir que todos precipiten en la extrema ruma, si no aparece alguien que domine la avidez de lo irracional.

Así nos sucede, desde el momento que nadie está sano por la pureza de la fe, pues entre todos los enfermos, quien más quien menos, no hay nadie en condiciones de auxiliar. Si viniera a socorrernos de afuera alguien, verdaderamente formado según los preceptos del Cristo, capaz de destruir el mal que domina en nuestra vida, encontraría en nosotros a los peores enemigos de Cristo, tan obstinados estamos en seguir el camino de los que se preocupan por el sentido opuesto al de sus preceptos.

Las Penas Para Quien Ofende al Hermano.

Para que no se juzguen excesivas mis palabras, intentaré ahora probar, no con cualquier argumento, sino con los entresacados **de las prescripciones mismas de Cristo**. "Ha-

béis oído que fue dicho a los antiguos: no matar. Pues yo os digo: todo aquél que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal, pero aquél que llame a su hermano, “imbécil,” será reo ante el Sanedrín; y el que le llame “renegado” será reo de la gehenna de fuego.” (Mat. 5:21-22).

Las Injurias.

Son palabras de Cristo, que nosotros hemos violado más de cuanto lo hacen los infieles, cada día colmando a los hombres de innumerables injurias. Cosa aún más grotesca es que evitamos llamarlos locos, pero no de lanzarles injurias, a menudo más graves, como si la pena fuese perdonada solamente por aquella expresión. No, no es así: con tal pena entiende condenar a cualquiera que haga injurias. Lo demuestran las palabras de Pablo que dice: “no os engañéis, ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios.” (1 Cor. 6:9-10).

Si quien dice a su hermano loco, merece tan dura condenación, ¿cuánto fuego de la Gehenna no merecerá el que le dice malhechor, maldiciente, temerario, vanidoso o tantas otras palabras ofensivas? Decir, pues, loco o estúpido es mucho menos grave que servirse de estas expresiones. Cristo omitió estas palabras, para que tú aprendieras que, si por un vocablo más soportable Él manda a quien lo pronuncia a la Gehenna, con cuánta mayor razón lo hará con los que usan términos más pesados o insoportables.

Si a pesar de esto, se quisiera condenar mi discurso como exagerado, en virtud de un tipo de interpretación, según el cual la amenaza sería hecha solamente para inspirar temor, pregunto porqué no excluir también de dicha condenación a los adúlteros, homosexuales, afeminados e idólatras. Es claro que si Dios hubiera amenazado para inspirar solamente temor a aquellos que dicen palabras injuriosas, el mismo principio tendría que valer para todos los enumerados entre los expulsados del Reino.

Castigo de Dios.

Pero puede plantearse la objeción ¿ubicaríamos a un maldiciente en el mismo nivel de un adúltero, afeminado, avaro o idólatra? Dejo para otro momento la cuestión si Dios indistintamente castiga a todos con la misma pena, mientras examinamos cuánto está escrito sobre ellos, que no obtendrán el Reino. Creo a Pablo, más bien a Cristo, quien por medio de él habló; afirma **que ni los unos ni los otros obtendrán la herencia en el reino de Dios**. Se han dejado llevar a juzgar este discurso sobre nuestro futuro, como hiperbólico, alcanzable no sólo a éste, sino también a otros puntos. Es un lazo del diablo, que quiere eliminar el temor de la futura condenación de los corazones, dolidos **por el amor de Dios, con la sola finalidad de hacerlos más frágiles en la observancia de los mandamientos**. Se introdujo, mediante la simulación de la hipérbole, con el propósito de administrar a las almas, así débiles, una ilusión engañosa del tiempo presente y que prepara a la condenación en el momento del juicio, cuando ya no habrá más tiempo para merecer.

Pero dime, ¿quién se dejará engañar así? ¿qué utilidad sacará cuando, dándose cuenta del engaño, no pueda merecer más con la penitencia, en el juicio de la resurrección? No nos engañemos más a nosotros mismos para nuestro daño, convenciéndonos con razonamientos inconclusos (Ger. 37:9; 2 Cor. 2:11; Hebr. 13:9). Porque merecemos la condenación más dura, al no creer en los preceptos de Cristo, además de no observarlos; la no creencia es fruto de la relajación en la observancia de los mandamientos.

El Remordimiento.

Cuando dejamos voluntariamente de cumplir y observar lo mandado, llegamos a que-

rer eliminar el pensamiento de las cosas futuras, por lo cual, nuestra conciencia queda gravada de pecado y angustiada; buscando de alejar el grave temor de las penas establecidas, no hacemos otra cosa que hundirnos en otro abismo mayor: el de no creer en estos tormentos.

Sucede entonces con nosotros, lo que sucedería a quien abrazado por la fiebre altísima, se echase al agua fría, con el resultado de no obtener un alivio, sino de agregar fuego al fuego. Así sometidos por la conciencia del pecado que nos remuerde, sentimos, también nosotros, la necesidad de encontrar una huida; y de las aguas que nos ahogan queremos refugiarnos en la hipérbole, pero sólo para continuar pecando sin temor alguno, porque no sólo nos irritamos con nuestros hermanos en su presencia, sino que fomentamos los pleitos en su ausencia, cosa que supera los límites de toda barbaridad. Nosotros que por temor, usamos tanta tolerancia humana con los más grandes y potentes que nos hacen injusticias y violencia, nos comportamos como enemigos con los iguales e inferiores que no nos dan motivo para lamentarnos. **Tanto prevalece el temor de los hombres sobre el temor de Cristo.**

Llorar la Prevaricación de la Caridad.

Cobardes y altaneros, damos sin embargo, importancia a nuestra salvación. Pero dime, ¿sobre cuál fundamento? Cristo no nos ha impuesto graves e insostenibles pesos (Mt. 11:30: 23:4 : 1 Jn. 5:3), sino solamente de no enojarnos sin razón con los hermanos, porque es mucho más fácil soportar a quien se enoja sin razón con nosotros (Mt. 5:22). Porque aquí encuentras ya acumulado el material para encender la ira, mientras allí eres capaz de avivar el fuego sin algún motivo; no es la misma cosa, resistir cuando otro te prende fuego que quedarse sereno y tranquilo, cuando nadie excita en ti la llama. Pues quien, en el primer caso, se llega a calmar, testimonia una gran actitud, mientras .que quien logra observar el deber puro y simple, no es digno de particular admiración. Si por temor a los hombres, hacemos lo más difícil ¿imaginas qué grave pena y castigo vamos a recibir, por el hecho de rechazar la observancia de los **mandamientos por temor a Dios?**

Por eso, aprecia a tu hermano, no solamente al que es igual en dignidad y libertad sino también a quien sea tu siervo. El Apóstol, pues afirma que en Cristo Jesús no hay esclavo ni libre (Gal. 3:28). Castigando, entonces, a los esclavos sin motivo, caemos en la misma pena, siendo ellos nuestros hermanos, **llevados a la verdadera dignidad y a un solo espíritu con nosotros.**

Ahora ¿quién podría ostentar una vida libre de malversaciones o de manifestaciones de ira, irracionales y no motivadas? No me objetes que no faltan aquellos que sólo raras veces son vencidos por tal pasión; dime más bien, si hay alguien que no haya sido jamás víctima. Hasta qué no me lo hayas indicado, no podrás hacerme creer libre de la amenaza de tal pasión, continuamente en el asecho. Quien, pues, comete el pecado de robo o de fornicación, aunque una sola vez, por el solo hecho de no haber tenido más veces desvergüenza no evita el castigo. No, absolutamente, quien lo ha cometido es castigado.

La Reconciliación.

Nos acercamos al altar enemistados, los unos contra los otros y en estado de ofensa, aunque Dios haya dicho: “Si ofreces tu oferta en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y ve a reconciliarte con tu hermano, sólo entonces vuelve para ofrecer tu ofrenda” (Mt. 5:23-24). Sí, Dios ha tenido muy en cuenta nuestra reconciliación, pues ha tolerado dejar incompleto su sacrificio, interrumpiendo el servicio litúrgico, para que se terminen las enemistados y la ira; y nosotros, en cambio, no nos preocupamos, a punto tal que para nuestro daño alimentamos el rencor por días y días. Cristo no sólo condena a los vengativos, sino también a aquellos que aunque no tan maldispuestos se

desentienden, sin embargo, de los hermanos ofendidos. Pero porque quien está herido se resiente y quien ofende no es presa fácil del resentimiento, Dios quiere de hecho comparar el primero con el segundo, siendo más digno de castigo el que fue a la raíz del pecado.

Nosotros, en cambio, lejos de hacernos educar según tal disciplina, por nada constrictamos a los hermanos y luego de haberles constrictado, no nos preocupamos por reparar el mal hecho, como si no lo hubiésemos cometido. De ellos nos olvidamos sin preocuparnos de la enemistad por tanto tiempo mantenida, no considerando que la pena será tanto más grave, cuanto más tiempo dejemos pasar sin reparar la ofensa, razón por la cual **la reconciliación nos será siempre más difícil, con el pasar del tiempo.** Como por el vínculo de amistad, no se da fácilmente valor y crédito a lo que divide, así en vez de prevenir la enemistad, nuestra alma busca y encuentra fácilmente algún motivo de desencuentro; creemos con preferencia al mal más que al bien.

Por eso, el Señor ordenó dejar el don sobre el altar e ir primero a reconciliarse con el hermano; quiere, pues, hacernos comprender que si no podemos absolutamente postergar la reconciliación en un momento como éste, tanto menos tenemos que postergarla en otros casos. Nos aferramos a las imágenes de la realidad, sin tener en cuenta la verdad que significan, como por ejemplo, cuando intercambiamos el beso en el momento de ofrecer el don, haciéndolo muy a menudo con los labios y con la boca, **mientras el beso que el Señor quiere que demos al prójimo, es el que nace del alma, el beso del corazón.** Éste es el verdadero beso, aquél en cambio es un gesto de escena teatral, un beso que dado de esta manera, más que aplacar a Dios, lo puede irritar. Pide de nosotros el amor sincero y profundo, no lo que es un simple signo formal, cuando se haya apagado completamente aquel fuego. Esto será más bien la expresión de la iniquidad que nos hace esclavos, como está escrito, “al aumentar la iniquidad el amor de muchos se enfriará” (Mt. 24:12). Así actuamos como hombres, a los cuales se les ha mandado no encolerizarse y no tener enemigos, o si los tenemos que sea sólo por un día, según lo que está escrito: “No se oculte el sol sobre vuestra ira” (Ef. 4:26).

Las Insidias.

No nos limitamos solamente a esto, sino que no hacemos otra cosa que maquinan insidias los unos contra los otros, morder y devorar nuestros miembros con palabras y obras, actuando como verdaderos y propios locos; esto, es pues el más claro signo revelador de una innegable posesión diabólica o locura. ¿Cómo, pues, tenemos que comportarnos con el adversario? Según la ley que destierra también las desenfrenadas concupiscencias, las miradas desordenadas, el amor irregular que es la causa de ruinas (Mt. 5:27).

El ojo derecho y la mano derecha (Mt. 5:29) que debemos suprimir, están para significarnos las personas que nos tienen un amor ruinoso: ¿no es cierto que, a menudo, por eso está violada y pisoteada la ley de no repudiar la propia mujer? (Mt. 5:31-32).

Los Motivos de Contrición: Perjurio, Resistencia, Avaricia y Soberbia.

Siento vergüenza de recordar las palabras del Señor que prohíben el juramento (Mt. 5:33-37), tanto si se jura continuamente, como si se perjura. Si el jurar, afirmando lo verdadero, es ya pecado y prevaricación de la ley, ¿dentro de qué categoría colocaremos al perjurio? Si no se considera más palabra del maligno, aquella que no va más allá del sí, sí, no, no ¿de quién viene la que va más allá de tal transgresión?

Está escrito además: “Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Al que quiere hacerte un juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto; y si te exige que lo acompañes un kilómetro, camina dos con él. Da al que te pide, y no le vuelvas la espalda al que quiere pedirte algo prestado” (Mt. 5:39; 39-42). ¿Qué cosa agregar a estas pa-

labras? No nos queda por todo eso, más que llorar y cubrirnos de vergüenza, desde el momento que la vía por nosotros deliberadamente seguida, corre en dirección opuesta. Pasamos el tiempo siempre en criticar y en hacernos la guerra, en litigar y en tomarnos de los pelos; no soportamos la más mínima molestia de las acciones o palabras de los otros, al contrario guereamos apenas sea posible, contra aquellos que nos ofenden.

Dar Libremente.

Quizás objetarás entre otras cosas que, algunos por haber sido excesivamente generosos con los pobres (Mt. 6:1-4) han quedado reducidos a la pobreza y no han obtenido más que desprecio y malestar.

Responderé, diciéndote ante todo, que tales hombres son poco numerosos; además, que entre número tan limitado, no encontrarás ninguno de los que llamamos filósofos, a saber, que haya abrazado un género de vida más espiritual. Una cosa, es dar libremente y otra es someterse a sufrir una total privación.

¿Pero por qué hablar de sufrir? Cristo ha dicho algo mucho más importante (Mt. 5:38-42). Su discurso ha querido eliminar del corazón del ofendido la ira por la injusticia sufrida, no sólo hasta el punto de no lamentarse del robo padecido, sino hasta dar gustosamente cuanto le haya quedado, mostrándose deseoso de padecer el mal, con más ardor que el que muestran los que locamente nos ultrajan. Porque cuando el ofensor encuentra al ofendido, dispuesto a padecer más de cuanto él mismo no quiere y, lo ve aún deseoso de nuevos ultrajes, mientras él no haya completamente satisfecho su ira de ofender, termina con alejarse vencido y humillado de tal extraordinaria tolerancia. Como si fuese aún un salvaje o peor todavía, **al comparar la propia maldad con su virtud, termina moderándose.**

Pero estoy aún buscando semejante modelo de vida encarnado, y no lo encuentro más que en la Escritura. No puedes decirme que encuentras en otro lugar alguien que, insultado sufra con paciencia. Pues, sucede que algunos soportan por no poder hacer menos; pero si bien da pruebas de paciencia con sus semejantes y con quien puede ofenderlo, no llega al extremo de vencer la avidez, darle más de cuanto él pretende, o de mostrar su magnanimidad, con ofrecerle voluntariamente más de cuanto él puede arrancar por la fuerza.

Lo que ha ordenado Cristo es algo más sublime que toca los vértices de la perfección, es decir, tratar como amigos y aún más, de verdaderos amigos, a los que nos maltratan, poniendo sus manos sobre nuestros bienes, nuestras personas y demás cosas. Él dijo: “No solamente tienes que dar a quien te roba y se hace rico dañándote, sino también amarlo con gran cordialidad y sinceridad.” Sí, verdaderamente, esto quiso decir con estas palabras: “Oren por aquellos que les maltratan” (Le. 6:28); nosotros, normalmente, lo hacemos por aquellos que amamos mucho. Porque tú, por engaño diabólico pudieses interpretar estas expresiones hiperbólicas, Él las acompañó con oportuna argumentación y justa motivación, concluyendo: “Si amaseis a quien os ama, ¿qué mérito tendréis? También los publicanos hacen así. ¿Y si saludareis a aquellos que os saludan, qué cosa hacéis demás? ¿No lo hacen así también los paganos?” (Le. 6:32). Ahora, si en esto no nos comportamos diversamente de los publicanos y de los paganos, ¿cómo podremos no afligirnos y llorar de modo adecuado?

Amar a los Enemigos.

Tal vez, nuestra malicia se limita a esto solo. No solamente estamos lejos de amar a los enemigos, sino que llegamos a rechazar y odiar también a aquellos que nos aman. Los rechazamos y odiamos al mirarlos con ojos malos, al envidiarlos, mediante insidias contra la fama y el buen nombre con cuanto hacemos y decimos, no sólo no distinguiéndonos de los paganos, sino teniendo un comportamiento aún peor que el de ellos. Cristo nos ha ordenado

orar (Lc. 6:28) por quienes nos injurian y no hacemos más que tramar engaños; hemos recibido la orden de bendecir a quienes nos maldicen, y no hacemos más que cubrirlos de infinidad de maldiciones, y por otro género de motivos. Tantos son entonces, los defectos que corrompen a nuestras obras buenas. ¿Quién actuando así, pecaminosamente, podrá salvarse?

La Vanagloria.

¿Qué cosa puede ser más grave que estar en abierto conflicto con Aquél que tales órdenes nos ha dado, resistiéndole y colocándonos en una postura diametralmente opuesta a la que ha ordenado? De hecho, hemos crecido en nuestra vanagloria, en esta tiranía que quiere destruir en lo que sigue del discurso (Mt. 6:1-6), a tal punto que ella domina sobre nosotros, no sólo en las oraciones, ayunos y limosnas sino también, en todos los demás campos, haciéndonos con tal locura más esclavos que aquellos que lo son, comprados con dinero. Todos lo ven, y no quiero, entonces, agregar más que la siguiente observación: algunos se muestran dispuestos a recibir los desprecios más extremos, pero no se preocupan de observar el precepto que conviene; otros, preparados para obedecer al menos en pequeña parte y buscando observar algunos entre ellos, incurren en la misma pena de los inobservantes, por no haber querido deponer las cadenas de la vanagloria: hay quien no hace absolutamente limosna; y hay quien da de lo que posee a los necesitados, haciéndolo por vanagloria, con lo cual no se comporta mejor del que no da nada. He aquí cómo el maligno puede hacer caer a todos de muchas maneras en la trampa.

Si alguno, llegase a evitar por una parte tal mal, he aquí cómo locamente precipita en una caída, aún más grave que la evitada, con la cual será castigado por el hecho en sí y también por la malicia que le agrega. Me consta que muchos socorren a los necesitados no tanto por la causa en sí, **el temor de Dios y sus mandamientos, sino por respeto humano.**

¿Quién podrá jamás recitar con confianza la oración: “perdónanos nuestras deudas así, como nosotros perdonamos a nuestros deudores”? (Mt. 6:12). Aunque no hiciéramos algún mal a nuestros enemigos, conservamos vivas las heridas recibidas. **Cristo quiere no sólo que les perdonemos, sino, que los tengamos también entre los primeros amigos; por eso ordenó también, rezar por ellos** (Mt. 5:4 3). Por lo tanto si no le haces mal, pero los miras con ojos menos benévolos, conservando en el corazón la herida viva, tú no observas el mandamiento de Cristo.

Misericordia.

¿Cómo podrías rezar que Dios te sea propicio, cuando no te mostraste misericordioso con quien te ha faltado el respeto? Dice un sabio, hablando sarcásticamente de semejante modo de actuar: “el hombre que conserva la cólera hacia el otro hombre, nunca puede atreverse **a pedir al Señor su salvación.** Si no tienes misericordia para tu semejante ¿cómo osas orar por tus pecados? ¿Si él, que es solamente carne, conserva rencor, quién usará indulgencia con él por los pecados cometidos”? (Sir. 28, 3-5).

Sobre esto quiero ya callar;-en este momento la vergüenza y el rubor me impiden proseguir el discurso, porque continuando tendría siempre más claramente que denunciar la guerra que hacemos **contra los mandamientos de Cristo, y la enemistad que tenemos en oposición al Mensaje.** No obstante esto, ¿qué ventaja hay en callar, cuando los hechos por sí solos, son elocuentes en deplorar tal guerra, y Aquél que nos juzgará, conoce perfectamente bien cada cosa antes que la hagamos?

Pasemos al mandamiento de atesorar no sobre la tierra, sino en el cielo (Mt. 6:19-20; Lc. 12:3 3). Hay quien lo observa por deber. Bien pocos. Los otros, pues, actúan como si hubiesen entendido lo contrario, es decir como si el Mensaje les hubiera revelado que tenemos que acumular tesoros sobre la tierra, desinteresándonos del cielo y pensando solamente en los

bienes de la tierra; locamente no hacen más que acumular riquezas y dan importancia al dinero, a precio de odiar a Dios. Respecto del precepto que dice: “no os preocupéis por el mañana” (Mt. 6:34), me resulta que a causa de nuestra poca fe, no hay uno solo que lo escuche y lo observe. Cubriéndome de vergüenza, lo quiero mencionar rápidamente, porque mientras se tendría **que creer a la simple afirmación de Cristo**, nadie de nosotros da muestras de creerle cuando son indiscutibles, no sólo sus razonamientos, sino también los ejemplos que nos ha traído, el de los pájaros y el de la hierba (Mt. 6:26. 30: Lc. 12:28). Por lo tanto, continuamos preocupándonos, al modo de los paganos, quizá también con mayor pusilanimidad de tales preocupaciones, por las cuales no fuimos invitados a rezar.

No Juzgar.

Me abstendré entonces por rubor, de hablar de este mandamiento para pasar al siguiente, para ver si es posible reponerme un poco de la vergüenza anterior. ¿Qué cosa está escrita seguidamente?, “no juzguéis para no ser juzgados” (Mt. 7, 1). Mientras creía encontrar una cierta compensación por aquella vergüenza, veo en cambio, sobrevenir abominaciones no menos graves que las precedentes, transgresiones que, aun si no hubiésemos cometido otras, serían suficientes para arrojarnos en la parte más profunda de la Gehenna; al mirar las vigas de nuestros ojos, somos severísimos en juzgar, como en los tribunales, las culpas de los otros y pasamos toda nuestra vida, intrigando con los hechos de otros y condenándolos.

Es difícil encontrar a alguien liberado de tal pecado; nadie lo está mientras viva en el mundo, sea monje o eclesiástico. Sin embargo, sobre tal culpa, pesa una tremenda amenaza: “Con el juicio con el cual juzguéis, seréis juzgados, y con la medida con la cual midáis, seréis medidos” (Mt. 7, 2). Aunque este pecado haya tenido tan grave sanción y no nos traiga ningún provecho, todavía todos incurrimos en él, con extraño apresuramiento, casi preocupándonos en llegar, no por uno sino por muchos caminos, al fuego de la Gehenna. Sí, todos igualmente caímos en pecados que aparentemente cuestan fatiga, o en aquellos que son más fáciles de cometer, realizando indiferentemente los unos y los otros; caímos en las transgresiones más leves, demostrando que evitamos los graves, sólo por perezosos y no por el valor dado a los mandamientos. Dime, ¿qué fatiga cuesta no condenar al prójimo por sus faltas y el no meterse en las cosas de otros? Lo contrario es lo que cuesta, el averiguar y juzgar al prójimo.

Observar los Mandamientos Acumular Tesoros en el Cielo.

¿Quién podrá negarme razón a lo que digo? Unánimemente, todos aceptan que somos inobservantes, más por pereza que por decidida voluntad. Pero si se admite que cuanto está ordenado sea fácil y ligero y cuanto está prohibido sea difícil y pesado, cuando así transgredimos los mandamientos y nos empeñamos por lo que está prohibido, ¿no actuamos —como dicen nuestros enemigos— sólo por contraponernos a Dios? Que observar los preceptos de Cristo no sea fatigoso, lo ha dicho expresamente El mismo: “Tomad mi yugo sobre vosotros, porque mi yugo es suave y mi carga es ligera” (Mt. 11:29). Pero nosotros, por cobardía incalificable, hacemos aparecer a todos, pesado lo que es ligero.

Ciertamente para quien no quiere trabajar y vigilar, le parecerá un continuo peso el tomar alimento y beber; pero los hombres vigilantes y abstinentes, no rehuyen las empresas más admirables y difíciles, al contrario se animan a enfrentarlas con más valor que aquellos perezosos y dormidos que realizan las acciones más fáciles. Ninguna cosa, pues, aun si fácil, podría no sernos demasiado pesada y difícil, sino somos haraganes e inertes y además ninguna cosa fatigosa y dificultosa podría no sernos demasiado fácil, si somos empeñosos y entusiastas.

Dime pues, ¿puede haber alguna cosa más desagradable que ponerse a salvo día a día, enfrentar las amenazas de la muerte? (1 Cor. 15:30-31). Todavía San Pablo se detuvo y habló

del “peso momentáneo y ligero de la tribulación que nos proporciona una cantidad inconmensurable y eterna de gloria” (2 Cor. 4:17). Porque, si la cosa es pesada por naturaleza, se hace ligera por la esperanza de las cosas futuras; ésta es la razón que el mismo Pablo dijo: “porque nosotros no fijamos la mirada sobre las cosas visibles, sino sobre aquellas invisibles” (2 Cor. 4:18).

Discreción con los Paganos.

Pero pasemos a considerar lo que Cristo continúa diciendo: “No deis las cosas santas a los perros y no echéis vuestras perlas a los cerdos” (Mt. 7:6). El lo ha dicho, evidentemente, dándonos una orden, pero nosotros por vanagloria y absurda ambición, hemos interpretado la prescripción tergiversando sus términos; y con ligereza, indiscriminadamente y sin previo examen, admitimos corruptores infieles, personas llenas de todo vicio, a la comunión de nuestros misterios (1 Cor. 10:16). Les revelamos todos los “artículos de la fe, sin que antes hayan dado segura prueba de la propia intención y acogemos en masa en los sagrados recintos, a gente que no tendría que ver aún el vestíbulo. Por esto, algunos, así, intempestivamente iniciados, muy pronto se han retractado, dándose a toda suerte de maldad. Tal terrible precepto lo transgredimos no sólo respecto a los no cristianos, sino también entre nosotros, cuando teniendo que participar en los inmortales misterios, los realizamos muy a menudo, en estado de impureza y descaradamente.

Además, nosotros desordenamos no solamente dichos preceptos, como todos pueden ver, sino también aquellos que siguen. Si Cristo, pues, ha dicho: “Todo cuanto queréis que los hombres os hagan, también vosotros hacédselo a ellos,” (Mt. 7, 12), nosotros, en cambio, les hacemos lo que de ellos no queremos padecer.

La Puerta Angosta.

Sometidos, luego, a entrar por la puerta angosta, buscamos por todos los lados, encontrar la espaciosa (Mt. 13-14; Lc. 13:24); y no sorprendería si solamente los seglares la abrazan y la prefieran; pero más que ellos, la van buscando importantes personalidades que, aparentan estar crucificadas, no terminando jamás de maravillarse al aparecer más bien como un enigma. Si, pues, pedís a un monje cualquiera, casi a todos, venir a prestaros algún servicio, esto es lo primero que inmediatamente contestan: querrán saber si en esto, podrán continuar con su tranquilidad; si quien les pide algo, puede asegurarles la paz; desde el principio al fin, no hablan de otra cosa que de serenidad. Pero ¿qué dices buen hombre? ¿Has recibido el precepto de recorrer el camino incómodo y pides tranquilidad? ¿Tú, que has recibido el mandamiento de entrar por la puerta angosta, vas buscando la ancha? ¿Podría darse desconcierto peor? Para que no creas que lo digo por manía de condenar, te contaré lo que me ha pasado.

No hace mucho, había decidido abandonar la ciudad y retirarme a las celdas de los monjes; también yo no hacía más que esto. Me preocupaba cómo podría proveerme de lo necesario, posiblemente comiendo pan fresco del día; quizás, obligado -a usar el mismo aceite para, la lamparilla y para el alimento; quizás, obligado a comer las miserables verduras y estar a duro trabajo; como carpintero, llevar leña, acarrear agua o prestar otro servicio de cualquier especialidad; en síntesis, me preocupaba mucho de mi tranquilidad, mientras que los que reciben de los príncipes, ministerios públicos y administraciones, no se plantean ningún problema de esta naturaleza, sólo les interesa saber si tendrán ganancia temporal.

Las Preocupaciones de los Trabajadores.

Estos pues, una vez que se atreven a esperarlo, no piensan más en las preocupaciones, peligros e ignominias; en el deber de estar sometidos como esclavos; en las prolongadas ausencias de la patria; en la permanencia en tierras extranjeras; en las ofensas; en los chismes,

en los cambios de situaciones; en las esperanzas frustradas a menudo antes de conseguir el propósito; en las muertes prematuras; en la separación de los familiares; en la soledad de la mujer y los hijos, y en toda otra dificultad; pero se enloquecen por la avidez de las riquezas y se someten a todo lo que creen que les permita obtenerlas. Al contrario, a nosotros, que no se nos ofrece dinero o tierra, sino el cielo y los bienes, “que ojo no vio ni oído oyó, ni jamás entraron en el corazón del hombre:”(1 Cor. 2:8), estamos buscando si tendremos la tranquilidad; ¡cómo somos más miserables y débiles que ellos!

¿Qué dices hombre? ¡Debes prepararte para el cielo, recibir el reino de lo alto, y vas preguntando si a lo largo del camino de aquí abajo, en el tiempo de peregrinaje, tendrás alguna incomodidad! ¿No te avergüenzas y no te enrojeces? ¿Cómo no vas a sepultarte bajo tierra? Aunque fueras al encuentro de todos los males que pasan a los hombres, calumnias, violencias, infamias, denuncias, espada, fuego, hierro, fieras, estrecheces, hambre, enfermedades y cuántas otras aflicciones desde principio hasta ahora trae consigo la vida, ¿tú no te reirías sin darle ningún valor? ¡Dime, si le dedicarás el menor pensamiento! Pero entonces ¿quién más estúpido, más miserable y más desgraciado que tú? Digo que quien está aprisionado por el ansia de las cosas del cielo, no sólo no tiene que buscar la tranquilidad, sino tampoco gustar de ella, si la tuviese ya a su disposición. Sería indecente que, mientras los amantes perversamente inflamados por sus amados, no encuentran gusto en otra cosa y entre tantas y tantas cosas no piensan nada más que en sus encuentros, nosotros, no dominados por amor perverso sino por el absolutamente supremo, no tuviéramos como vil la tranquilidad, si la tenemos y vayamos en su búsqueda, si no la poseemos.

Ejemplo de Pablo.

Hasta hoy, querido, nadie ha tomado como un deber el deseo de las cosas celestes; de lo contrario, juzgaremos como una sombra, mejor un juego para reír, cuanto nos aparece tan serio. Quien mira a las cosas presentes, no puede jamás ser digno de ver las futuras; quien, en cambio, tiene por vil las presentes, juzgándolas todas como sombra o sueño, conseguirá grandes bienes espirituales. Cuando el bien toma posesión de él, esto se asemeja al vigor que tiene el fuego, entre las espinas; arroja rápidamente del alma todo mal, incitándola con terrible látigo, aun cuando la encuentre afligida por innumerables males y en gran número la tengan maniatada las cuerdas de los pecados; cuando también la quemén las ardientes llamas de las pasiones, y tenazmente la opriman un inmenso tumulto de preocupaciones mundanas.

La Compunción.

Como el polvo liviano no puede resistir la fuerza de un viento furioso, así también, una infinidad de perversas pasiones, no puede sostener el ímpetu penetrante de la compunción; todo desaparece y se desvanece más rápidamente, que el polvo y que el humo. Por otra parte, si el amor físico por una mujer, subyuga a tal punto el espíritu que, lo distrae de toda otra cosa y lo esclaviza con la tiranía de la amiga, ¿qué cosa no puede hacer el deseo de poseer o el temor de perder a Cristo? Como es difícil, más bien, absolutamente imposible, mezclar el fuego con el agua, de la misma manera creo, lo es mezclar la voluptuosidad con la compunción, cosas contrarias que se destruyen la una con la otra. Porque la compunción es madre del llanto y la templanza, aquella en cambio, de la risa y de la locura; la primera vuelve al alma ligera y alada, la segunda la hace más pesada que el plomo. No buscaré de demostrarlo con mis palabras, sino con aquellas de una persona, totalmente poseída del santo deseo, de Pablo, **el ardiente enamorado de Cristo que**, por tal deseo fue a tal punto traspasado que, lloró porque tenía que aún esperar en esta vida, lejos de la patria: “En realidad, cuantos estamos en este cuerpo, suspiramos” (2 Cor. 5:4). Deseaba y anhelaba, todavía, permanecer aún aquí abajo por Cristo: “porque —agregaba— que yo quede en la carne es más necesario para

vosotros” (FU. 1:24), **para que la fe en Cristo fuese difundida**. Por eso soportó el hambre, la sed, la desnudez, las cadenas y la muerte, las peregrinaciones por el mar, los naufragios y todos otros males por él enumerados, (Rom. 8, 35-36) no solamente sin sentir su peso, pero hasta con alegría, por amor a Cristo. Por tanto dice: “Pues en todas estas cosas, nosotros somos más que vencedores por virtud de Aquél que nos ha amado” (Rom. 8:37).

No te maravilles, porque si el amor humano ha hecho muy a menudo a los hombres intrépidos hasta enfrentar la muerte, ¿qué cosa no hará en nosotros el amor a Cristo? ¿Qué dificultad no podrá aliviar? Para Pablo todo era soportable, porque miraba únicamente a su dilecto y, por Él estimó mejor —como de hecho es mejor— sufrir todo mal que concederse todo placer y gozo. Pensaba no permanecer más sobre la tierra, en vivir la vida presente y de estar presente entre los hombres, sino haber obtenido ya la tranquilidad del cielo, en compañía de los ángeles, en la posesión del Reino y en la alegría de vivir cara a cara con Dios.

Por eso, él despreciaba tanto los gozos como las penas de la vida presente, ni pensaba tampoco en la tranquilidad que nosotros continuamente vamos buscando, pero exclamaba: “Hasta este momento sufrimos hambre, sed, desnudez; somos golpeados, vamos vagando de lugar en lugar, nos fatigamos trabajando con nuestras manos; insultados, bendecimos; perseguidos, soportamos; calumniados, confortamos; somos hechos como la basura del mundo, el residuo de todos, hasta hoy” (1 Cor. 4:11-13).

Amor por Cristo.

Pero ¿por qué hablar de su desprecio por las miserias de esta vida? El deseo de Cristo lo dominaba de tal manera que, aunque le fuese propuesto soportar eternamente tales penas por amor a Cristo, absolutamente no las habría rechazado. Porque no servía a Cristo como nosotros que obramos por temor a la Gehenna y anhelamos el Reino como mercenarios; sino que, dominado por más noble y santa ansia, no sufrió y obró por otra cosa que para apaciguar su ardiente anhelo de Cristo. **Tal amor dominó sus pensamientos con tal fuerza que, gozo so habría abandonado cuanto más estimaba por estar con Cristo.**

Por Cristo habría preferido también su abandono, es decir habría abrazado como cosa deseada, aún preferible, tal indecible dolor...

Una vez, pues, que había dirigido los ojos del alma al cielo y se enamoró de aquellas bellezas, no dejó que descendieran sobre la tierra. Pablo, hizo como aquel pobre necesitado, encerrado por todo el tiempo de su vida entre las paredes de una obscura y miserable casa; cuando vio por azar un rey, entre los esplendores del oro y de las piedras preciosas, no tuvo más en consideración su miserable morada e hizo lo imposible para cambiarla, posiblemente con la del rey. Así el Santo, habiendo visto las cosas del cielo, despreció las miserias de aquí abajo y si bien tuvo que permanecer en el cuerpo entre los hombres, no quiere de ninguna manera volver a mirar las cosas del presente, dirigiendo todo a la ciudad de lo alto.

Con Pablo y los Apóstoles Imitemos el Amor por Cristo.

Lo que dije aquí, a muchos parecerá difícil de comprensión; pero si lo clarificara a cuantos pareció difícil, posteriormente resultaría increíble.

No hay que maravillarse desde el momento que hasta el Santo, no se ilusionaba de ser creído, pero dijo: “Yo proclamo la verdad en Cristo, no miento, y mi conciencia me los testimonia en el Espíritu Santo” (Rom. 9:1).

No obstante su discurso, y si bien apelara para confirmarlo al testimonio de su conciencia, Pablo aún hoy, no es creído. ¿Qué quiere decir? Ante todo, habló de las miserias de este mundo, diciendo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? Quizá la tribulación, la an-

gustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?” (Rom. 8:35). Luego, después de haber pasado lista a todas las miserias de la tierra, se elevó a las cosas del cielo, para decir **que no es nada importante despreciar por Cristo, los sufrimientos de aquí abajo**. Por último agregó: “Ni los ángeles, ni principados, ni virtudes, ni presente, ni futuro, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Cristo, en Cristo Jesús nuestro Señor” (Rom. 8:38; 38-39).

He aquí, lo que él quiere decir: “No me podrán separar de este amor, no solo los hombres, sino tampoco los ángeles; no tendrían tal fuerza las potestades de los cielos, puestas todas juntas; y ¿qué digo?, no temería tampoco por Cristo, tener que precipitarme del Reino y caer en la Gehenna. Altura y profundidad, vida y muerte no tienen otro significado.”

Habló así, además, no porque los ángeles, de hecho, lo quisieran separar de Cristo. Recurrió a estas palabras que jamás sucederían, sólo para poder expresar y dar la clara sensación a todos, del gran amor que lo poseía. Sucede a los enamorados, no poder tener oculto en silencio el amor y manifestar la llama a todos los íntimos, para dar tregua al ardor del deseo que quema sus almas con hablar continuamente. Tal fue el comportamiento del Santo, cuando abrazó en su decir todas las cosas, presentes, futuras y pasadas y jamás en grado de existir visibles e invisibles, las que molestan y las que calman. Como si no le alcanzaran las cosas existentes, para volcar en ellas su pasión, supuso e imaginó tantas otras inexistentes —otra criatura se refiere a cosas inexistentes—, y así razonó para decir que de todas las cosas mencionadas, **ninguna podrá separarnos del amor de Dios, en Jesucristo nuestro Señor**. Así elevó su pasión a tan sublime extremo, y nosotros, a quienes fue prescripto imitarlo (1 Cor. 4:16; 11:1), no somos capaces de soportar ni aun las aflicciones de aquí abajo. Nos afligimos e irritamos no menos que el que arde por la fiebre: sufrimos de grave enfermedad, de una enfermedad que, teniendo dominada nuestra alma, con el tiempo llega a ser incurable: de la verdadera salud no tenemos precisa idea, y ya no creemos que sea posible sanar completamente.

Los Apóstoles.

Cuando oímos hablar de los apóstoles, al escuchar las gestas ejemplares, deberíamos afligirnos por nuestro comportamiento, tan lejano del de ellos; en cambio, no lo juzgamos ni siquiera pecaminoso y nos dejamos llevar como si tal actitud de perfección fuese imposible. ¿Por qué? El por qué lo encontramos muy fácilmente en esta absurda justificación: “Aquél era Pablo, él era Pedro, él Juan.” Pero qué significa: 'Aquél era Pablo, él era Pedro.' Dime, ¿no eran también ellos de la misma naturaleza? ¿No vinieron al mundo por el mismo camino? ¿No crecieron, nutriéndose igualmente como nosotros? ¿No respiraron el mismo aire? ¿No usaron las cosas de las cuales nosotros nos servimos? ¿Quizás algunos de ellos no tuvieron mujer e hijos? ¿Algunos no ejercitaron también la profesión en el mundo, y algunos no estaban también- sumergidos en el pozo del mal? ¿Pero ellos -se objetará— fueron los privilegiados de la gracia de Dios! Si hubiésemos recibido el mandato de resucitar a los muertos, abrir los ojos a los ciegos, limpiar a los leprosos, enderezar a los cojos, expulsar a los demonios o sanar otras enfermedades, no estaría fuera de lugar tal justificación.

Pero, si la cuestión propuesta se refiere a las costumbres de nuestra vida y a la prueba de nuestra observancia, ¿este discurso qué tiene que ver con aquello? También tú, con el bautismo has recibido el poder gozar de la gracia divina y participar del Espíritu, no para obrar prodigios sino para conducir una vida recta y santa; la perversión tiene su origen solamente en nuestra malicia. En aquel día, **Cristo premiará no a quien haya obrado prodigios, sino a aquellos que hayan, simplemente, observado los mandamientos**: “Venid, benditos de mi Padre, a recibir en herencia el reino, preparado para vosotros, desde la creación del mundo; no porque hayáis obrado prodigios, sino porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me hospedasteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y

me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme” (Mt. 25:3 4). Entre las bienaventuranzas, pues, no se recuerdan los que obran prodigios, sino aquellos que llevan una vida recta.

La Compunción es la Maestra de la Virtud, Colaboradora de la Gracia.

Supongamos el caso que hoy, haya desaparecido el carisma de los milagros. Esto, no nos podrá perjudicar y ni tampoco lo podremos utilizar como excusa para justificarnos, cuando rindamos cuenta de nuestro obrar; no por los milagros admiramos a los santos —porque esto proviene de la potencia de Dios- **sino porque dieron prueba de vida angélica.**

Tal vida es fruto de la gracia suprema y del empeño humano; esto no lo digo yo, sino Pablo, verdadero imitador de Cristo. Cuando, pues, escribiendo a los discípulos, denunció a los falsos apóstoles y quiso evidenciar la distancia que media entre el ministerio laudable y el engañoso, no lo hizo recurriendo a los milagros, **sino a la práctica de la perfección.**

He aquí cómo se expresa: “¿Son ministros de Cristo? Estoy por decir una locura, yo lo soy más que ellos: más por las fatigas; más por las cárceles; infinitamente más por los castigos; a menudo en peligro de muerte; cinco veces he recibido de los Judíos, treinta y nueve golpes; tres veces fui azotado; una vez fui lapidado; tres veces naufragué, he transcurrido un día y una noche a merced de las olas; viajes innumerables, peligros de ríos, peligros de asaltantes, peligros de mis connacionales, peligros de los paganos, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros sobre el mar, peligros por parte de los falsos hermanos; cansancio, trabajo y vigilias sin número, hambre y sed, frecuentes ayunos, fríos y humedad. Y además a todo esto, mi preocupación constante por todas las Iglesias. ¿Quién es débil que no lo sea yo también? ¿Quién recibe escándalo que yo no tiemble?” (2 Co. 11:23-29).

Yo admiro a los apóstoles en cuanto que, aparte de la gracia a ellos concedida por divina disposición para realizar prodigios, no solamente rechazaron hacerse admirar, sino que se hicieron reprobos, a la manera de aquellos de los cuales Cristo había dicho: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y lanzado demonios y realizado muchos milagros? Yo entonces les diré jamás os he conocido: alejaos de mí, obradores de iniquidad” (Mt. 7, 22-23).

Por eso, también, amonestaba a sus discípulos: “no os alegréis porque los demonios se os someten, sino porque vuestros nombres están escritos en el cielo” (Lc. 10-20). Una vida recta, sin milagros será coronada, ni será menos premiada por no haberlos obrado: al contrario una vida inicua, aun con milagros, no podrá evitar el suplicio.

La Gracia y la Voluntad Humana.

El argumento que nos proponen es ocioso; no solamente es superfluo sino también peligroso, e incita a los heréticos a tomarlo como pretexto. Si la admirable conducta de los apóstoles, no dependiese de la libre voluntad sino solamente de la gracia de Cristo ¿qué cosa impediría a todos llegar a ser como ellos?

Lo primero que exige la gracia es la colaboración, de lo contrario se difundiría de la misma manera en todas las almas, **en cuanto para Dios no existe acepción de personas; precisamente, porque exige nuestra colaboración,** estimula y permanece en algunos, mientras se retira de otros e inclusive, no llega a alcanzar el primer momento.

Que Dios haya concedido a Pablo la gracia, poniendo primero a prueba su libertad de elección, cuando todavía éste no había manifestado en sí nada maravilloso, lo puedes entender de las palabras que dice el Señor de él: “Él es para mí, un vaso de elección, preparado para llevar mi nombre a los pueblos, a los reyes y a los hijos de Israel” (Hechos 9:15).

La gracia no actuaba aún cuando dio este testimonio, Aquél que penetra en nuestros corazones. No nos engañemos, carísimos, diciendo que es imposible ser como Pablo. Ciertamente, en cuanto a la gracia y a los milagros, no podrá jamás existir otro Pablo; pero en cuan-

to al compromiso de vida, cualquiera podrá ser como él, y si no lo es, depende tan sólo del hecho que no lo quiere.

No sé, cómo he llegado a la absurda pretención de buscar entre los hombres de hoy, uno semejante a Pablo. No logro ver a ninguno semejante que se encuentre en tercer o cuarto lugar después de él. De aquí, la necesidad de la aflicción, lágrimas y llanto, no sólo por uno o dos días sino por toda la vida, porque quien perseverare en tal actitud, difícilmente podrá pecar. Si no crees a mis palabras, examina la conducta de quien está afligido. Consideremos a uno que está triste por las aflicciones del mundo, no a uno de aquellos que llevan vida laboriosa, sino a un afeminado que no sepa hacer otra cosa que darse a los placeres.

Buscar la Verdadera Filosofía.

Gente de este género, se preocupa sólo de beber y de saciar el estómago, prolongando los almuerzos hasta la tarde y la cena hasta medianoche; rapiña al otro y no perdona ni al pobre, ni a la viuda ni al necesitado; se demuestra tan cruel y sólo cuando fuese golpeado por un luto grave, que abate y perturba el espíritu, abandona toda clase de molicie e iniquidad, cambia de vida, abrazando otra filosofía, demostrando rigor, velando o durmiendo en la tierra, con fuerza de ánimo, practicando ayunos, silencio, moderación, humildad y gran humanidad.

Aunque acostumbrados a robar a los demás, tales individuos están dispuestos a prodigar sus propios bienes; si se le amenazara quemar la casa, parece que no se angustian. He conocido a muchos que, después de perder uno de sus seres más queridos e íntimos, abandonaron la vida de la ciudad con sus comodidades, por aquella de la campaña; construyeron habitaciones cerca de las tumbas de los antepasados y allí terminaron su vida. Pero de esto, hablaré en otra ocasión.

Es cierto, que cuando sienten el luto, no piensan en lo que sucede a su alrededor; alejan del alma, quemándolo con el fuego del desconsuelo como heno o la flor del heno, la loca manía de acumular riqueza y poderes y gloria ante el vulgo. Ellos, entonces, dirigen sus pensamientos a tan sublime filosofía, y no soportan que se les hable de los deleites de la vida presente; no sólo se retractan, sino sienten gran amargura por todo lo que antes les producía placeres.

En este momento, pues, ninguno de sus familiares y de sus amigos osarían romper el silencio y hablar de las cosas del mundo, aun de las más necesarias. Todas estas cosas, están eliminadas por los filósofos; se contentan con sus razonamientos porque sus espíritus se han educado en el luto, como en un sagrado lugar, para reconocer la nada de la naturaleza humana, la fugacidad del mundo presente, la corruptibilidad e inestabilidad de la terrena existencia que se desarrolla, como una escena en el teatro de la vida.

En estas circunstancias, no se estiman más las riquezas; no hay más lugar para la ira, ni para la ambición. En aquel que es triturado por el dolor, no hay lugar para anidar a la envidia, ni para la loca exaltación de la soberbia, ni para encenderse en sensualidad. Puestos, pues, en fuga los pensamientos de todo género, sólo caben los que le inspiran la imagen del difunto que es su alimento y bebida, su sueño, placer y gran consuelo, que vale para él gloria, riqueza, potencia y delicia.

La Compunción como luto por la Perdición de Dios.

De la misma manera, también para nosotros es necesario llorar por la pérdida de nuestra salvación; a esto tenemos que dirigir la mirada del alma y con similar deseo y ardor, fijar la memoria y la imaginación.

Aquellos que han perdido hijos y esposa, absolutamente, no quieren volver la mente a otra cosa que a evocar la imagen de quien fuera arrancada de ellos, propiamente lo contrario de nosotros que, habiendo perdido el reino de los cielos, en todo pensamos, menos en esto.

Ninguno de éstos, aun de los más auténticos de sangre real, se avergonzará por observar el luto habitual; se sienta en tierra y llora amargamente; cambia los vestidos y se preocupa que nada falte al cortejo; no se preocupa del alimento ni de la salud, ni aun de aquellas enfermedades que son consecuencia de tales penas, sino que todo lo soporta con ánimo muy sereno. Testimonian el luto no solamente los hombres, sino cosas peores soportan las mujeres, aunque son más débiles de salud.

Nosotros, en cambio, que no lloramos hijos o esposa, sino la pérdida de la nuestra vida y no la ajena, aducimos como justificación y pretexto la debilidad física, la delicadeza con la cual fuimos formados. ¡Y ojalá fuera sólo esto! Descuidamos de cumplir también aquello para lo cual no es necesario esfuerzo físico. Dime, ¿qué esfuerzo físico exigen la contrición del corazón, la oración del ánimo, temperante y vigilante, la revisión de las propias culpas, la emancipación de todo orgullo o frenesí, la humildad y actitud del pensamiento! Son cosas que, **mientras nos vuelven aceptos a los ojos de Dios, no requieren gran fatiga; con todo no las hacemos.**

El Vestido de la Penitencia.

Nuestro dolor, en cambio, no impone solamente vestirse de penitencia, encerrarse en la propia habitación y estar allí en la oscuridad, sino más bien recordar siempre las propias debilidades, examinar la conciencia, comparándola con los rectos pensamientos, medir constantemente la extensión del camino que nos queda por recorrer para el reino de los cielos.

Me preguntarán, cómo se puede realizar ésto. ¿Cómo? Teniendo siempre presente la Gehenna y sus ángeles, que giran alrededor tuyo en todo lugar y en todo momento, que van recogiendo de todas partes del mundo, cuantos están por precipitarse en el infierno; y meditando, para evitar la Gehenna, y el grave daño de la pérdida del Reino. Aunque no estuviéramos amenazados por aquel fuego, y por las penas eternas, el pensamiento de estar lejos de aquel Cristo, entregado a la muerte por nosotros, es ya de por sí, el más grave suplicio, idóneo para despertar del sueño a las almas e inducir las por siempre a la templanza.

Pues, si al leer el ejemplo de las cinco vírgenes, dejadas afuera de la casa nupcial, por la falta de aceite, nos afligimos con ellas de tal desgracia, y estamos preocupados al pensar que podemos sufrir por pereza, la misma pena de ellas, ¿quién será todavía tan insensible y casi de piedra, para incurrir en tal negligencia, no obstante el fuerte aguijón de aquél ejemplo?

Aquí, se podría continuar y alargar todavía más este tratado, escrito sólo por obediencia y no por otro motivo; pero puede bastar y ser más que suficiente cuanto se ha dicho.

Del resto, sé que tú conoces bien todo lo relacionado con la virtud de la compunción; y estás en condiciones, aún callando, de participar a otros su conocimiento, con el requisito de que quieran vivir santamente contigo, **o ver con sus ojos, cómo tu vida está sacrificada.** De ti han de aprender la compunción, los contemporáneos que se alojan en tu casa y los que vendrán después que escucharán lo que se dirá de ti. Pienso pues, que la sola narración de tu vida, bastará para convertirlos.

Te ruego y suplico que quieras intercambiar el favor, recompensándome con tus oraciones, de manera que yo no. tenga sólo que hablar sino también, dar una viva demostración de compunción. Porque el enseñar y el no practicar no acarrea ganancia alguna, y es también, causa de grandes castigos y condenas para quien fuese tan negligente, en regular la propia vida. Está escrito pues: “No quien me dice, Señor, sino quien hace y enseña, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mt. 5:19; 7:21).

Libro 2-do. A Estelequio.

La Compunción Eleva a la Contemplación de las Verdaderas Realidades.

¿Pero, cómo es posible que yo cumpla tu deseo, oh Este-lequio, santo hombre de Dios, de escribir sobre la compunción, con un alma tan flaca y fría? Para expresarme sobre este tema sublime, pienso que lo primero a tener en cuenta ante cualquier otra consideración, es estar intensamente inflamado, ardiente de tal pasión que las palabras proferidas sobre el tema, caigan sobre las almas de los oyentes, enrojeciéndolas más que el hierro incandescente. Y a mí, tal fuego me falta; todo aquello que está dentro de mí “no es más que ceniza y polvo” (Gen. 18:27).

¿De qué parte, dime de dónde atizaremos este fuego, si no tenemos ni siquiera una llamita? No tenemos a nuestra disposición, leña ni aviva fuego para reanimarlo, y espesa es la niebla que la multitud de pecados extiende sobre mi alma.

Yo, ciertamente, no sé; por lo tanto, corresponde a ti, ya que me confías el encargo, decirme de qué manera pueda cumplirlo para efectuarlo como conviene: por mi parte, entiendo prestar el servicio de la lengua.

Ruega a Aquél que sana a los contritos de corazón (Sal. 146:3), infunde coraje a los pusilánimes y levanta de la tierra al pobre (Sal. 112:7), para que conceda el fuego que consume toda humana debilidad y corte toda somnolencia de la pereza y la pesadez de la carne. Pide a Aquél que endereza las alas del alma al cielo y desde tal ábside, cima escondida a nuestros ojos, muestra la vanidad y la ficción de toda la vida presente.

Buscar la paz Celestial.

Quien no alcanza a elevarse sobre las alas hasta allá arriba y a permanecer como en una gruta, no tiene posibilidad de ver cómo se aprecia la tierra y los hechos de la tierra. Siendo infinitas las cosas que oscurecen la vista, muchas que perturban el oído, y tantas que traban la lengua, es necesario abstraerse de toda perturbación, niebla y retirarse a aquella soledad donde la tranquilidad es plena, pura la serenidad, eliminada toda perturbación.

Hay que retirarse donde los ojos jamás fallan, **siempre fijos en el amor de Dios; donde los oídos están firmemente atentos a una sola cosa, a escuchar las divinas palabras** y aquellas suavísimas y espirituales sinfonías que conquistan al alma y la dominan con tal fuerza, que quien es arrastrado por ellas, no encuentra más satisfacción en tomar alimentos, bebidas o sueño. Por tanto, en él no debilitan tal tensión, el tumulto de las humanas preocupaciones y el peso de las corporales vicisitudes.

No llega, pues, a estos vértices sublimes del alma, el rumor de las terrenas furiosas tempestades. Está al seguro, como en la soledad de los montes más altos quien, allí se protege así, para no poder oír ni ver cuanto se hace o se dice en la ciudad, porque escucha solamente un horrible zumbido, no más agradable que el rumor de las avispas. Así no sienten nada de nuestras cosas aquellos que, retirados de la vida del mundo, han desplegado vuelo hacia la sublimidad de la filosofía espiritual; porque el cuerpo y los sentidos corporales, con una infinidad de ataduras, tienen ligada al alma para que ella se oriente hacia la tierra.

Pues, aquí abajo por todas partes, los sentidos se dejan llevar por la amarga tempestad de los mortales placeres, y entonces el oído, la vista, el tacto, el olfato y la lengua, no hacen más que recibir dentro del alma, tantos males que vienen de afuera. Cuando en cambio, el alma se hace etérea, se ocupa tranquilamente de las cosas espirituales, cierra la entrada a las malvadas fantasías con un muro, no obstaculiza la apertura de los sentidos sino, abriéndolos al camino de los más sublimes fines.

Del mismo modo, actúa una señora, capaz de infundir temor o temblor, al preparar un

ungüento refinado, precioso y de alto precio. Debiendo servirse para eso de muchas manos, despierta a sus siervas y las hace venir hacia sí; a una, manda separar con la criba, los aromas aún no preparados para el uso; a otra, hace examinar exactamente con la balanza y establecer si hay algo necesario de menos o de más, para que nada rompa las proporciones del conjunto; a otra, ordena cocinar a fuego lo que necesita; a otra, ordena quitar lo que no puede estar; a otra, hace poner y mezclar los diversos ingredientes; a otra, le dice estar vigilante con el vaso de alabastro; a una, hace sostener con la mano un vaso, a otra, otro. A todas impone así, concentrar la atención y poner la mente y las manos en aquel trabajo; con su empeño, impide que algo vaya mal; vigila todo, no concediendo ni aún a los ojos de ellas que giren por doquier o se distraigan. Así también el alma, cuando prepara el precioso unguento de la compunción, reclama la atención de los sentidos, cortándoles su negligencia.

Si por eso, verdaderamente se repliega sobre sí misma, para pensar en lo que exige la honestidad o la piedad, inmediatamente el alma pone en guardia a los sentidos que, absolutamente, se liberan de actividades intempestivas o super-fluas, contrarias a su tranquilidad interior. Por eso, aún si los sonidos golpean a los oídos y los espectáculos a los ojos, nada penetra interiormente si la actividad de cada uno de estos organismos, está dirigida al alma. Pero ¿por qué hablar de sonidos y espectáculos, por los cuales muchos, no ven ni quien pasa cerca de ellos y hasta quien los atropella? La fuerza del alma es tal que, quien lo quiere, encuentra hasta factible vivir sobre la tierra y al tiempo mismo como si tuviese la morada en el cielo, sin escuchar nada de cuanto ocurre sobre la tierra.

Pablo — Modelo de Quien Vive Sobre la Tierra, Vida Celestial.

Así fue San Pablo, que, viviendo aún en la ciudad terrena, vivió tan extraño a las cosas presentes, como estamos acostumbrados a separarnos de los cadáveres de los muertos.

Cuando dice: “para mí, el mundo está crucificado” (Gal. 1:6; 14), habla de este modo de ser, insensible, y no sólo eso sino también de un segundo modo igual, tanto que se pueden distinguir dos clases de insensibilidad. No dijo sólo: “para mí el mundo está crucificado” y basta, sino agrega también: “como yo lo estoy para el mundo” (Gal. 6:14), hablando claramente de un segundo modo. Gran filosofía, es juzgar muerto al mundo, pero más alta es la de comportarse como muertos para él.

Lo que Pablo quiere decir, aproximadamente, es lo siguiente: no sólo hay que ser extraños a las cosas presentes, como lo están los vivos de los muertos, sino como lo están, los muertos de los muertos. Porque quien vive, si bien no se siente atraído por el muerto, con todo experimenta para con él, otros sentimientos, admirándole aún la belleza pese a ser ya cadáver o demostrando compasión y llorándolo. Quien en cambio, está muerto no tiene para el muerto, tal comportamiento o disposición.

Esto es lo primero que dijo con las palabras: “para mí el mundo está crucificado” y agregando después, aquellas otras: “como lo estoy yo para el mundo.” Contempla, cómo es un extraño para el mundo y cómo, desde la tierra en la cual continúa viviendo inicia un salto y llega hasta la cima del cielo.

No comparemos esta cima con la altura de los montes, con sus bosques, valles y soledades inaccesibles, porque todo esto no basta por sí solo para eliminar las agitaciones del alma. Debe tenerse la llama que Cristo encendió en el alma de Pablo, y que él santamente fue realimentando con las meditaciones espirituales, que le permitían alcanzar tan sublimes alturas; avivada aquí en la tierra, su llama llegó primero a este cielo y después todavía a otro más. En efecto fue arrebatado hasta el tercer cielo (Gal. 12:2), pero su llama de amor por Cristo, le hizo sobrepasar los tres cielos y llegara todos.

Pablo es la Llama de Fuego.

Su estatura física era baja (Hechos 9:25; 2 Cor. 11:3 3), y por ello, no tuvo algo menos que nosotros; sino que superó fácilmente, a todo hombre de la tierra, por la actitud santa de su espíritu. No se equivocaría quien aplicase al Santo, la imagen de la llama, de una llama que, invadiendo toda la superficie de la tierra, se eleva en alto, subiendo hasta la esfera celeste y penetrando en la zona superior a la del aire; penetra de fuego las partes intermedias entre los dos cielos, no parando en su carrera, sino que pasa inmediatamente al tercero y continúa subiendo, todo cuanto se extiende a lo largo de la tierra y más allá de lo alto del tercer cielo.

Pero, con esto, no creo haber dicho lo mínimo de la inmensidad de su amor. Que la expresión no sea hiperbólica, lo podrá exactamente comprobar quien recorra cuanto escribí, acerca del argumento a Demetrio. **Así, hay que amar a Cristo y hacerse extraño a las cosas presentes.**

De tal naturaleza, se revelaron las almas de los santos profetas, que por ello se aprovisionaron de otros ojos. A su empeño **se debe el hecho y a la gracia de Dios** el de haberse vuelto extraños a los bienes presentes y el que hayan tenido otros ojos, para la contemplación de los bienes futuros.

Así Elíseo, habiéndose alejado de todo bien del mundo, se enamoró del reino de los cielos. Teniendo por vil todos los bienes presentes, **el reino y el poder, la gloria y el honor** por parte de todos, pudo ver lo que ningún otro jamás había visto, un monte perfecto, lleno de caballos de fuego, carros y soldados, atrincherados en el campo (Rey 6:17). Porque, no podrá jamás ser juzgado digno de contemplar las cosas futuras, quien se vanagloria de las presentes; solamente aquel que las desprecia, considerándolas sólo como sombras o sueño, llega fácilmente a aquellas grandes y espirituales.

También nosotros, cuando vemos crecer a nuestros hijos hasta llegar a ser hombres y no estiman las cosas de niños, les revelamos las riquezas que condicen con los hombres maduros; no les juzgamos capaces de estas últimas hasta que continúan entusiasmados por aquellas.

El alma que no se ejercita en el desprecio de las pequeñas cosas del mundo, no será atrapada por aquellas del cielo, y si no se entusiasma por éstas, no podrá reírse de aquellas. Esta verdad, la expresaba San Pablo diciendo que “el hombre animal no comprende las cosas del Espíritu de Dios” (1 Cor. 2:14), si bien, con estas palabras, él se refería a la doctrina; nosotros, podemos deliberadamente aplicarlas **a nuestras costumbres y a los dones de Dios.**

David, Tipo de la Compunción Cristiana.

Debemos buscar no tanto el lugar, cuanto el propósito de la vida solitaria, antes de cualquier otra consideración, que lleve al alma al desierto.

De tal santa disposición fue modelo David que, si bien habitaba en la ciudad en la conducción del reino y entre infinitas preocupaciones que lo tenían absorbido, vivía como raptado por ardor a Cristo, más que aquellos que viven como eremitas. Fue más fervoroso que cuantos han abrazado tal cruz, porque entre éstos, si bien hay algunos, hoy sólo a uno o dos podrías encontrar, con* iguales manifestaciones de lágrimas, gemidos y dolor, día y noche. No debemos tener en cuenta tan sólo los lamentos, sino también quien los derramó. Que sea humillado, rebajado y castigado un hombre de tal dignidad, por todos honrado y por nadie reprendido, no es lo mismo que para otro que actúa de la misma manera, siendo de distinta condición social.

El rey vive entre tantas cosas que lo inducen a la disipación o le impiden el recogimiento espiritual; de hecho, los placeres de todos los días lo llevan a la disolución y a la molicie; el poder lo infla y le transtorna la cabeza; el amor a la gloria y la lujuria lo queman, haciéndolo

hijo del extra-poder y alumno de los placeres. Además de eso, la preocupación por los negocios que de todos lados lo sarandean, tiene agitada su alma no menos que las mencionadas pasiones; así, la compunción no puede encontrar ni un pequeño resquicio para penetrar en él; tantas son las dificultades que ella encuentra.

La compunción, sinceramente deseada, es un bien que puede anidar solamente en un alma, libre de todos estos males. En cambio, quien vive como un ciudadano privado, alejado de tal torbellino, puede fácilmente llegar a tal meta, excepto que sea demasiado disipado; no lo puede, en cambio, **quien tiene gran poder, supremacía y autoridad**. Pienso, además, sea demasiado difícil o imposible que la voluptuosidad esté junto a la compunción; sería como pretender que el fuego estuviese junto con el agua, elementos contrarios que se eliminan mutuamente. La compunción, produce el llanto y la templanza; la voluptuosidad, es la madre de la ligereza y de todo abuso; la una, hace al alma liviana y alada; la otra, la vuelve grave y pesada más que al plomo.

No he dicho de David, lo que ciertamente es más importante, que vivió cuando aún no era exigida una vida tan austera. Estamos en tiempos, en los cuales tantas otras cosas fueron prohibidas, con la amenaza de graves penas; es severamente condenada la algarabía desmesurada; siempre se exaltan el duelo y la aflicción. El Santo, si bien con gran dificultad, las abrazó con gran fortaleza de ánimo, jamás teniendo en cuenta ni en sueño, a su reino y a su real majestad. Él, que reinaba, demostró en la púrpura, con la diadema y en el trono, tanta compunción, cuanto demuestra quien se pone el vestido penitencial, sentado en las cenizas y en el desierto.

Purificar el Alma con el Fuego.

Es un bien que confiere a quien verdaderamente lo tiene, el vigor que tiene el fuego entre las espinas. Aunque oprimido por innumerables males, muchas veces, atado por las cadenas del pecado, quemado íntegramente por el fuego de las pasiones, atormentado intensamente por el tumulto de los negocios del mundo, de todo es liberado al llegar a la compunción. Ella arroja todo e inmediatamente del alma, sólo con el simple golpe de su látigo. Como al ímpetu de un viento fuerte no puede resistir el polvo liviano, así los deseos de la carne no pueden sostener la entrada fuerte de la compunción; la limpia y hace desaparecer rápidamente el polvo o el humo. Si el amor carnal transforma al alma, casi en esclava del ser amado, hasta alejarla de cualquier otro amor y crucificarla solamente, a la tiranía de la persona amada, ¿qué cosa no podrá el amor de Cristo unido al temor de perderle? .

Estos sentimientos agitaron el alma del Profeta a tal punto que dijo: “Corno el ciervo busca las corrientes de agua, así mi alma aspira a Ti oh Dios” (Sal. 41:2); después: “Mi alma está por ti, como la tierra sin agua” (Sal. 62:2), y todavía “A Ti se abraza mi alma” (Sal. 62:9); pero en otro lugar: “Señor no me sanciones con tu furor y no me castigues con tu desprecio” (Sal. 6:2).

La Meditación de David Sobre el Octavo Día en la Compunción del Corazón.

No se diga que en este salmo, David, deplora el pecado; que esto no sea cierto, lo sugieren las palabras iniciales del título, que no hacen suponer tal cosa. Si del título no resultase claro el argumento, con buena voluntad se podría ver en él, una referencia a sus deberes; pero quien así pensase, recuerde que el relato no contiene esto; el tema tratado es otro. No confundamos el sentido de las divinas palabras, **y no demos más peso a nuestras elucubraciones que a las enseñanzas del Espíritu Santo**

¿Cuál es entonces el título? Está escrito: “sobre el octavo,” es sobre el octavo día, que es aquél, grande y luminoso, que arderá como fuego en un horno y hará temblar a las potencias superiores, según está escrito: “Las potencias de los cielos se conmovieron” (Mt. 24:29); él,

con el fuego mostrará precediendo al Rey eterno que desde entonces reinará.

Lo llamó el día octavo, para indicar que la vida futura transformará todo con la renovación total del estado actual del mundo. Donde existe sólo la semana, con su principio en el primer día y su término en el séptimo por la regularidad de las órbitas con los mismos intervalos, procede del mismo punto de partida, para retornar al mismo punto final. No puede llamarse octavo día al domingo, que es el primero del ciclo de la semana, que no termina en el número ocho.

El octavo día aparecerá en el mundo, cuando todas las cosas de aquí abajo, hayan alcanzado su término y sean destruidas; su ciclo no retornará al punto de partida, sino que habrá nuevos intervalos. Por la gran compunción, el Profeta conservó siempre esculpido en el corazón, el recuerdo del juicio, tuvo con alegría continua e interior, el culto de aquel día, del cual nosotros nos recordamos a duras penas y nos afligimos.

Escribiendo este salmo tuvo su mente, fija continuamente, en el juicio. Por tanto, dice: “Señor, no me sanciones con tu furor y no me castigues con tu desprecio” (Sal. 6:2). Habla de furor y desprecio, en la intensidad de la venganza; **sabiendo que a la Divinidad, le es extraña toda pasión y que sus acciones no serán dignas de pena y suplicios, sino de honores y diademas.**

Demuestran, evidentemente, la virtud y aún la perfecta conducta de vida, ya sea por el hecho que con su fe había destruido la torre de los gentiles extranjeros y, todavía más, había arrancado de las puertas de la muerte, a toda la nación judaica (1 Sal. 17); ya sea el hecho que trocaron en bien el mal de quien lo vejaba, no una o dos veces sino muy a menudo (1 Sal. 21; 2 Sal. 1, Iss); sea, particularmente, lo que Dios dijo, solamente, respecto de él (Sal. 88, 21-38). Sus acciones, por grandes y admirables que sean, podrían plantear tal vez alguna grave pregunta sobre su santidad, aunque también la perfección de las obras por él realizadas, alejan toda sospecha, porque si Dios dio testimonio de ellas, están más allá de cualquier sospecha. Si Dios no hubiera querido dar pruebas precisas de su virtud, no habría dado a David aquella celeste declaración. ¿Cuál? Dios dijo de él: “He encontrado en David, hijo de Jesé, a un hombre según mi corazón” (1 Sal. 13:14; 16:11-13:14; 16:11-13; 1 Rey 13:14).

Somos Siervos Inútiles.

Todavía, después de semejante juicio y tan grave virtud, David profirió expresiones de condenados que no tienen fe alguna en Dios; lo hizo, para cumplir el precepto evangélico: “Cuando hubiereis hecho todo aquello que os fuera ordenado, decid: somos siervos inútiles” (Lc. 17:10). Y, ¿qué otra cosa habría dicho el publicano, cargado de tan innumerables culpas, que no se permitió ni aun levantar los ojos al cielo, sino lejos de proferir un largo discurso, ni aun se atrevió a ponerse en el mismo lugar del fariseo? Éste, de hecho, para su desgracia decía: “No soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros, o como este publicano” (Lc. 18:11); y el publicano aceptó aquellas palabras como si en ellas no hubiese notado algo desagradable, no se indignó por eso, y aun más, tuvo tanta devoción por aquel insolente fanfarrón, hasta no creerse digno de la tierra que pisaba. No dijo una sola palabra que no fuese confesión de sus pecados, se golpeó fuerte el pecho y suplicó a Dios que le tuviera misericordia.

Mientras no causa ninguna maravilla que obrase así, quien, queriendo o no queriendo, tenía que estar con la cabeza inclinada hacia abajo, por la multitud de sus pecados; al contrario, es extraordinario y auténtico signo de ánimo contrito, el hecho que un justo, al cual nada remuerde la conciencia, llegue a condenarse como el publicano. ¿Qué diferencia hay, pues, entre las palabras: “Ten piedad de mí que soy un pecador” y las otras “Señor, no me sanciones con tu furor y no me castigues con tu desprecio”? (Lc. 18, 13; Sal. 6:2). La segunda oración dice mucho más que la primera, porque el publicano no se atrevió ni a mirar al cielo, mientras el justo hizo aún más; el publicano dijo simplemente: “Ten piedad de mí,” David

tuvo el coraje de decir no sólo: “No me sanciones,” sino también “con tu furor,” no sólo : “No me castigues,” sino también con “tu desprecio,” pidiendo, no sólo ser liberado de cualquier castigo, sino de huir de las penas más duras.

“Piedad de Mí Pecador.”

Entre las dos expresiones, podemos admirar la humildad del alma de David; se estimó digno de gran suplicio y **no creyó justo pedir a Dios la completa remisión**, cosa en cambio que, justamente, hacen aquellos que son dignos de la máxima condenación y que están persuadidos de ser más pecadores que otros hombres.

Pero, cosa más grande fue aquella de creer, que debía atribuirse solamente a la misericordia y benignidad divina, el hecho de no recibir la extrema condenación, después del pecado cometido, según está escrito: “Piedad de mí porque estoy sin fuerzas” (Sal. 6:3). ¿Cómo pudo decirlo? Como lo podía uno que mereció el testimonio de Aquél, al cual no escapan los juicios de Dios y que dijo: “Me he propuesto tus juicios” (Sal. 118:30), mientras resplandecía su luz más fulgurante que el sol.

Sí, es maravilloso el hecho que, habiendo llegado a tan alta perfección, no haya hablado o pensado de sí, soberbiamente, sino que se haya considerado el último de todos y haya comprendido que su salvación, depende solamente de la divina benignidad. Soy digno — parece que dice— de la inexorable justicia y del eterno suplicio, pero como no puedo de ningún modo gobernar, pido la liberación de estos males presentes.

Hizo como los siervos, responsables de innumerables fechorías que, no pueden negar haberlas cometido y por otra parte, no llegan a soportar el dolor de los látigos, y sin embargo, suplican ser librados al menos de otros castigos. Creo después que él, haya querido hablar de otro modo de “estar sin fuerzas” (Sal. 6:3). ¿Cuál? Lo que es fruto de la angustia y del llanto; porque cuando el exceso del dolor nos abate con más violencia, ordinariamente, corroe todas las fuerzas del alma.

Deduzco que el justo haya experimentado tal sufrimiento, por el hecho que repite siempre la propia condenación, sin jamás pensar en la esperanza del bien, con el constante temor aún de ser siempre peor. Lo aclara el texto siguiente: a la expresión, “Piedad de mí porque estoy sin fuerzas,” inmediatamente agrega: “Sáname, oh Señor, porque mis huesos tiemblan, y mi alma está toda desmoronada” (Sal. 6:3-4) y antes había dicho: “Señor, no me castigues con tu furor” (Sal. 6:2).

Tenía, sí, una conciencia pura y suplicó, no ser examinado en sus acciones con rigurosa medida ¿qué cosa haremos nosotros que estamos enredados con tantos males, tan lejos de poseer la esperanza, que él tenía en la confesión? ¿Pero de dónde el Santo sacaba motivo para esta confesión? Del haber aprendido que nadie puede crecerse justo delante de Dios y que el justo mismo se salva con dificultades; por eso rogó diciendo: “No llares a juicio a tu siervo” (Sal. 142:2), y con otras palabras: “Ten piedad de mí, oh Señor, porque estoy sin fuerzas” (Sal. 6:3).

Ingratitud de las Criaturas Hacia el Sumo Bienhechor.

Desde distintos puntos de vista, no podemos omitir la constancia de cómo Dios en su perfección, no se olvida por nada de las propias criaturas, y que de hecho, nuestra salvación se apoya sobre su benignidad. Reconocerlo es signo de alma contrita y de espíritu humillado; por esto, cualquiera que haya obrado cosas grandes y perfectas, tema y tiemble más que los mismos pecadores. Escucha, cómo tiembla David que dijo: “¿Si consideras las culpas, Señor, Señor, quién podrá resistir?” (Sal. 129:3). Sabía y tenía plena conciencia de la universal responsabilidad ante Dios por tantas deudas contraídas, y por el hecho de que aun los pecados más pequeños, por sí, merecen grandes castigos; por previsión, conocía ya las leyes que ven-

dría a dar Cristo y, creía en la grave pena con que El había amenazado no sólo a los asesinos, sino también a los violentos, a los maldicientes y a quienes consienten a los malos pensamientos, a los que se ríen desmesuradamente, a los que dicen palabras inoportunas, a los que se divierten y a cosas aún de menor importancia.

Ser Gratos con Dios.

De la misma manera, habría hablado Pablo, aunque nada le remordía la conciencia: “Aunque no tenga conciencia,” dijo, “de culpa alguna, por esto, no estoy justificado” 1 Cor. 4:4). ¿Por qué? Porque aunque no haya hecho algún mal y, así fue ciertamente, no por esto, podía creer de haber honrado a Dios en la debida medida: porque, aunque muriésemos infinitas veces y viviésemos, dando pruebas de toda virtud, no habríamos logrado rendir el honor, **debido a Dios por los bienes otorgados.**

Los Dones de Dios.

Considera, cómo Él nos ha creado del no ser al ser, que nos infundió un alma bien distinta de aquellas de los otros animales de la tierra; y para nosotros nos hizo un paraíso con la bóveda del cielo, creando debajo de él, la extensión de la tierra y en él, encendiendo espléndidas luminarias que adornan la tierra con lagos, fuentes, ríos, flores, plantas y, cubriendo el cielo con variadas constelaciones. Creó la noche para nosotros, más útil que el día para el descanso y la energía que nos da, porque con el sueño no menos que con los alimentos, nutre nuestro cuerpo, como podemos claramente comprobar por el hecho, de que mientras no podemos pasar pocas noches sin sueño, se soporta, en cambio, muchos días con hambre.

Todo esto Él lo hizo, no porque tuviese necesidad, porque se basta a sí mismo, sino que lo hizo para nosotros. Con el sueño, quiso apagar y disolver el ardor almacenado en el día, bajo el efecto de los rayos solares y de las ocupaciones diarias, para restituírnos renovados y frescos al trabajo.

En la estación invernal, con las noches más largas, nos ofrece más reposo y calor, obligándonos a quedar a cubierto; la obscuridad más larga en este período de tiempo, no es por pura casualidad, **sino por permisión de Dios que** concedió un más prolongado descanso; con esto, actuó como una madre que, amando entrañablemente a sus hijos, los acoge entre sus propios brazos, cerrándoles los ojos con la extremidad de su vestido para dormirlos.

Así, Dios extendió sobre la tierra, el velo de la noche para restaurar a los hombres de sus preocupaciones, porque sin este descanso quedaríamos destruidos por la actividad y por las innumerables pasiones que nos oprimen, mientras en la presente condición, aún contra nuestra voluntad, aliviarnos las fatigas y las limitaciones del cuerpo y, no menos que las del alma.

¿Qué decir, después, de la serenidad y de la calma de las horas nocturnas en las cuales reina la paz más perfecta, sin rumores ensordecedores?. No se escuchan más los clamores del día, cuando uno gime por la pobreza y, otro grita por los ultrajes recibidos; otro llora por enfermedad o mutilación; otro, en fin, por la muerte de los seres queridos, por la pérdida de dinero u otro humano contratiempo. ¡De cuántas desgracias libra la noche al género humano! Lo salva como de la tempestad, ofreciéndoles el refugio de su puerto tranquilo. Tantos bienes nos proporciona la noche, pero se conocen también todos los que nos ofrece el día.

¿Qué decir de Dios que nos ha hecho tan fáciles las vías de comunicación? Para que pudiéramos fácilmente comunicarnos los unos con los otros, sin el inconveniente de largos viajes por tierra; congregó los mares, caminos más breves para recorrer por todas partes de la tierra; así, habitando como en una sola casa, pudiésemos estar uno con otros y así poder, fácilmente, dar cada uno al vecino, aquello que personalmente posee y también de él, recibir lo que él tiene. Por tanto, siendo dueños de una pequeña porción de tierra, es como si la poseyésemos toda, pudiendo todos gozar de todo el bien, como es posible a cada comensal de una

rica mesa, participar a su vecino, todo lo preparado para él y, también recibir, con sólo extender la mano hacia lo que al otro se le sirve. Queriendo hablar de todo, nuestro discurso se haría extremadamente largo, y no lograríamos hablar más que de una mínima parte.

¿Cómo podría un hombre intentar medir la infinita sabiduría de Dios? Reflexiona, por ejemplo, sobre la diversidad de plantas, fructíferas e infructíferas que crecen en los desiertos, sobre la tierra, sobre los montes o en las llanuras. Considera la variedad de las semillas y de las yerbas, de las flores y de los animales de la tierra, anfibios o acuáticos. Piensa que cuanto vemos es para nosotros, cielo, tierra y mar y lo que en ellos se encuentra; que Dios ha fabricado el mundo entero, para que allí reinase el hombre, como el constructor de una casa real, espléndida, fulgida por el oro y brillante por el centello de las piedras preciosas. Para construir el techo de tal habitación, no utilizó piedras sino material, distinto y más precioso; encendió luces, no sobre candelabros de oro, sino disponiendo sobre la esfera del cielo, la existencia de luminarias que no sólo fuesen útiles, sino agradables a la vista. Quiere al pavimento como una mesa ricamente preparada y, se lo entregó al hombre que no le había dado prueba alguna de su bondad; ni lo privó de tal honor, después de la falta de reconocimiento por los dones de su gran Bienhechor. Limitándose a arrojarlo del Paraíso, con este castigo le impidió proseguir en el camino de la ingratitud.

La Bondad de Dios.

Estos y otros beneficios recapitula el Apóstol, movido por el Espíritu de Dios: las cosas que hizo desde el principio y las que hace cada día, lo que singularmente concede a cada uno y lo que en común da a todos, tantas gracias conocidas y tantas otras desconocidas y misteriosas para nosotros. Se refiere sobre todo a los bienes ya concedidos dentro de la economía del Unigénito, Hijo de Dios y a los que está permanentemente otorgando. Sobre todo, dirigió la mirada, hacia todos los lugares, recogiendo y deduciendo el innegable amor de Dios, ahogándose como en los abismos de un mar profundo y dándose cuenta de cuántos y cuan graves pecados fue culpable, y cómo de ellos no haya pagado un mínimo rescate. Por eso habló, propiamente, como si hiciera un escrupuloso examen de conciencia de los pecados aún más leves, olvidando sus grandes virtudes; al contrario de nosotros que, no tenemos en cuenta, ni siquiera en la memoria, nuestros numerosos y graves pecados y nos gloriamos, en cambio, de algún eventual y pequeño acto de virtud que no cesamos de exaltar e inflar hasta perder por vanagloria lo poco adquirido.

Así había dicho David cuando exclamó: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Sal. 8, 5), y no sólo esto, sino que condenó también su ingratitud diciendo: “El hombre en la prosperidad no comprende, y comparado con los animales que no comprenden, parece semejante a ellos” (Sal. 48:13).

La compunción de Pedro y Pablo por el amor traicionado.

Es siervo agradecido al Padre, quien, estima como hechos a sí, los beneficios otorgados a toda su familia, mostrándose comprendido, premuroso y casi deudor de todo. Éste es el comportamiento de Pablo, del cual es bueno volver a hacer mención; dijo que Cristo murió por él: “Esta vida en la carne,” afirmó, “yo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se dio a sí mismo por mí” (Gal, 2:20). Con tal expresión, no entendió limitar el don de Cristo sino hacerse responsable de todo, exhortando a todos a hacer lo mismo. **Si Cristo se hubiera encarnado solamente por uno, no sólo no habría envilecido su don, sino, que lo habría revelado mayor.** ¿Cómo? Demostrando, evidentemente, que por uno solo habría tenido el mismo cuidado de pastor, que va a la búsqueda de una sola oveja y por su pérdida se duele hasta las lágrimas.

Ser Generosos con Dios.

Si alguno habiendo recibido dinero prestado, no pudiéndolo restituir porque sumergido en un abismo de deudas y preocupaciones, no come y ni duerme, ¿qué penas no debe soportar el justo deudor que no debe dinero sino obras? Al contrario, por poco que hayamos restituido, nos comportamos como si hubiésemos liquidado toda la deuda; más, como si hubiésemos pagado en exceso; no hemos dado más que una pequeña entrega y nos comportamos alegremente, como liberados que reclaman la justa merced, aún más, una abundante recompensa; pretendiendo como esclavos o mercenarios que todo sea tenido en cuenta. ¿Qué dices, oh hombre cobarde y miserable? ¿Te propones cumplir lo que agrada a Dios o vas pensando únicamente en la recompensa? ¿Si después de haber caído en tu pecado, para salir, no querrías hacer el bien con todas las fuerzas posibles? ¡Ahora en cambio, haces lo que agrada a Dios y buscas otra merced!

Seguramente ignoras cuan bueno es agradar a Dios; si lo supieras, no juzgarías que pueda existir otra recompensa igual a ella. ¿No sabes además, que tal merced crece si cumples tu deber sin esperar recompensa? ¿No ves, también, cómo en el aprecio de los hombres son tenidos en mayor consideración, los que obran por agradar que por obtener la recompensa?

Hasta con los compañeros de esclavitud, algunos se comportan de esta manera, tan señorial; tú, en cambio, cuando tienes que obrar por tu salvación, antes de cumplir lo que debes, estás contratando la recompensa con el Señor que te ha hecho tantos beneficios y del cual tantos otros esperas.

¿De dónde nace nuestro cálculo, siempre frío y miserable, nuestro descuido más completo, en toda obra generosa? Por el hecho, que no logramos ni la compunción ni el menor recogimiento espiritual; por el hecho, que no hacemos exacto cálculo de lo que debemos a Dios por nuestros pecados y por sus beneficios, y no tenemos presente delante de los ojos, los grandes modelos de perfección.

Las obras buenas se nos escapan, porque en la prosperidad, nos falta la medida y cuando nos proclamamos pecadores, y lo repetimos a menudo, no somos verdaderamente sinceros. Esto resulta claro por el hecho que, cuando realmente lo oímos que otros nos lo dicen nos irritamos, montamos en furia y lo calificamos como un verdadero insulto. Así, lo que vamos diciendo es pura hipocresía y totalmente opuesto a la conducta del publicano. Este, ofendido por quien lo culpaba de numerosos pecados, no se sintió ofendido por sus insultos y de la propia conducta sacó provecho para volver justificado, más que el fariseo. Pero nosotros, aunque tenemos una infinidad de pecados, ignoramos hasta qué cosa sea una confesión.

La Soberbia del Espíritu Humano.

No sólo debemos estar convencidos de los pecados cometidos, infinidad de veces, sino también escribirlos todos, graves y leves, en el corazón como en un libro; para llorarlos como si los hubiéramos cometido recientemente, y así reprimir verdaderamente la soberbia del espíritu, haciéndole presente continuamente el recuerdo del mal cometido. Este recuerdo permanente de las culpas cometidas, constituye un bien tan grande que. san Pablo no terminaba jamás de hablar de las culpas ya canceladas.

Con el bautismo, había lavado todo pecado precedente y, ahora vivía una vida tan pura, que la conciencia no le reprobaba ningún pecado para llorar; se refirió a aquellos pecados ya cancelados por el bautismo, diciendo: “Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores, y entre éstos, el primero soy yo” (1 Tim. L:15); ahora confesando: “Me ha juzgado digno de confianza, llamándome al ministerio; yo antes fui un blasfemo, un perseguidor y un violento (1 Tim. L:12-13), yo perseguí a la Iglesia de Dios y la desbastaba (Gal. 1:13); yo no soy digno de ser llamado apóstol” (1 Cor. 15:9). De hecho, aunque estamos liberados porque

absueltos de los pecados, sin tener que rendir cuenta, podemos todavía servirnos de ellos, para remover a nuestra alma e inducirla al amor de Dios. Por eso, cuando el Señor interrogó a Simeón a cuál de los dos deudores a los que prestó, habría amado más: “Supongo que aquél, al cual ha perdonado más” y se sintió responder: “Has juzgado bien” (Lc. 7 43).

Qué Compunción Corresponde al Perfecto y Cuál al Pecador.

Recordando la multitud de pecados pasados, solamente así, reconoceremos la abundancia de la gracia de Dios; entonces nos inclinaremos a la humildad y seremos vigilantes; porque cuanto más graves fueron las culpas cometidas, tanto más grande resultará nuestra confusión.

Mientras Pablo recordaba los pecados anteriores, nosotros, en cambio, no recordamos ni las culpas cometidas después del bautismo, y las que corremos el peligro aún de cometer y de las cuales debemos examinarnos con un severo juicio. Si alguna vez, nos acontece recordar algún pecado cometido, casi tomados de una súbita emoción, rehuimos aun del más mínimo recuerdo que nos lleva el alma a la contrición; con una indulgencia inútil *y agravada por innumerables consecuencias tristes, porque sin tal contrición y con esta benignidad, no podríamos jamás confesar cómo se debe, las culpas precedentes. ¿Cómo confesarlas si solemos alejar su recuerdo? Y nos volvemos, cada vez más proclives a cometer nuevos pecados. Porque llegaremos a eliminar la pereza y la negligencia, en cuanto es posible, sólo si mantenemos vivo el recuerdo y el temor, en lo íntimo del alma. Pero si eliminamos aun este freno, ¿quién podrá detenerlo de precipitarse sin temor, de abismo en abismo, hasta llegar al fondo de la perdición?

La Compunción de los Justos.

A vosotros, que sois aventajados para obtener la compunción, bastará solamente que os recordéis de los beneficios de Dios, olvidados de vuestras virtudes; que os examinéis diligentemente por si habréis cometido pecado venial, con la mirada fija en aquellos santos modelos que fueron más aceptos a Dios; que meditéis continuamente sobre la inseguridad de nuestra condición futura y sobre la posibilidad de caer en pecado.

Lo temía aún Pablo, que dijo por eso: “Temo que después de haber predicado a los demás, no venga yo mismo descalificado” (1 Cor. 9:27). De la misma manera lo meditó en su corazón David, quien, considerando los beneficios de Dios, dijo: “¿Qué cosa es el hombre para que lo recuerdes y el hijo del hombre para que te ocupes de él? ¡Lo has hecho un poco menor a los ángeles, de gloria y de honor lo has coronado!” (Sal. 8:5-6); pero olvidando sus virtudes aun después de la innumerable secuela de gestos verdaderamente filosóficos, llegó a decir: “¿Quién soy yo, Señor Dios, y qué es la casa de mi padre, para que tú me hayas amado hasta este extremo? Y esto pareció poca cosa a tus ojos, mi Señor: Tú has hablado también de la casa de tu siervo, para un lejano porvenir; por ti, ésta es la ley del hombre, Señor Dios. ¿Qué podría decirte más David?” (2 Sal. 7:18-20). Reflexionando continuamente sobre la virtud de los antepasados y, al compararse, se juzga una nada, después de haber dicho*. “Nuestros padres esperaron en Ti” (Sal. 21:5); de sí agregó: “Pero yo soy un gusano, no un hombre” (Sal. 21:7). La incertidumbre del futuro la tenía siempre ante los ojos, a tal punto de preguntar “Conserva la luz a mis ojos, para que jamás me sorprenda el sueño de la muerte” (Sal. 12:4). Se estimaba reo de tantos pecados y rezaba: “Perdona mi pecado que, verdaderamente, es grande” (Sal. 24:11).

La Compunción de los Pecadores.

A vosotros, aventajados, bastará por eso solamente esta medicina; para nosotros, en cambio, hace falta otra, aquella potencia capaz de eliminar la soberbia y toda arrogancia. ¿De

qué medicina hablo? De la multitud de los pecados y de la mala conciencia, dos cosas que cuando realmente las valoramos, no nos permiten aún queriendo, elevarnos soberbiamente hacia lo alto.

Por eso, en verdad, te invoco y suplico, por aquella confianza que, gracias a tus obras santas, has conquistado ante Dios; alarga tu mano hacia mí que no ceso de rogarte, para que pueda adecuadamente deplorar mi pasado y empapar con llanto el camino amigo que me conduce al cielo; para que no tenga que sufrir las penas de los condenados, descendiendo al infierno, donde nadie puede confesar los pecados, dado que, no hay nada más que pueda liberarnos. Mientras permanecemos aquí abajo, podremos recoger de vosotros, frutos sabrosos y podréis ser para nosotros, beneficioso en sumo grado; pero cuando hubiéramos llegado allá, donde ni amigo, ni hermano, ni padre pueden ayudarnos, entre las penas, entonces será irremediable sufrir el eterno suplicio en la angustia, entre las profundas tinieblas privados de todo consuelo, perenne bocado para el fuego devorador.

Homilía I. Sobre La Penitencia.

Amor Materno en la Invitación a la Regeneración.

¿Os habéis recordado siempre de mí, durante este tiempo que estuve lejos de vosotros? Por mi parte, ni por un solo momento, verdaderamente, me he olvidado de vosotros; dejada la ciudad, no he dejado, en absoluto, de recordaros por que llevo siempre conmigo, las dulces imágenes de vuestras almas, como los enamorados, que aunque lejos, llevan por doquier consigo la semblanza de la persona amada.

También yo estoy atrapado por vuestra gracia espiritual, y como los pintores extraen las imágenes de los cuerpos, mezclando diversos colores, del mismo modo yo, he compuesto los varios colores de vuestra virtud, la diligencia en la asamblea, la atención para escuchar, la benevolencia en tratar a quien les habla y otras aún.

Pintando los rasgos de vuestra alma y poniéndolos ante los ojos, de tal imaginación he recibido, mucho consuelo la distancia, sentándome en casa o levantándome y calmado, reposando o entrando y saliendo; siempre y continuamente volvía a soñar con vuestro amor, no sólo de día sino también de noche, alimentándome de tales imágenes, encontrando alegría, con la misma pasión de Salomón, cuando dijo: “Yo duermo, pero mi corazón vigila” (Cant. 5:2).

El Amor de Juan por sus Amigos.

De hecho, la necesidad del sueño me cerraba los párpados, pero la tiranía de vuestro amor, alejaba luego el sueño de los ojos de mi alma, y a menudo creía hablar con vosotros en sueños; porque el alma por naturaleza sueña de noche lo que piensa de día, y esto me ha sucedido en este tiempo. No viéndoos con los ojos de la carne, os miraba con aquellos del amor; lejano con el cuerpo, me encontraba muy cerca de vosotros, con el afecto y también, en mis oídos resonaban siempre vuestras voces.

La enfermedad física me obligaba a quedarme aún allá, a disfrutar lo saludable del aire para la salud del cuerpo; sin embargo, el ímpetu del amor por vosotros, no me permitió y gritando y no cesando jamás de solicitarme, me ha convencido, finalmente, a regresar antes del tiempo que sería necesario, haciéndome estimar vuestra compañía, como mi bien y alegría. Así convencido, más que restablecido completamente de la enfermedad física, sufriendo por vuestro amor, he elegido volver, aunque arrastro conmigo los trastornos de la enfermedad.

El Dolor de Pablo por sus Fieles.

Allí me sentía acusado por vosotros, recibía continuamente cartas que me transmitían vuestras recriminaciones, a las cuales prestaba atención, no menos que a las alabanzas, porque finalmente también las quejas eran de almas que sabían amar. Por eso, he decidido levantarme de la cama y correr hacia vosotros, a quienes no podía alejar jamás de la mente.

¿Qué maravilla es que me recordase así de vuestra caridad, mientras vivía en el campo, gozando un poco de libertad, desde el momento que Pablo se recordó de los hermanos, cuando estuvo encadenado en una cárcel y veía pender sobre su cabeza, una infinidad de peligros? Encontrándose en la prisión, como en el campo abierto, así les escribía: “Es justo del resto que yo piense esto de todos vosotros, porque os llevo en el corazón, sea en las cadenas, sea en la defensa y en la consolidación del Evangelio” (FU. 1:7).

De afuera, cadenas de hierro por parte de los enemigos; de dentro, cadenas de amor, por los discípulos; aquellas exteriores eran forjadas de hierro, las interiores eran hechas de amor; aquellas se las sacó a menudo de encima, éstas no las rompió jamás. Como todas las mujeres, después de haber tenido la experiencia de los dolores de parto y siendo madres quedan por siempre ligadas a los que han dado a luz, así y más intensamente, Pablo se sintió atado a sus discípulos; tanto más intensamente, cuanto que la generación espiritual es fruto del amor más ardiente que el que proviene de la generación física.

No una o dos veces sufrió los dolores del parto, cómo lo dijo dando gemidos: “Mijitos míos, que yo de nuevo os engendro en el dolor” (Gal. 4:19). Si una mujer no puede jamás sufrir los dolores del mismo parto, por una segunda vez, Pablo en cambio, sufrió exactamente esto, que no es encontrable físicamente, es decir, parir de nuevo a los hijos ya engendrados, sufriendo por segunda vez, los fuertes dolores del parto. Con estas palabras: “que yo de nuevo genero en el dolor,” él quería conmoverlos casi con decir: “Evitadme los segundos dolores del parto; ningún hijo, atormenta así el seno de su madre, como vosotros con los sufrimientos que hacéis pasar; aquellos dolores destrozan por poco tiempo y cuando sale la criatura del seno, cesan, mientras que los dolores de este parto, permanecen por meses.”

Y Pablo, de hecho a menudo, sufrió por un año entero, a veces sin engendrar aquellos que había concebido. Allí, se trata de un sufrimiento de la carne, aquí los dolores no atormentan al vientre, sino desgarran hasta las fuerzas del alma. Para saber cómo estos dolores son más fuertes que los otros, busca de reflexionar que ninguna madre desearía sufrir por los propios hijos la Gehenna, mientras Pablo no sólo prefirió soportar la Gehenna, sino se auguró hasta de ser separado de Cristo (Rom. 9:3), para poder regenerar a los Judíos por los que sufría, siempre y continuamente, los dolores del parto; y porque no lo lograba, lloró exclamando: “Tengo en el corazón un gran dolor y un sufrimiento continuo” (Rom. 9:2), y todavía: “Hijitos míos, que yo engendro, nuevamente, por el dolor hasta que en vosotros se haya formado Cristo” (Gal. 4:19).

¿A qué seno podríamos decir más feliz, que aquél que llegó a engendrar tantos hijos que llevaron en sí a Cristo? ¿Cuál, más fecundo que aquél que engendró el mundo cristiano? ¿Cuál, más gallardo que el suyo que tuvo la fuerza de concebir y plasmar, por segunda vez y en manera perfecta, los hijos ya engendrados, crecidos y casi abortados, cosa que no es posible que suceda en la naturaleza?

Porque después no dijo: “Hijitos míos, que yo de nuevo engendro” pero usó el verbo que indica el parto entre los dolores. Otras veces usó el verbo engendrar: “Soy yo pues,” dice, “que os he engendrado en Cristo Jesús” (1 Cor. 4:15), cuando quiere indicar solamente la parentela; allí, en cambio, quiere subrayar la connotación de los dolores.

Además ¿cómo los llamó hijos suyos, prescindiendo del parto sucedido? Pues si sufrió los dolores, no los dio entonces a luz. ¿Cómo, por eso, llamarlos hijos? Para hacernos saber que aquí, no se trataba de los dolores del primer parto. La expresión tendría que sacu-

dirlo, porque valía decir: “He sido vuestro padre, ya una vez; he sufrido ya, lo que tenía que sufrir cuando fuisteis engendrados, y nacisteis de mí, ya una vez; ¿porqué entonces me ponéis una y otra vez en dolores? No bastaban sólo con los dolores que se sufren en el parto ¿porqué me destrozáis con nuevos dolores?”

De hecho, las caídas de los fieles no le fueron menos dolorosos que la de los infieles, porque no podía dejar de sufrir verlos arruinarse en la impiedad, después que habían participado a tan grandes misterios. Se lamentaba, por eso, amargamente y más acerbamente, de cuanto una mujer que da a luz, diciendo: “Hijitos míos, que yo de nuevo engendro en el dolor, hasta que en vosotros no sea formado Cristo” (Gal. 4:19).

Con estas palabras, quería infundir juntamente esperanza y temor; la expresión, en cuanto lamento que en ellos no se había aún formado Cristo, dice temor y angustia; en cuanto significa que, en ellos se podía formar Cristo, dice más bien esperanza; las palabras “hasta que no sea formado,” expresan propiamente la condición de quien quería decir las dos cosas, que aún no se había formado y que podía formarse. Si el formarse no fuera posible, no habría tenido sentido el decir a ellos: “Hasta que en vosotros no sea formado Cristo,” y él les habría nutrido de vanas esperanzas.

La Desesperación y la Presunción, Armas del Demonio para Nuestra Ruina.

Cuando estemos convencidos de esto, no desesperemos ni tampoco presumamos, para quedarnos con las manos quietas, porque entre ambos comportamientos, son perniciosos. La desesperación, no hace resurgir a quien haya caído; y la presunción lleva a la pereza y hace caer a quien está en pie; la primera normalmente termina, con hacernos renunciar a los medios que tenemos a disposición; la segunda no nos los hace utilizar para liberarnos de los males en los cuales estamos sumergidos. Mientras la negligencia nos precipita, aunque hayamos llegado a lo más alto de los cielos, la desesperación nos precipita al fondo del abismo de la maldad; no desesperando aún se puede salir de allí.

La Desesperación de Satanás.

Observa, además, lo que han hecho los dos comportamientos en el diablo. Antes de rebelarse era bueno, pero por causa de la negligencia y de la desesperación, precipitó gravemente en el mal, del cual no pudo más levantarse. Que antes era bueno lo afirma la Escritura: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un fulgor” (Lc. 10:8); la similitud del fulgor, manifiesta la luz de aquel que había subido en lo más alto y su perversión, cuando descendió tan bajo.

Pablo, antes blasfemador, perseguidor y violento, subió tan alto hasta ser igual a los ángeles, porque no desesperó y se esforzó; Judas, en cambio, de apóstol, se hizo traidor, porque fue negligente; el ladrón tan malvado como era, subió al paraíso antes que los otros, porque no desesperó; mientras el fariseo por su altanería, fue precipitado de lo alto, el publicano, en cambio, fue elevado tanto que llegó a ser superior a éstos porque no desesperó.

El Ejemplo de los Ninivitas.

¿Quieres que te demuestre, cómo esto se verificó con toda una ciudad? Con tal conducta, se salvó por completo la ciudad de Nínive. Contra los ninivitas ya estaba pronunciada la sentencia y ellos llegaron a la desesperación, no obstante lo cual, la ciudad fue salvada. El profeta no había dicho explícitamente que se salvarían, si se convertían, sino simplemente: “aún cuarenta días y Nínive será destruida” (Gen. 3:4); con todas las amenazas de Dios, los clamores del Profeta y la sentencia que no admitía dilación ni era conmutable, ellos no se desanimaron ni perdieron la esperanza de salvación.

El Profeta no quiso usar explícitamente el condicional, haciendo modificable la sen-

tencia con decir que si ellos se arrepentían serían salvados, justamente, porque también nosotros, sabiendo inapelable la sentencia de Dios no nos desesperemos y viéndola conmutable como fue entonces, podamos no desanimarnos.

Aquí, no sólo podemos observar la clemencia de Dios, que se reconcilió con los penitentes después de sentencia inapelable, sino también la finalidad por la cual pronunció tal sentencia, sin apelación, para aumentar en ellos el temor y despertarlos de la gran pereza. La misma determinación del tiempo demuestra su inefable benignidad, porque de hecho, tres días bastaron para cancelar tanta malicia. ¿Ves cómo también de esto resulta claro la providencia divina que, más que otra cosa, obraba para la salvación de la ciudad? Por tanto, estemos convencidos y no desesperemos jamás, porque el diablo no tiene arma más potente que la desesperación, y en consecuencia, con ningún otro pecado le damos tanta alegría.

Pablo Amonesta a los Corintios.

Escucha cómo Pablo temiese más por la desesperación del fornicador que, por el mismo pecado.. Así, pues, dijo escribiendo a los Corintios: “Se escucha por doquier entre vosotros hablar de inmoralidad tal que no se encuentra ni entre los paganos” (1 Cor. 5:1). No dice que se atrevía a cometer entre los paganos, sino que no se encontraba entre ellos, lo que quiere decir: “Vosotros hacéis lo que aquellos no permiten que ni se nombre, no obstante, os infláis de orgullo” (1 Cor. 5:2).

No afirmó que aquél se había inflado, sino que dejando hablar del pecador, se dirigió a los sanos como hacen los médicos que, cuando despiden a los enfermos, se quedan a hablar, preferentemente, con aquellos que se le acercan. En otras palabras, considerad a los Corintios, responsables también ellos de aquella locura, en cuanto no la habían corregido o amenazado. Entonces, en la reprimenda amenazó al pecador para que fuese rápida la curación de aquella plaga.

Verdaderamente, el pecado es un desastre, cuando se vuelve más grave por orgullo de pecar; si el inflarse por la santidad, es causa de su misma pérdida, enorgullecerse por el pecado, arrastra más ruinosamente a la extrema perdición, siendo tal culpa, más grave que los mismos pecados. Por esto está escrito: “Cuando hayáis hecho todo aquello que os fue ordenado, decid somos siervos inútiles” (Lc. 17:10).

Ahora, si se deben humillar aquellos que observan cuanto está ordenado, es más que justo que los pecadores lo hagan mucho más, llorando y colocándose entre los últimos. Esto quiso decir el Apóstol con estas palabras: “¿Y por qué, preferentemente, no os habéis afligido?” (1 Cor. 5:2).

¿Qué decís? ¿Otro ha pecado y yo tengo que afligirme? Sí, responde; porque unos estamos ligados a otros, como los miembros de un solo cuerpo. En el cuerpo observamos cómo, herido el pie, se dobla sobre la llaga la cabeza; la cabeza es juzgada por nosotros más digna de consideración pero en caso de adversidad no se detiene en su dignidad; obra también tú, de la misma manera.

Pablo exhorta a “alegrarse con los alegres y a llorar con los que lloran” (Rom. 12:15); por eso a los Corintios continúa diciendo: “¿Y no os habéis afligido para que fuera echado de entre vosotros, el autor de semejante acción?” (1 Cor. 5:2). No los reprende porque no se han curado, sino porque más bien, no se habían entristecido por el hecho de que toda la ciudad fuese castigada de semejante peste o epidemia.

Los exhortó al deber de la oración, de la confesión y de la imploración para que toda la ciudad se librase de tal enfermedad. ¿No ves, con qué fuerza los atemorizaba? Los puso al borde de la muerte, porque habían creído que aquel mal, se quedaría en aquel hombre y no afectaría a los demás, diciendo: “¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa?” (Cor. 5:6). Y ciertamente es así: el mal camino, poco a poco, infecta a todos los miembros; por tanto, quien se empeña por el bien común, tiene que preocuparse de esto. No

me vengáis a decir, que fue aquel quien pecó, piensa más bien, que la terrible enfermedad de la cual está infectado, infeccionará todo el resto del cuerpo.

Como cuando se quema una casa, aquellos que se libraron del flagelo, no se quedan menos preocupados que aquellos que están adentro, y se empeñan al máximo paja que el fuego, que continúa avanzando, no llegue hasta las puertas de sus casas, de la misma manera, también Pablo despertó del sueño a los Corintios como quien dice: “Está produciéndose un incendio, prevengámonos del peligro y apaguémoslo antes que se propague a toda la Iglesia.” Si no das ninguna importancia a la culpa porque no la has cometido tú, como si perteneciera a otro cuerpo, esto será peor para ti, **porque el otro es miembro del mismo cuerpo.**

También los Judas no deben Desesperar.

Considera también, que si actúas con superficialidad y despreocupación frente al mal, éste, en cierto momento, te infectará; por tanto, si no es par el hermano, despiértate por ti mismo, aleja la peste y reprime la locura, bloqueando el desastre.

Por eso, Pablo después de haber dicho esto a los Corintios y haberles impuesto la obligación de entregarlo en manos de Satanás, habiéndose aquél convertido y mejorado, agregó inmediatamente: “Es ya suficiente el castigo que sobrevino a los demás, así que tendréis que tratarlo con caridad” (2 Cor. 2:8).

Después de la Represión, la Caridad.

Primero lo había presentado a todos, como un adversario y enemigo, excomulgándolo y expulsándolo de la grey; luego observa con cuánta consideración lo trata para reconciliarlo y readmitirlo. No exhorta simplemente a amarlo, sino a “tratarlo con caridad,” es decir, a demostrarle un amor firme y estable, con una benevolencia calurosa, ferviente, inflamada que fuera apta para balancear la procedente adversión.

¿Qué cosa ha pasado? Dime, ¿no lo había entregado a Satanás? Sí, responde; pero no para que quedase en sus manos, sino más bien, para librarlo rápidamente de la tiranía de Satanás. Mira, repito, cómo Pablo teme a la desesperación, porque es arma potente del diablo. Dice, por tanto, de usar benevolencia dando para ello, esta motivación: “Para que él, no sea atrapado por una aflicción más fuerte” (2 Cor. 2:7). La oveja, quiere decir, está entre las fauces del lobo, apurémonos entonces a arrancársela antes que la devore, para que no se pierda un miembro de nuestro cuerpo; la nave corre el peligro del naufragio, apurémonos a salvarla antes que se hunda, porque cuando el mar está agitado y se levantan de todas partes, violentas olas, la embarcación corre el riesgo de sumergirse; así también su alma, asaltada por todas partes por la tristeza, será rápidamente sumergida, si no encuentra a alguien que le dé una mano. La aflicción por el pecado es saludable, pero si es desmedida lo hace desesperar.

Mira, por eso, cómo es exacta la expresión, que nos dice: “Que Satanás no lo haga caer en ruina,” pero ¿qué dice? Para que no caigamos en poder de Satanás (2 Cor. 2:11). Se dice poder, lo que quiere disponer de las cosas de otros: con aquellas palabras entonces, “para que no caigamos bajo el poder de Satanás,” Pablo insinúa que aquél, no está más en su dominio, sino que, por la confesión y la penitencia, pertenece a la grey de Cristo; si, pues, el diablo nuevamente lo hubiera hecho caer en su dominio, habría arrancado a un miembro de nuestro cuerpo y llevado de la grey a una oveja que ya, por medio de la penitencia, había abandonado el peso del pecado.

El Miedo Obstaculiza el Perdón de los Pecados.

Como conocía lo que el diablo había hecho con Judas, Pablo temía que pudiera ocurrir lo mismo también en aquel caso. Y ¿qué había hecho con Judas? Este, se había arrepentido y luego exclamó: “He pecado, traicionando la sangre inocente” (Mt. 27, 4) y el diablo que

oyó sus palabras, entendió que había retornado al camino del bien y encaminado hacia la salvación.

Temiendo que se convirtiera, decía: “El, tiene un Señor benigno, si cuando estaba por traicionarlo, lloró por él e hizo lo imposible para recuperarlo, ahora que se ha arrepentido, hará mucho más para acogerlo; si cuando estaba obstinado en el mal, lo había llamado, ahora que ha reconocido su pecado, ¿no lo atraerá mucho más? Para esto El ha venido, para hacerse crucificar. ¿Entonces, qué hizo el diablo? Con el miedo que le despertó, le obscureció su espíritu, haciéndolo caer en un profundo desaliento, lo dominó y no le dejó en paz hasta que lo condujo a colgarse, quitándole la vida presente y privándole de la confianza en la penitencia. Es claro que si hubiera continuado con vida, se hubiera salvado. Lo prueban aquellos mismos que lo crucificaron, que El, desde lo alto de la cruz, salvó invocando al Padre, e implorando para ellos el perdón, por lo que estaban realizando. Evidentemente, habría recibido con toda benignidad a quien lo había traicionado, si se hubiera arrepentido como debía; pero aquél, devorado por la excesiva tristeza, se negó someterse al remedio.

Por eso, Pablo, tuvo razón de temer aún por aquél de los Corintios que quería liberarlo de las fauces del diablo. Pero ¿por qué quedarnos en el hecho de los Corintios? Pedro mismo que, después de haber participado en los misterios, renegó del Señor por tres veces, ¿no tuvo que cancelar aquella mancha con lágrimas? Y Pablo, el blasfemo, violento, perseguidor del Crucificado y de todos sus seguidores, ¿no tuvo también él que arrepentirse, para luego ser el apóstol? Dios no pide de nosotros más que esta sola condición, para perdonarnos nuestros muchos pecados; esto, lo dijo, con una parábola que deseo exponeros.

La Parábola del Hijo Pródigo.

Habían dos hermanos, entre los cuales el padre dividió sus riquezas. De los dos, uno permaneció en casa, el otro en cambio, malgastó cuanto le había dado, viviendo en tierra extranjera, para no sufrir la desgracia de la miseria.

Os recuerdo esta parábola para haceros palpar con la mano, cómo para los que lo buscan hay perdón, aún si han pecado después del bautismo. No os hablo para empujaros a la acción, sino para que no seáis víctimas de una tentación que provoca daños aún más graves, es decir, la desesperación.

Hijos de Dios por el Bautismo.

Que este hijo, sea como una imagen de los caídos después del bautismo, se ve fácilmente. En efecto, se habla de hijos, pero nadie puede decirse hijo sin el bautismo. Estaba en la casa del padre y administraba todos los bienes; lo mismo nosotros, somos administradores de los bienes del Padre, recibidos en heredad, pero no antes del bautismo.

Aquí, todo nos habla de los que están en la condición de fieles; se habla del hermano y dice que fue bueno, y también nosotros nos llamamos y somos hermanos, pero después de la regeneración espiritual. ¿Qué dijo pues el hermano caído en la extrema malicia?: “Retornaré a casa de mi padre” (Lc. 15:18). Por su lado, el padre no había prohibido ni impedido su salida hacia tierra extranjera, como para que él aprendiera a sus expensas y pudiera realmente experimentar, los beneficios que gozaba en su casa paterna; a menudo cuando no creemos en la palabra de Dios, él verdaderamente permite que aprendamos, mediante la experiencia que hacemos.

He aquí, entonces, porque habló así a los Judíos. no habiéndolos atraído hacia sí con la persuasión, con una infinidad de palabras por medio de los profetas, permitió que aprendieran experimentando sus castigos, como está escrito: “Tu misma rebelión te sancionará y tu misma maldad te castigará” (Ger. 2:19).

Tendrían, pues, que darle fe aún antes que se cumplieran los acontecimientos profetizados, **pero porque estaban cerrados a la fe** en aquellas exhortaciones admonitorias, les

hizo aprender con los hechos, permitiendo que actuara la malicia ya anunciada de la incredulidad, con el fin de poder aún de esta manera recuperarlos.

Dios es el Medico.

El despilfarrador volvió, finalmente, de la tierra extranjera, donde había aprendido con su propia experiencia el mal en que incurre quien abandona la casa paterna; entonces, el Padre lejos de vengarse, lo recibió con los brazos abiertos. ¿Por qué? Porque era padre y no juez. Se organizaron danzas, banquetes y fiestas, y todo en la casa fue esplendor y alegría. ¿Qué estás murmurando? ¿Que ésta es la recompensa por el mal cometido? No, por el mal cometido, oh hombre, sino por su regreso; no, por el pecado sino por la penitencia; no, por la conducta perversa **sino por el cambio de vida.**

Interesa aún más, el hecho que el hijo mayor, que se lamentaba al padre, y haya recibido la siguiente palabra: “Tú, estás siempre conmigo, éste, en cambio, se había perdido y ahora es hallado; estaba muerto y ha vuelto a la vida” (Lc. 31-32). Quiere decir: cuando se salva el que estaba perdido, no es el momento de juzgarlo promoviendo severas investigaciones, sino, tiempo de clemencia y perdón.

El médico, pues, no se pone a investigar sobre el enfermo para exigirle cuenta y castigo, olvidando de curarle; y si fuese digno de un justo castigo, creería ya suficiente la pena sufrida.

El pródigo, estando en tierra extranjera y lejana de la convivencia con los suyos, pagó con el hambre, la infamia y el sufrimiento de males gravísimos. Por tanto con la expresión: “estaba perdido y se ha encontrado, estaba muerto y ha resucitado” (Lc. 15:3 2), quiere decir: “No mires a la situación actual, sino piensa en la gravedad de las adversidades anteriores; tú, ve en él a un hermano, no, a un extranjero; ha retornado al padre que no puede enrostrarle los hechos ya pasados, sino que debe recordar, sólo cuanto pueda empujarlo a la compasión misericordiosa, al amor y a la indulgencia, como corresponde a quien lo ha engendrado. Por esto, éste no menciona lo que el hijo había hecho, sino, cuánto había sufrido; no recordó las riquezas que había despilfarrado sino la infinidad de sufrimientos que había pasado.”

El Ejemplo de la Oveja Perdida.

De la misma manera, con igual y aún mayor preocupación, el buen Pastor fue en búsqueda de la ovejita. Aquí, fue el mismo hijo quien vuelve; allá, en cambio, fue el mismo pastor a buscarla y encontrándola la carga consigo; se alegró más por ésta, que por todas las que permanecían seguras; como ves, la llevó sin castigarla y cargándola sobre sus espaldas para tenerla consigo, la restituye a su grey.

¿Estás convencido que Dios, no rechaza a quien vuelve hacia Él sino que lo acoge con igual amor que a los otros que practican la virtud?

La parábola te hace ver que Dios, no pide cuentas de los errores cometidos, sino, al contrario, va en la búsqueda del que yerra y goza luego de haberlo encontrado más, que si hubiera permanecido seguro; no desesperemos, si somos malvados y no presumamos de ser buenos, pero, aún obrando el bien, temamos de caer por la presunción, debiendo hacer penitencia también por este pecado.

Repito lo dicho desde el principio. Son estas dos tentaciones las que amenazan nuestra salvación: la presunción, si estamos en pie, la desesperación, si hemos caído.

Por tanto, para sugerirle prudencia a quienes están en pie, Pablo dijo: “Quien cree estar en pie, cuídese de no caer... Temo que después de haber predicado a otros, venga yo mismo a ser descalificado...” (1 Cor. 10:12; 9:27), para aliviar, en cambio, y dar mayor coraje a cuantos dormían o habían caído muy bajo, protestó, también, en su carta a los Corintios: “Que yo no tenga que llorar sobre muchos que han pecado en el pasado y no se han convertido” (2 Cor. 12:21), declarando así dignos de compasión, no tanto a los pecadores, cuanto a

los pecadores impenitentes. A estos últimos, también, se había dirigido el Profeta diciendo: “¿Quizás quien cae y no se levanta y quien se extravía, no vuelve hacia atrás?” (Ger. 8:4). Y también David les llamó la atención, diciendo: “Si hoy escuchareis su voz, no endurezcáis vuestro corazón, como en el día de la exasperación” (Sal. 94:8).

Hasta que podamos decir: hoy no desesperamos, sino que ponemos toda nuestra esperanza en el Señor; con la mente, fija en el mar de su misericordia, removiendo toda mala conciencia y adhiriendo firmemente a la virtud; muy confiados, pero también, firmes en el propósito, dando pruebas muy fuertes de nuestro arrepentimiento, porque depuesto aquí abajo todo peso de pecado, **podemos estar con confianza delante del tribunal de Cristo, para obtener el reino de los cielos.** Esto, nos sea dado conseguirlo con la gracia y por la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, al cual junto al Padre y al Espíritu Santo, toda gloria, potencia y honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, Amén.

Homilía II. Sobre la Confesión, la Tristeza del Rey Acab y el Profeta Joñas.

Caín, Ejemplo de Rechazo de la Confesión.

¿Habéis contemplado el domingo pasado qué lucha y qué victoria? El demonio, hacía la guerra y Cristo, triunfaba; ¡cuánto nos parecía encomiable la penitencia! El demonio es incapaz de soportar sus golpes, teme y se aterroriza. ¿Qué temes, oh diablo, mientras se elevan alabanzas a la penitencia? ¿Por qué lloras, por qué te enfureces?

Sí, responde; tengo todas las razones para gemir y contristarme: esta penitencia, me arrebató tantas presas. ¿Cuáles?

La meretriz, el publicano, el ladrón, el blasfemador. La penitencia le arrebató también sus armas, y ataca inclusive hasta su fortaleza: por eso el demonio considera, para sí, mortal la penitencia. Lo sabes ya, mi querido, porque te lo ha demostrado esta reciente experiencia. ¿Por qué, entonces, no hacemos un tesoro de esta asamblea? ¿Por qué no acudimos cada día a la Iglesia para estar, estrechamente vinculados ¹ la penitencia? **Si eres pecador, ven a la Iglesia para confesar tus culpas;** si eres justo, ven para no caer en la injusticia. La Iglesia es, pues, el puerto del uno y del otro.

No Desesperar.

¿Eres pecador? No desesperes, sino entra para mostrarte arrepentido. ¿Has pecado? Dile a Dios: “He pecado.” ¿Esto, es mucho esfuerzo? ¿Es un camino penoso? ¿Es fastidioso? ¿Cuál es la dificultad para decir: “He pecado”? Si niegas ser pecador, quizás, ¿el diablo no pensará en acusarte? Anticípate y sácale ventaja que quiere tener de qué acusarte. ¿No quieres cancelar tu pecado, previniéndolo con la acusación de tus pecados, desde el momento que sabes que tienes un acusador que no sabe callar? ¿Has pecado? Ven a la Iglesia y dile a Dios: “He pecado.” No te pido otra cosa, más que esto, sólo esto. Lo dice, pues, la Sagrada Escritura: “Manifiesta tú primero tus culpas, para justificarte” (Is. 43:26); confiesa el pecado que has cometido, para liberarte. En esto no hay fatiga, no hay necesidad de usar giros especiales, ni exige esfuerzo pecuniario ni de otro género. Pronuncia la palabra que evidencia tus rectos sentimientos sobre las culpas cometidas, dilo claramente: “He pecado.”

Pero ¿cómo puede suceder, me preguntarás, que yo sea absuelto del pecado, sólo, con manifestarlo espontáneamente? Porque yo sé que la Escritura lo dice expresamente: quien lo ha manifestado, fue absuelto; quien no lo ha manifestado, ha sido condenado. Caín, esclavo de la envidia, mató a su hermano Abel, de tal modo que a la rivalidad siguió la sepultura; en

efecto, conduciéndolo al campo, lo mató. Entonces ¿qué le dijo Dios?: “¿Dónde está tu hermano Abel?” Si bien lo sabía todo*, le preguntó, no porque lo ignoraba, sino para atraer al homicida a la penitencia. Que le preguntase, conociendo el hecho, lo demostró con su interrogación: “¿dónde está tu hermano Abel?” a lo cual respondió: “No lo sé, ¿acaso soy el custodio de mi hermano?” (Gen. 4:9). Sea que no eres su custodio, pero ¿por qué has sido su asesino?; no estabas obligado a vigilarlo, ¿pero por qué lo mataste? Tú lo has dicho, eres reo también por no vigilar a tu hermano. ¿Qué palabras le dirigió, luego, Dios?, “La voz de la sangre de tu hermano, clama a mí desde el suelo” (1 Gen. 4:10).

El Hecho de Caín.

Después de haberlo amonestado, le impuso asimismo, el castigo, no tanto porque había matado cuanto porque no quería reconocer su infamia, y Dios odia más la falta de arrepentimiento, que el mismo pecado. Caín, ya a punto de arrepentirse, no fue aceptado por Dios, porque no había confesado espontáneamente su culpa. ¿Cuál fue, pues, su reacción?: “Demasiado grande es mi culpa para obtener el perdón” (Gen. 4:13), como si dijera: “Mi pecado es tan grave que no soy más digno de vivir.” Por eso Dios replicó: “Vivirás entre gemidos y miedos sobre la tierra” (Gen. 4:12), infligiéndole un grave y duro castigo, haciéndole al mismo tiempo entender: “No te eliminaré para que la verdad no sea olvidada; te constituyo como la ley que todos podrán leer, para que tu desgraciada aventura, sea madre de filosofía.”

Caín anduvo errante como ley viviente, columna móvil, muda pero elocuente; con una voz más clara que una trompeta clama: “Quien no quiere sufrir mi misma suerte, nunca obre como yo.” Tal castigo sufrió porque se obstinó en no confesar su pecado; fue condenado por no haber reconocido aquello de lo cual estaba convencido, porque si hubiera sido el primero en confesarlo, se le habría cancelado.

David, Modelo de Penitencia en la Confesión de su doble Pecado.

Que las cosas son así, podrás comprenderlo escuchando cómo haya sido absuelto de su pecado, uno que fue el primero en confesarlo; David, profeta y rey. Aquí conviene recordarlo más bien como profeta, porque su reino abarcó sólo a la Palestina, pero su profecía estuvo dirigida a todo el mundo hasta los últimos confines; el reino se disolvió en breve tiempo, la profecía permaneció como vehículo de las palabras eternas; es más creíble que se extinga el sol, antes que se pierda el recuerdo de sus palabras.

El había caído en adulterio y en homicidio; lo dice la Escritura; vio a una mujer atrayente, bañándose, se enamoró y puso en ejecución su plan (2 Sal. 1:11:2), profeta adúltero, perla en el barro. No entendió de qué pecado se manchaba, ya que la pasión lo había enceguecido, porque cuando el auriga está ebrio, el carro corre zigzagueando.

El alma y el cuerpo son, como el auriga y el carro; cuando se oscurece el alma, el cuerpo se revuelca en el fango. El conductor, cuando está en pie y firme sobre el carro, lo controla magníficamente, pero cuando por el cansancio no puede dominar las riendas, hace correr al caballo los más grandes peligros; así también el hombre, hasta que el alma es sobria y vigilante, también el cuerpo es puro, si en cambio el alma se obnubila, el cuerpo se revuelca en el fango del placer.

¿Qué hizo entonces David? Caído en adulterio, no tomaba conciencia de su pecado, ni los otros le hacían algún reproche; esto sucedía cuando él ya estaba en los últimos años de su vejez; para que tú aprendas que no te favorece ni aún las canas, si no te empeñas seriamente; pero tampoco puede perjudicarte la tierna edad, si verdaderamente lo deseas (Dan. 13:45).

El carácter no viene de los años y la virtud es fruto de la voluntad; en efecto, Daniel a los doce años pudo enjuiciar la maldad, mientras que los ancianos, viejos de edad, recitaron el drama del adulterio; a éstos, no les ayudó las canas y a aquél no le perjudicó la tierna edad.

Para que veas bien, cómo no es la edad sino la voluntad, la que atempera a nuestra conducta, mira a David, viejo, caído en adulterio y homicida, por no haber tomado conciencia de lo pecaminoso que era su actuar, porque el conductor de su intelecto estaba encadenado y ebrio por la intemperancia.

Entonces, qué cosa hizo Dios. Le envió al profeta Natán, un profeta a un profeta; sucede también así, entre médicos; un médico enfermo, tiene necesidad de otro médico; en este caso, un profeta pecador es curado por un profeta que tiene consigo el remedio. Natán, entonces, va hacia él, pero al llegar al umbral de la puerta, no empieza con reprenderlo, diciéndole inmediatamente, delincuente, inicuo, adúltero y asesino; después de haber recibido de Dios tan altos favores, ¿cómo has pisoteado los mandamientos? Nada de eso dice Natán, para no aumentar la desvergüenza, porque los pecados divulgados provocan en el pecador, la pérdida de pudor.

Entonces, va hacia él y prepara un discurso sobre un dramático caso judicial. He aquí lo urdido: “Oh rey, tengo que someter a tu juicio este caso; había un rico y un pobre; el rico poseía animales y ovejas en cantidad, el pobre en cambio, tenía solamente una ovejita; ésta bebía de su copa, comía en su mesa y dormía a su lado, le habla de las justas relaciones del marido con la esposa; cuando he aquí, llega un huésped de paso y el rico, avaro de lo suyo, toma la ovejita del pobre y se la lleva” (2 Sal. 12:1 -5).

El Arrepentimiento de David.

¿Has observado, cómo en la trama de esta dramática narración, el profeta tiene escondido la espada en la vaina? ¿Qué hizo el rey? Pensó en tener que pronunciar verdaderamente una sentencia y fue muy veloz en pronunciarla, porque así actúan los hombres, siempre dispuestos, cuando se trata de formular y proclamar para los demás, el juicio: “Por la vida del Señor, quien ha hecho esto, merece la muerte y pagará cuatro veces el valor de la oveja” (2 Sal. 12:5 -6).

¿Cuál fue la reacción de Natán? No disminuyó el golpe dejando pasar las horas, sino, enseguida, puesta al descubierto la herida, inmediatamente operó el corte, sin sustraerlo al sentimiento de dolor: “Eres tú, oh rey” (2 Sal. 12:7). Y el rey, ¿qué conclusión sacó? Dijo: “He pecado contra el Señor” (2 Sal. 12:13); no le replicó: “¿quién eres tú que me acusas, quién te ha mandado a hablarme con tanta libertad, con qué intrepidez has osado tanto? Nada de esto. Reconoció su pecado, y dijo: “He pecado contra el Señor” (Ibid.).

Entonces, también Natán sacó su conclusión: “También el Señor ha perdonado tu pecado y porque te has condenado, por ti mismo, te condonó la pena.” ¿Has confesado con confianza? Has lavado tu pecado. ¿Te has aplicado la sanción? Has anulado la sentencia. ¿Ves bien cómo, entonces, ha sucedido cuanto está escrito: “Manifiesta primero tus iniquidades, para ser justificado”? (Is. 43:26). ¿Qué esfuerzo requiere manifestar primero nuestros pecados?

La Contrición de Acab y de los Ninivitas; Segunda vía de Purificación.

Tienes también otro camino para la penitencia. ¿Cuál? Llorar el pecado. Si has faltado, llora y serás absuelto. ¿Quizás pesa demasiado? No te pido absolutamente otra cosa que lavar con lágrimas tus manchas; no te digo de cruzar mares, para arribar a no sé cuales puertos; no te propongo viajar y enfrentar caminos interminables; derrochar el dinero y enfrentar mares difíciles de atravesar. ¿Qué te pido? Llorar tus pecados.

Me preguntarás cómo las lágrimas pueden liberarnos de pecados; la demostración la tienes en la Escritura.

Existió un rey de nombre Acab (1 Rey 21), que si bien justo, está escrito, reinó injustamente sobre Israel, por causa de su mujer Jezabel. Deseaba ardientemente poseer la vid de un tal

Nabut Israelita y le mandó decir: “Me he encaprichado de tu viñedo, dámelo por dinero o a cambio de otra tierra que tú quieras”; Aquél le respondió que jamás habría vendido la heredad de sus padres; y Acab continuaba, enloquecido por aquel viñedo; aunque no quería usar la violencia, termina por enfermarse a causa de este hecho. Se llega a él Jezabel, mujerzuela sin pudor y renegada, bruta e impía, y comenzó a hablarle así: “¿Por qué te entristeces y no comes? Levántate y come; yo te conseguiré la heredad del Israelita Nabut.”

En presencia del rey y de los ancianos, se puso a escribir una carta de este tenor: “Promulgad ayuno y en tanto, levantad contra Nabut hombres mentirosos, que lo acusen de blasfemar contra Dios y el rey.” ¡Oh ayuno lleno de impiedad, proclamado no para ayunar, sino para cometer homicidio! ¿Cómo terminó? Nabut fue lapidado y murió; apenas notificado el éxito a Jezabel, ésta fue a Acab y le dijo:

“Apoderémonos ya del viñedo de Nabut, porque está muerto.” Y Acab, si bien en un primer momento sintió dolor, luego fue a adueñarse del viñedo.

Acab Lloró su Culpa.

Fue, entonces, cuando Dios le envió al profeta Elías. Le dijo: “Vete y dile a Acab; porque has cometido un homicidio y ahora usurpas, tu sangre será derramada, y los perros la lamerán y las meretrices se lavarán en ella” (Ibid).

Así explotó la ira divina, fue anunciada la sentencia y efectuada la condena. ¡Fíjate a dónde lo manda! En el viñedo, donde fue cometida la iniquidad, allí tuvo también lugar el castigo. ¿Y qué le dice? Viéndolo Acab, había exclamado: “Has venido a encontrarme, oh enemigo mío” (1 Rey, 21:20); lo que quiere decir: “Me has sorprendido en pecado, ahora tienes razón de acusarme porque me has encontrado en infracción, oh enemigo mío.”

Elías, en efecto, desde siempre le había llamado la atención; y Acab cuando reconoció su falta, pronunció las palabras de confesión: “Siempre me has reprendido pero, ahora, es el momento justo de reprobarme.” Admitió haber pecado cuando le fue leída la sentencia: “Así dice el Señor, por el homicidio que has cometido y por la heredad que has usurpado, como tú has derramado la sangre de un hombre justo, así será desparramada tu sangre, y los perros vendrán a lamerla; y las meretrices se lavarán en tu sangre” (1 Rey 21:17-24). Al escuchar tales palabras, Acab se puso triste y lloró su culpa: y porque renoció el mal obrado, Dios lo absolvió de su condenación. Primero quiso disculparse con Elías, para que no le ocurriese lo que le pasó a Jonas.

También Jonas, había pasado una situación igual, cuando Dios le dijo: Vete a la ciudad de Nínive, adonde sin contar mujeres ni niños, viven 120.000 hombres, y predica: “Dentro de tres días, Nínive será destruida” (Jonas 3:4). Jonas, conociendo la benignidad de Dios, no quería ir. ¿Qué hizo entonces? Huyó, diciendo a Dios: “Si voy a predicar y tú benigno como eres, desistes de tu decisión, seré asesinado, como un falso profeta.” El mar que lo había acogido, no lo tragó, sino que lo devolvió a la tierra firme para que retornase sano a Nínive, vigilado el siervo por el mismo Patrón: “Jonas para huir, está escrito, se puso en camino y encontró una nave que se dirigía a Tarsis, entonces pagando el precio del viaje, se embarcó en ella” (Jonas 1:3). ¿Adónde huyes, Jonas? ¿Vas a tierra extranjera? Pero “del Señor es toda la tierra y todo cuanto contiene” (Sal. 23:1). ¿le refugias en el mar? “Suyo es el mar y Él lo ha hecho” (Sal. 94:5). ¿Quieres volar al cielo? Pero ¿no has oído las palabras de David: “Cuidaré el cielo, obra de tus manos? (Sal. 8:4).

Dios es Benigno con el Pecador Arrepentido.

Asustado entonces huyó; así al menos pensó, porque de hecho, no es absolutamente posible huir de Dios. El mar, por eso, lo restituyó y llegó a Nínive donde comenzó a predicar: “Dentro de tres días y Nínive será destruida” (Jonas 3:4). Las palabras de Jonas fueron dichas para tu enseñanza. **Lo había inducido a huir el pensamiento que Dios**, en su benignidad,

desistiría de la decisión de exterminar a los malvados, y a él le habrían hecho correr el peligro de aparecer como falso profeta. Después que predicó en la ciudad de Nínive, se alejó de ella, para ver qué sucedía; habían pasado tres días sin suceder nada de lo amenazado. Entonces, volvió a su primer razonamiento y dijo: “¿No era esto lo que decía?”

¿Que Tú, eres un Dios misericordioso y clemente, que te dejas apiadar con respecto al mal que cometen los hombres?” (Jonas 4:2).

Por eso, Elías, tuvo miedo que le sucediera también a él algo parecido, como a Jonas, y Dios por esto, explica su perdón a Acab, diciendo a Elías: “¿Has visto como Acab vino hacia mí, con lágrimas y tristeza? No le trataré como merece su maldad” (1 Rey 21:29). ¡Oh! dirás, este patrón se hace ahora abogado de su siervo; Dios defiende la causa de un hombre ante él, diciéndole: “No pienses que lo haya perdonado así simplemente, ha cambiado el ritmo de su vida y yo he cambiado y mitigado mi ira; para que tú no vayas a ser juzgado un falso profeta ya que has dicho la verdad, **declaro que si no hubiera cambiado de vida**, se habrían cumplido seguramente mis amenazas; sólo porque él ha cambiado de conducta, yo he calmado mi enojo.” Esto, quiso decir Dios con aquel discurso a Elías: “¿Has visto cómo Acab vino hacia mí, con lágrimas y tristeza? No, le trataré como pediría mi ira” (1 Rey 21:29). ¿Ves como el llanto cancela el pecado?

Tercer Camino: La Humildad del Publicano.

Pero hay también, un tercer camino para llegar a la conversión, otro entre muchos que llegan al mismo fin; lo digo, para que conociendo que existen varios caminos, encuentres fácilmente la salvación. ¿Cuál es este tercer camino? **la humildad.**

Humillándote, romperás las cadenas del pecado. Sobre este camino encontrarás mención clara en la Sagrada Escritura, donde se refiere al publicano y al fariseo. Un fariseo y un publicano, está escrito (Lc. 18:10), fueron al templo para orar; el fariseo empezó a desgranar la lista de sus virtudes diciendo: “Yo no soy pecador como todos en el mundo, ni como este publicano.”

¡Alma miserable y desgraciada! Has condenado al mundo entero, solamente para afligir a tu prójimo. No te ha alcanzado el mundo entero, y has condenado también al publicano; has infamado a todos y no has perdonado a ningún hombre: “Yo no soy como todos en el mundo, ni tampoco como este publicano”; ayuno dos veces en la semana, pago los diezmos a los pobres; doy aquello que tengo.” ¡He ahí las palabras del fanfarrón! ¡Un hombre miserable, has condenado al mundo entero! ¿Por qué, luego, has golpeado al publicano que estaba junto a ti? ¿No estabas satisfecho con haber acusado al universo entero, si no condenabas también a aquel que rezaba contigo? Y el publicano ¿Qué hizo? Al oír aquel discurso no reaccionó, diciéndole: “¿pero, quién eres tú, que me acusas de estas cosas? ¿Quién te ha contado mi vida? Conmigo no tienes nada que hacer, conmigo no has vivido ni tampoco estuviste jamás; ¿por qué tanta soberbia? ¿Quién puede dar testimonio de tus obras buenas? ¿Por qué te alabas tú mismo? ¿Por qué te adulas?”

Nada de esto en las palabras del publicano, que en cambio, postrándose en posición de súplica, decía: “Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador” (Lc. 18:13”). Por eso, el publicano fue justificado por su humillación, mientras el fariseo salió del templo perjudicado. Él, perdió su justicia, mientras el publicano retornó, totalmente justificado. Las palabras habían vencido sobre las obras; el uno, perdía la justicia, haciendo ostentación de sus obras; el otro, conseguía la justicia, bajando el tono de las palabras. El publicano, además, no fue humillado, porque viene humillado aquel que lo han rebajado de donde estaba en lo alto; el publicano, entonces, **no se humilló porque dijo la verdad; en realidad era pecador y sus palabras correspondían a la verdad.**

El Publicano, Aprovechador del Trabajo de Otros.

Dime, si puede haber algo peor que un publicano, aprovechador de las desgracias ajenas. Saca ventaja de las fatigas de otros, sin importarle el sacrificio de los mismos; sólo quiere compartir las ganancias. El pecado del publicano es, por consiguiente, el peor que se puede cometer; su conducta es una violencia hermosa y buena, una injusticia según la ley, un robo con guantes blancos. ¿Existe algo peor que lo del publicano que después de ubicar su oficina a los costados de los caminos, está exprimiendo los frutos de la fatiga de otros, sin pensar siquiera en el eventual cansancio del trabajo, participando sólo de los beneficios, pero no de los eventuales desgastes de la fatiga?

Entonces, si fue la humildad la que obtuvo tanto don al malvado recaudador de impuestos, ¿cuánta más grande no será la humildad de aquél que es virtuoso?

La Humildad de Pablo.

Si entonces, obtienes la justificación con la confesión del pecado con humildad, querrás saber ciertamente, quién es el humilde. Observa a Pablo, el verdadero humilde; a Pablo que enseñó al mundo entero, hablando según el Espíritu; vaso de elección, puerto tranquilo y torre inexpugnable, que llevó su frágil cuerpo a recorrer el universo como volando sobre alas; mira a la humildad de este hombre ignorante y sabio, pobre y rico. He aquí porque yo digo humilde, en el verdadero sentido de la palabra. Se había agotado con miles fatigas y había levantado una infinidad de trofeos, sobre el diablo; pudo afirmar de su predicación: “Su gracia en mí no fue vana, al contrario me he fatigado más que todos” (1 Cor. 15:10); soportó cárceles, heridas, flagelaciones, y con sus epístolas enlazó en su red, las naciones de la tierra, según la vocación a la cual había sido llamado por una voz del cielo.

No obstante todo esto, **llegó a afirmar con humildad:** “Yo soy el último de los apóstoles, y no soy digno ni de ser llamado apóstol” (1 Cor. 15:9). ¡Contempla qué gran humildad! Por humildad, se llama el último: “Yo soy el último de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol.” Se trata de verdadera humildad, porque humillarse quiere decir, ponerse debajo de todos y llamarse el último; pero considera que quien dice estas palabras es Pablo, ya ciudadano del cielo, si bien dejado aquí abajo con el cuerpo; **columna de las Iglesias, ángel terreno y hombre celestial.**

Con alegría, converso siempre con tal hombre, contemplando de frente tanto esplendor de virtud. Mis ojos no gozan tanto a los rayos luminosos del sol naciente, cuanto a la vista de la figura de Pablo, **que ilumina mi espíritu.** Porque el sol ilumina los ojos de la carne, mientras Pablo levanta los del alma haciéndola volar hasta la bóveda del cielo, llevándola más alto que el sol, sobre la luna. Su virtud tuvo tal poder en este hombre, que llegó a ser aquí abajo un ángel, y dio a su alma, alas para el cielo. Imitemos la virtud de la cual es maestro, busquemos de emular a Pablo siguiendo con celo tras sus huellas.

Pero no debo apartarme del argumento propuesto, de la finalidad establecida, para hablar de la humildad, tercer camino para la conversión. Por eso os he presentado al publicano que, con la confesión de sus propios pecados no se rebajó, dijo la verdad y llegó a ser justificado, sin gastar nada de lo suyo, sin cruzar mares, sin viajar a lo largo de la tierra o cruzar pantanos enormes; sin implicar a los amigos o perder mucho tiempo; consiguió la justicia sólo mediante la humildad, sólo así se hizo digno del reino de los cielos. También a nosotros sea dado conseguir la misma suerte, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Homilía III. Sobre la Limosna y las Diez Vírgenes.

Cuarta Vía de la Penitencia: la Limosna.

Tenéis presente los puntos sobre el comienzo y fin del discurso del otro día, es decir, los argumentos de los que he tomado el principio y con los cuales he interrumpido la precedente homilía. Pero creo que habéis olvidado la terminación del discurso. La tengo presente y no quiero amonestaros ni haceros cargo alguno. Cada uno de vosotros tiene esposa, se preocupa de sus hijos, piensa en las necesidades de la casa; algunos son militares, otros artesanos, y cada uno está ocupado en diversos servicios. Yo, en cambio, no vivo más que de esto, no tengo otro pensamiento y otra ocupación que ésta, en todo momento. Pues más que reprocharos, no tengo palabras sino para alabar vuestro empeño, ya que no dejáis un domingo para venir a encontrarme en la iglesia, a pesar que tenéis que desentenderos de vuestras ocupaciones.

Esta, es la alabanza más grande que merece nuestra ciudad, no el bienestar, ni la preocupación del negocio, ni los palacios y los cargos, sino un pueblo empeñado y siempre vigilante. La bondad del árbol se la reconoce por los frutos, no por las hojas. La liturgia de la palabra nos une, y cuando intentamos el diálogo entre unos con otros, ejercitamos el don de la palabra que nos convierte en seres superiores en dignidad, a los mudos animales.

Quien, por tanto, no amase razonar, demostraría que más que un hombre, animal privado de la razón, es hombre que ignora el privilegio que le da la superioridad, como aquél del cual habla el profeta: “El hombre, siendo un ser honorable no lo comprende, es como los animales irracionales, semejantes a ellos.” Decidme ¿por qué el hombre, dotado de palabras, no quiere usarla? Pero no tengo que dirigirme a vosotros que habéis volado para escuchar lo que os diré sobre la virtud, en íntimo familiar diálogo, posponiendo cualquier cosa a la divina palabra.

Entremos más bien en argumento, empezando de cuanto os he dicho en la otra ocasión. Tengo que hacerlo y lo hago bien gustoso, porque no me empobrece sino que me enriquece.

En los negocios, aquel que da dinero prestado huye de quien se lo pide, yo en cambio, no hago más que seguir detrás de todos para dar; y esto porque, mientras en los negocios, el dar empobrece, en el servicio de la palabra, el dar enriquece. Si doy dinero a alguno, no lo tengo más en mi poder, porque ha pasado de mis manos a las de otro; cuando, en cambio, os comunico mi palabra, ésta permanece en mí, mientras todos os posesionáis de ella; si no la comunico, encerrándola en mi mismo, yo soy pobre, si las trasmito, la comunico a otros, me hago más rico. No comunicándola permanezco rico yo solo, si os la hago partícipe, recogeré el fruto junto a todos vosotros.

¿Puedo, ahora, restituiros lo que os debo? ¿Qué cosa?

El discurso que os facilite la vía de la salvación, aquél sobre la práctica de la penitencia, de la cual, el otro día, os exponía sus muchos y variados caminos. Si Dios, en cambio, hubiera concedido una sola vía de penitencia, podríamos rechazarla, disculpándonos de que no estamos en condiciones de recorrerla, y por tanto, de no poder salvarnos; pero El ha querido eliminar tal excusa, facilitando a todos el camino del cielo, dándonos no una, dos o tres, sino una gran cantidad y variedad de vías.

Llorar los Pecados.

La penitencia, decíamos, es fácil y por nada pesada. ¿Eres pecador? Ven a la iglesia y confesando tu pecado, te librarás de toda mancha; he traído el ejemplo de David, pecador absuelto así de su pecado. Después, hablé de la segunda vía que consiste en llorar los pecados y expliqué cómo no requiere ningún esfuerzo, porque es suficiente que los lloremos, sin hacer gastos o largos viajes u otras cosas del mismo género; lo he ilustrado con el ejemplo, propuesto por la Escritura, de Dios que tuvo misericordia de Acab al ver su llanto y tristeza, cómo él mismo dijo a Elías: “¿Has visto como Acab ha venido hacia mí, en llanto y tristeza? No actuaré con él, según mi indignación” (1 Rey 21:29).

Exponiendo, entonces, el tercer camino de la penitencia, cité el pasaje de la Escritura que habla del fariseo y del publicano: del fariseo que, por sus soberbias fanfarronadas, perdió la justicia y del publicano que, con su humildad, recogió los frutos de justicia, purificándose sin gran esfuerzo, sembrando palabras y recogiendo hechos.

Ahora, continuemos avanzando y hablemos de una cuarta vía de penitencia. ¿Cuál? La limosna, reina de las virtudes, que fácilmente levanta a los hombres hasta las esferas del cielo, haciéndose nuestra mejor abogada. La limosna, es tan sublime que Salomón la exaltó de esta manera: “Gran cosa es el hombre, pero preciosa la persona que tiene misericordia” (Prov. 20:6). La misericordia tiene tan grandes alas que perfora el aire; va más allá de la luna; sobrepasa los rayos del sol y llega hasta la bóveda celestial, más allá de los arcángeles y de toda potestad superior, para ubicarse, por último, ante el trono del Rey. Lo enseña la Escritura misma, con aquella expresión: “Cornelio, tus limosnas y tus oraciones han llegado ante la presencia de Dios” (Hechos 10:4). Aquella “presencia ante Dios” te dará confianza aunque hayas pecado mucho, porque la limosna, será tu mejor abogada.

No resiste a la limosna ningún poder de lo alto; te hará restituir lo que te es debido, tiene en sus manos lo escrito, por lo cual el Señor mismo se obliga con explícita declaración: “Quien haya hecho esto a un solo de los más pequeños, lo habrá hecho conmigo” (Mt. 25:40). Por tanto, tu limosna tiene más peso que cuantos pecados puedas haber cometido.

La Limosna está Simbolizada por el Aceite de las Vírgenes Prudentes.

¿No ves en la parábola evangélica de las diez vírgenes, el ejemplo de quien habiendo practicado la virginidad, quedó fuera de la sala nupcial por no haber practicado la limosna? Dice: “Habían diez vírgenes, de las cuales cinco eran necias y cinco prudentes” (Mt. 25:2); las prudentes se habían provisto de aceite; las necias desprovistas de él, dejaron apagar sus lámparas, y por eso dijeron a las prudentes: “Dadnos un poco del aceite de vuestros vasos” (Mt. 25:8). Me cubro de rubor y me vienen ganas de llorar, al escuchar que las vírgenes, después de tanta práctica virtuosa en la ascesis virginal, con un cuerpo ya alado en vuelo al cielo, en competencia contra las mismas potestades superiores y en lucha contra ardores más insostenibles, después de haber pisoteado el mismo fuego del placer, por último hayan sido llamadas necias; bien dicho necias, porque después de haber hecho lo más, se han dejado vencer en lo menos.

Continúa el Evangelio: “Y las necias dijeron a las prudentes: dadnos del aceite de vuestros vasos; pero ellas respondieron: no podemos, no sea que nos falte a nosotras y a vosotras” (Mt. 25:8-9). No actuaron, entonces, por falta de piedad o por maldad, sino porque en breve tiempo, llegaría el novio. Aquellas, tenían como las otras las lámparas, pero no el aceite; es decir tenían el fuego de la virginidad, sin el aceite de la limosna. Si no se vuelca aceite en la lámpara, el fuego se apaga, y si no se practica la limosna, la virginidad desaparece: “Dadnos del aceite de vuestros vasos, decían,” y “las otras no podemos daros,” respondían, no por maldad, sino por temor: “para que no venga a faltar a nosotras y a vosotras” (Ibid.), como si dijeran: “Porque mientras intentamos entrar todas, no tengamos que quedarnos afuera; más bien, id a

comprar a los vendedores” (Mt. 25:9).

¿Quién vende este aceite? Los pobres que están sentados delante de la iglesia, pidiendo limosna. ¿Cuánto hay que dar? Lo que creas; no propongo cuánto para que no encuentres una disculpa en tu imposibilidad de dar. Gasta cuanto quieras. ¿Tienes un óbolo? Con tal precio se compra el cielo; no porque el cielo valga tan poco, sino porque tal es el precio asignado por la misericordia del Señor. ¿No tienes tampoco un óbolo?. Dona un vaso de agua fresca: “Quien haya dado aun un solo vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por mí, no perderá su recompensa” (Mt. 10:4 2).

El trato pactado en este negocio es el cielo, y nosotros no nos preocupamos; da pan y recoge el paraíso, con poco, mucho; con cosas mortales, las inmortales; da, lo que es corruptible y conquista, lo que es incorruptible. Imagínate el ejemplo de un gran mercado, abundantemente provisto, donde a bajo precio, por poco se puede comprar mucho. ¿Dejarías escapar de la mano tal ocasión, a costa de vender lo vuestro y ubicando en segundo lugar toda otra cosa? Tanto empeño demostraréis si se trata de cosas corruptibles, y ¿sois tan despreocupados y perezosos, cuando se trata de un negocio que tiene consecuencias eternas?

Da al pobre, porque cuando tengáis que callar, se abrirán para defenderos miríadas de bocas, porque la limosna hecha por ti se constituye en tu defensa: la limosna rescatará tu alma. Por eso como a las puertas de la iglesia están los aljibes llenos de agua para el lavado físico de las manos, así también ante la iglesia, están los pobres para la ablución de las manos del alma, ¿Has lavado en esta agua las manos de tu cuerpo? Lava en la limosna las manos del alma, no traigas disculpas de tu indigencia.

Estaba en extrema penuria la viuda que hospedó a Elías, pero la pobreza no le impidió acogerlo con gran alegría; por eso pudo recoger también los debidos frutos, cosechar las espigas de la limosna. Acaso, oh oyente, me objetarás: “Hazme encontrar un Elías.” Te contesto: ¿Por qué vas buscando un Elías? Te presento al Señor de Elías, y no te preocupas en darle de comer; si se presentase Elías, ¿lo hospedarías? Lo ha declarado Cristo, Señor de todo: “Quien lo haya hecho a uno solo de estos más pequeños, lo ha hecho conmigo” (Mt. 25:4 0).

Si un rey invitase a uno así, a un banquete y dijera a aquellos que están para servir: “Agradecedle mucho de mi parte, él me ha dado de comer y me ha hospedado cuando era pobre; me ha beneficiado tanto, cuando me encontraba en estrecheses” ¿Acaso cada uno no daría todo el dinero de su bolsa a aquél hacia el cual el rey es tan agradecido? ¿Cómo no haría de todo para defenderlo? ¿Cómo todos buscarían, por el contrario, de hacérselo su amigo!

Necesidad del Aceite y de la Limosna.

¿Habéis comprendido el significado del discurso? Lo que tiene tanto valor para un rey de la tierra ¿no pensáis que lo tenga también para Cristo en aquel día, en el cual nos convocará delante de los ángeles y todas las virtudes?

Recuerda las palabras: “El, en la tierra me ha hospedado; me ha beneficiado ininidad de veces y me ha recibido como peregrino.” Piensa también en la completa alegría delante de los ángeles, en el honor que tendrías ante los habitantes del cielo ¿Cómo podría, quien recibe testimonio de Cristo, no gozar una felicidad superior a la de los ángeles?

Gran cosa es la limosna, oh hermanos. Tengámosla en aprecio. No hay cosa que la iguale, capaz de cancelar también los pecados de otros; aleja el riesgo del juicio y se constituirá en tu abogada, cuando tú no puedas hablar y debas callar, miríadas de bocas se abrirán para agradecerte. Si son tan grandes los beneficios de la limosna ¿cómo no le damos importancia y faltamos gravemente contra ella?

La Virginitad con la Limosna.

Da el pan según tu posibilidad. ¿No tienes pan? Da un óbolo ¿No tienes óbolo? da un vaso de agua fresca. ¿No lo tienes? Lloro con quién está afligido (Rom. 12:15) y tendrás la

recompensa. El premio no se mide por el estado de necesidad, sino, al contrario, por la libre voluntad. Pero volvamos al argumento de las vírgenes.

Distraídos por este otro argumento, nos hemos alejado del de las vírgenes; volvemos a leer el texto citado: “Dadnos un poco del aceite de vuestros vasos,” dijeron las necias; y las prudentes: “No os lo podemos dar, para que no venga a faltarnos a nosotras y a vosotras, más bien id a los vendedores y comprad; ahora, mientras fueron a comprar el aceite, llegó el esposo y aquellas que tenían las lámparas-encendidas entraron con él, y se cerraron las puertas de la pieza nupcial” (Mt. 25:10). Vinieron, luego, las cinco necias, y golpearon la puerta de la pieza nupcial, gritando: “abridnos,” pero el esposo hizo escuchar su voz, desde el interior: “Lejos de mí, no os conozco” (Mt. 25:11-12). He aquí, qué cosa oyeron, después de haber fatigado tanto: “No os conozco.”

Piensa en estas palabras a las cuales me refería, diciendo que por nada, inútilmente, habían realizado la gran conquista de la virginidad, pues se les cerraron las puertas después de tanta fatiga, frenando los sentidos. Habían luchado con las potencias del cielo, despreciando las cosas del mundo; habían superado los ardores pasionales, vencieron todo obstáculo, vigilaron el cuerpo, y salieron en vuelo de la tierra al cielo. Cuando ya habían conquistado el privilegio de la virginidad, en competencia con los ángeles; cuando pisotearon los instintos congénitos; cuando olvidaron las inclinaciones naturales, y cumplieron con el cuerpo gestas superiores al cuerpo y consiguieron la conquista grande e insuperable de la virginidad, entonces escucharon decir: “Andad lejos de mí, no os conozco.”

La Virginidad.

No penséis que para mí es de poca importancia el gran bien de la virginidad. La virginidad, es aquel tesoro que ninguno de los antiguos supo custodiar, y grande es la gracia por la cual hoy se puede creer fácilmente accesible, una cosa que a los profetas y a los antiguos les infundió miedo.

¿Cuáles fueron para ellos, las cosas más gravosas y odiosas? La virginidad con el desprecio de la muerte, que las vírgenes hoy comúnmente ni calculan; de hecho la conquista de la virginidad para los antiguos era difícil, tanto que ninguno llegó a practicarla. El justo Noé, que de Dios recibió testimonio, se unió a una mujer; también los herederos de la promesa, Abraham, Isaac, tuvieron sus mujeres; el casto José, se negó a cometer el grave adulterio, pero se unió también él, a una mujer y encontró pesada la perfección virginal. Sólo después que germinó la flor de la virginidad, ésta echó profundas raíces; pero ninguno de los antiguos, hasta entonces, había llegado a practicarla, porque es verdaderamente difícil este dominio del cuerpo.

Piensa en los rasgos que te diseño sobre la virginidad, para observar cuánta virtud exige. Es una lucha cotidiana, sin tregua, más dura que la que combatimos contra los bárbaros; porque la lucha contra éstos, termina cuando con ellos firmamos tratados; a veces atacan y otras no, tienen sus propias tácticas y tiempos; pero la lucha para la conquista de la virginidad no tiene tregua, porque se combate con el demonio, al cual son extraños las estrategias y los tiempos. No es previsible en sus ataques y tiende siempre emboscadas para herir de muerte a la virgen, apenas la encuentra indefensa; por tanto, la de la virgen es una lucha sin tregua, porque encuentra dentro de sí, al enemigo que, al ponerla en sobresalto, la combate siempre.

No se encuentran condicionadas con tan terribles miedos los condenados que, llegada la hora, se encuentran frente al magistrado; la virgen adonde se aleje, se acerca ante el juez o ante quien le hace la guerra, sin tregua, ni de tarde ni de noche, a la aurora y al mediodía, siempre y en todos los lugares, en lucha contra el placer en asecho; le ofrecen oportunidades de nupcias para demoler la virtud, generar en ella la malicia, quitarle la libertad y esparcir en ella las semillas de la fornicación; y en todo momento, el fuego de la voluptuosidad arde entre las llamas de la seducción. Piensa cuánto esfuerzo se requiere para la virtud. Por último,

escucharon decir: Alejaos de mí, no os conozco.

Veis, sólo es grande la virginidad si está unida, como hermana, a la limosna; sólo entonces no hay nada que temer. Aquellas, por no haber practicado la limosna junto a la virginidad, por eso, no pudieron entrar; cosa que debe provocarte una gran vergüenza, oh virgen, victoriosa sobre los placeres, pero que no has despreciado las riquezas; retirada del mundo, te has apegado a los bienes, en lugar de estar pegada a la cruz. Si hubieras deseado a un hombre, no te habías hecho responsable de tanta culpa, porque en tal caso, habrías deseado un ser de tu naturaleza; pero aquí, estás acusada de haber deseado cosas, distintas de un hombre.

Las mujeres que están en poder del marido se muestran, a veces, inhumanas, con la excusa de los hijos y, si se les pide una limosna responden: “no puedo, tengo mis hijos,” si bien los hijos, frutos de su seno, Dios te los dio no para que seas inhumana, sino para que te muestres benévola con todos; no hagas del amor humano un pretexto para ser inhumana; si quieres conquistar muchos bienes para dejar en herencia a tus hijos, adquiérelos con la limosna para ganar un buen nombre y dejar a todos buena memoria tuya, pero tú virgen que no tienes hijos y estás crucificada al mundo, ¿por qué haces acopio de riquezas?

Quinta Vía de la Penitencia: Ejemplo y la Compunción de Pedro.

Nuestro discurso quería centrarse en aquella vía vital de la penitencia que es la limosna, pero, hablando de la gran adquisición que nos hace conseguir la limosna, me he dejado absorber del mar de la virginidad. Queda firme, cuanto te dije; ¡qué gran vía de penitencia es la limosna, capaz de redimir de las cadenas de los pecados...!

Pero hay aún otra vía, un camino de penitencia más fácil y que puede liberarte igualmente de los pecados; reza cada momento, no te canses de orar y no seas negligente en invocar la benignidad de Dios; si perseveras, Él no se alejará y perdonará todos tus pecados, escuchando tu pedido. **Después que tu oración haya sido escuchada, sigue rezando en acción de gracia; si no ha sido escuchada, continúa insistiendo en la oración hasta obtenerlo.**

No objetes: “Yo he rezado tanto y no soy escuchado.” Esto sucede a menudo para tu utilidad; porque quizás si hubieras ya obtenido cuanto necesitabas, habrías abandonado la oración, mientras Dios parte de tu necesidad, para darte la ocasión de dialogar mas a menudo con él y perseverar en ella.

Si teniendo tantas necesidades y encontrándote en tan mal momento, eres tan indolente y no perseveras en la oración, ¿qué sucedería si no tuvieras ninguna urgencia? Es para tu beneficio, que Él se comporta así; quiere que no abandones la oración, por eso lo hace. Persevera en la plegaria; **no seas indolente porque la oración es muy potente, mi querido. Y no te pongas a rezar como si fueras a cumplir una cosa de poca importancia.**

Que la oración perdona los pecados, nos lo enseñan los santos Evangelios. ¿Qué dicen? El reino de los cielos es semejante a un hombre, que cerrada la puerta y yéndose a dormir con sus hijos, tuvo que vérselas con uno que había venido de noche a pedirle pan (Lc. 11:5-8). Golpeando decía: “Ábreme porque necesito pan”; y aquél: “ahora no puedo dártelo, porque yo y mis hijos estamos acostados”; como el otro continuaba golpeando la puerta, el dueño de la casa, replicó diciéndole: “No puedo darte lo que pides, porque yo y mis hijos estamos acostados”; pero, porque el otro, no obstante la negativa, insistía en golpear sin retirarse, dijo: “Levantaos, dadle lo que pide y dejadlo que se vaya” (Lc. 11:8). Esto, te enseña a rezar siempre, sin cansarte jamás, a perseverar si no recibes, hasta que lo obtengas.

Entre las muchas y diversas vías para la conversión, de las cuales habla la Escritura antes de la venida de Cristo, encuentras también la oración. Jeremías predicó: “¿Quizás quien cae no se levanta y quien extravía el camino no vuelve atrás?” (Jer. 8:4); y a Jerusalén: “después que te has prostituido, ven y vuelve hacia mí” (Jer. 3:7).

Las muchas y distintas vías, quieren eliminar todo pretexto de nuestra pereza, porque

si tuviésemos una sola, podríamos no llegar a recorrerla: “Si has pecado, ven a la iglesia y borra tu culpa.” Como en el camino cada vez que caes, te levantas, así en la vida, cada vez que caes, haz penitencia del pecado; aunque caigas por segunda vez, no desesperes sino arrepéntete de nuevo, no pierdas por negligencia, la esperanza de los bienes prometidos. Aunque estuvieses en la extrema vejez, ven y haz penitencia.

Confesar los Pecados a Dios.

La iglesia es una casa de curación, no un tribunal. Aquí no se te pide cuenta de los pecados, se te concede la remisión de las culpas. Confesarás solamente a Dios tu pecado: “contra Ti solo he pecado, lo que es malo ante tus ojos, yo lo he hecho” (Sal. 50:6), y te será remitida la culpa.

Tienes otra manera de rezar para arrepentirte, no difícil, al contrario, absolutamente más fácil que las otras, al alcance de la mano. ¿Cuál? La que te enseñan los santos Evangelios: llorar los pecados como lo hizo Pedro, que era la cabeza de los apóstoles y el primero en la Iglesia, el amigo de Cristo, que recibió la revelación del Padre y no de los hombres, como testificó el Señor con aquellas palabras: “Bendito tú, Simón, hijo de Jonas, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:17). Lo hizo Pedro y cuando digo Pedro, hablo de la roca que no se rompe, del sólido fundamento contra las olas del mar, del gran apóstol que fue el primero entre los discípulos, el primero en ser llamado y el primero en obedecer. El no había cometido un pecado ligero, sino uno muy grave, haber renegado del Señor: no lo digo, acusándolo, sino para darte el justo modelo de penitencia; renegó del mismo Señor del universo, que a todos alcanza su providencia y para todos es la salvación.

Las Lagrimas de Pedro.

Volvamos la mirada hacia atrás, cuando el Salvador, mientras veía a algunos retirarse (Jn, 6:67), traicionándolo, dijo a Pedro: “¿Quizás también tú, quieres irte?,” “Pedro contestó: aunque tuviera que morir contigo, no te negaré” (Mt. 26:35). ¿Qué dices Pedro? Es Dios que te lo preanuncia, y ¿le resistes? ¿Cuándo habría sucedido? La noche, en la cual fue traicionado Cristo. Leemos que entonces, habiéndose acercado al fuego para calentarse, una mujer le vino a decir: “También tú estabas ayer con este hombre.” Y él le contestó: “No conozco a este hombre” (Mt. 26:69; Mc. 14:6 8:71). Lo repitió por segunda y por tercera vez: y se cumplió cuanto estaba preanunciado.

Cristo entonces miró a Pedro y con la mirada, no con la boca, para no amonestar y avergonzar a su discípulo delante de los Judíos, le hizo escuchar su voz, diciéndole con los ojos: “Oh Pedro, he aquí que se ha cumplido cuanto te decía.” Entonces, escuchada esta voz, Pedro comenzó a lagrimear, no simplemente a lagrimear, sino a llorar amargamente; del llanto de sus ojos hizo como un segundo bautismo. Llorando así amargamente logró cancelar su culpa y sólo después de aquel llanto, le fueron confiadas las llaves del cielo.

Ahora bien, si Pedro con su llanto, alcanzó a cancelar tanto pecado, ¿no podrás también tú con el llanto borrar tus errores? Si, en efecto, no fue ligera, sino grave y difícil de lavar la culpa de Pedro, al renegar al propio Señor, y sin embargo, su llanto la canceló, también tú, para que el Señor por su misericordia perdone tus culpas llora, no simplemente, sino vertiendo amargas lágrimas como Pedro, haciendo brotar desde lo profundo, las fuentes mismas de llanto. El es clemente, y ha dicho: “No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, haga penitencia y viva” (Ez. 18:23).

Quiere un poco de esfuerzo y te recompensará con largueza. Quiere que le des ocasión para poderte conceder el tesoro de la salvación. Ofrecele tus lágrimas y te dará su perdón; muestra tu arrepentimiento y te concederá la remisión. Pon a su disposición un pequeño elemento para tu .descargo y patrocinará tu causa en el mejor modo; porque ésta es la parte

que él realiza, cuando nosotros hacemos la nuestra; si no rechazamos colaborar, nos dará cuanto depende de Él.

De lo que nos ofrece, ya tenemos pruebas: ha creado el sol, la luna y el variado coro de estrellas; ha creado el flujo del aire, la superficie de la tierra, con los mares que la circundan, con los montes, valles, colinas, fuentes, lagos y ríos e innumerables especies de plantas, jardines y todo el resto. Pero debes prestar una pequeña contribución, para que te sean proporcionadas también las cosas del cielo.

No seamos descuidados y no perdamos de vista nuestra salvación, mientras tenemos a nuestra disposición el infinito mar de la misericordia del Señor del universo, dispuesto a cambiar su actitud con referencia a nuestras culpas. La meta propuesta es el reino de los cielos, el paraíso con aquellos bienes, “que ojo no vio, oído no oyó” “jamás imaginó el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para aquellos que lo aman” (1 Cor. 2:9). ¿No sacrificamos todo para contribuir a no perderlo?

¿No sabes lo que ha dicho Pablo? Había trabajado tanto, levantando infinidad de victorias sobre el demonio, y con el cuerpo había volado por el mundo, recorriendo la tierra y el mar, pasando sobre el aire como poseyendo alas: fue lapidado y estuvo a punto de muerte, fue golpeado y todo por el nombre de Dios. Fue llamado desde lo alto por una voz del cielo; observa cómo habla, con qué tono se expresa. Dice: “He recibido todo por gracia de Dios, pero también yo he contribuido con mis fatigas,” y exactamente, “su gracia en mí no fue vana; al contrario me he fatigado más que todos ellos, dando mi contribución” (1 Cor. 15:10). Quiere decir: “Conozco y reconozco como muy abundante la gracia que Dios me ha dado: pero ella no me ha encontrado inactivo y todos conocen mi colaboración...”

Como él, eduquemos también nuestras manos para la limosna; demos también nosotros lo que nos corresponde; lloremos nuestros pecados; gimamos por nuestras iniquidades; demostremos de qué manera queremos corresponder a los grandes dones futuros que superan nuestra esperanza: el paraíso y el reino de los cielos. De los cuales nos sea dado a todos nosotros, participar por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sean con el Padre y con el Espíritu Santo la gloria, la potencia y el honor, ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

Homilía IV. Sobre la Conversión y la Oración.

La Confesión da Consuelo.

Los pastores llevan siempre las ovejas hacia donde ven el pasto más abundante, y no cambian de lugar, si antes el rebaño no ha terminado de comerlo todo. A su imitación, también nosotros, queremos seguir en este cuarto día, dando alimento vital a esta grey: el pasto de la penitencia, que además hoy no lo podremos agotar, porque lo contemplamos tan rico, tan abundante en consuelo y de gran utilidad.

No sirve de alimento a los rebaños, el follaje de los árboles que, al mediodía hacen de techo para las ovejas, procurándoles la suspirada y útil sombra para el dulce sueño. Del mismo modo, recrean y restauran las almas afligidas y desoladas, las Sagradas Escrituras, que leídas, alivian la vehemencia y los tormentos de las tribulaciones, ofreciendo un consuelo más dulce y jovial que cualquier sombra. Tanto consuelo nos lo proporciona; no sólo en los desastres financieros o en la pérdida de hijos y otras calamidades del mismo género, sino también, cuando estuviéramos postrados por el pecado.

Apenas el hombre bajo la esclavitud del pecado, siente remordimiento de conciencia,

por el recuerdo de la falta cometida y se consume en el fuego, sofocado por profundo abatimiento, acepta los consuelos de tantos que quisieran consolarlo. Si entra en el iglesia y escucha que muchos de entre los santos cayeron y se levantaron, volviendo de nuevo a la dignidad precedente, entonces, aún sin darse cuenta, levantaría el ánimo y saldría animado. No obstante, muy a menudo, por respeto humano, nos dejamos vencer por la vergüenza y por el pudor y evitamos confesar nuestro pecado, o si lo revelamos, no sacamos los frutos debidos.

La angustia satánica, solamente, desaparece cuando Dios nos consuela, tocándonos el corazón. Por esto, **nos ha descrito en la Biblia pecados de los santos**, para que todos saquemos sumo provecho, **tanto pecadores como justos**. Esto es para que, si están abatidos hasta la desesperación, se levanten viendo a los otros caídos, capaces todavía de resurgir; quien obra la justicia se hace más diligente y más firme, si ve caídos a muchos mejores que él. Actúa más cautamente por temor a caer, se hace más combatiente y más firme en defenderse en toda circunstancia.

Esta es la utilidad que se extrae de aquellos ejemplos, sea que practique la virtud, peque y no se desespere; uno, será más firme y otro, se levantará fácilmente de la caída. En efecto, si un hombre nos conforta en la aflicción, el consuelo será temporal y caeremos nuevamente muy pronto en el desconsuelo de antes; pero si es Dios el que nos exhorta, con el ejemplo de aquellos que, después del pecado, **se han convertido y salvado, entonces se evidencia su bondad y estando seguros de la consolación que nos manifiesta y nos provee. No podemos dudar de nuestra salvación.**

Por lo tanto, para todos los desconsolados, conscientes del peligro que corren por el pecado, las historias antiguas de la Escritura ofrecen un oportuno remedio, basta que se quiera. Además dirigiendo la mirada a los justos que sufren pacientemente, aunque nos amenazara con la confiscación de todos bienes, calumnias, cárceles, azotes u otros maltratos de cualquier género, fácilmente nos levantaremos por encima de nosotros mismos.

Mientras que en las enfermedades del cuerpo, el mirar los sufrimientos ajenos aumentan nuestro propio mal y a menudo nos hacen contraer el mal que no teníamos, como sucede con quien, observando a los enfermos de ojos, contrae la enfermedad; para el alma, en cambio, sucede lo contrario, porque meditando sobre quien ha sufrido semejantes males, sentimos más ligero el dolor por los nuestros.

Por esto, Pablo consoló a sus fieles, recurriendo a los ejemplos de los santos, tanto vivos como muertos. Hablando, en efecto a los Hebreos que estaban por caer en la trampa del demonio, recurrió a los ejemplos de los hombres santos, como Daniel y los tres niños, Elías y Elíseo, “que cerraron las fauces de los leones, apagaron la violencia del fuego, se salvaron del filo de la espada, fueron lapidados, probaron desprecios y flagelaciones, cadenas y prisión; caminaron cubiertos de vellones de ovejas y de cabras, necesitados, atribulados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno” (Hebr. 11:3 4 ss). Encontrar amigos en la aflicción es consuelo para quien sufre; para quien padece, la soledad desanima, entonces a otros caídos en los mismos males, hace más tolerables los golpes fatales.

Dios Permite las Penas para Inducirnos a Penitencia.

Para no abatirnos, cuando tantos males parecen aplastarnos, recurramos inmediatamente a las historias de la Escritura. De ella sacaremos, pues, motivo para aumentar la paciencia; seremos confortados, sintiéndonos en comunión con quienes han sufrido como nosotros, y aprenderemos la manera de liberarnos de las preocupaciones en las que hemos caído; y luego de la remisión de las culpas, volveremos a comportarnos como antes, sin caer en negligencia, ni soberbia.

Cuando las cosas nos van mal, naturalmente nos hacemos pequeños y humildes, demostrando una gran piedad; éste es el fin propio de las pruebas, obligar a rendirse a quienes tienen un corazón de piedra, haciéndoles sentir su dureza.

El alma piadosa, que tiene a Dios delante de los ojos, no pierde la memoria de las pruebas de las que fue liberado, como hicieron, a menudo, los judíos a quienes el Profeta, con burla alude diciendo: “cuando los hacía perecer, lo buscaban, retornaban y bien pronto se dirigían a Dios” (Sal. 77:34). También Moisés, convencido de lo mismo, tuvo a menudo que exhortarlos así: “Cuando hayas comido y bebido y te hayas saciado, cuídate de olvidar al señor Dios tuyo”(Det. 6:12-13).

Esto había sucedido, porque tuvo que decir: “Jacob ha comido y se ha saciado y engordado; el predilecto ha recalitrado” (Deut. 32:15). Para los santos, en cambio, no hay que maravillarse si fueron píos y filósofos en los tiempos más agudos de las tribulaciones y, permanecieron sobrios, empeñosos como antes, aún superadas las tempestades con gran serenidad.

Admiramos maravillados a un caballo, cuando marcha a un ritmo regular, sin frenos; en cambio, cuando mantiene tal ritmo a perfección, porque está constreñido por las riendas y los frenos, no lo admiramos tanto, por su temperamento, ya que no marcha sino por la presión exterior. Lo mismo decimos del alma, no causa ninguna maravilla, si se mantiene firme cuando obra por temor; en cambio, demuestra criterio y buena disposición, si el alma permanece constante, cuando ya se hayan alejado las pruebas y cesado el temor.

Al denunciar a los Judíos, temo haber comprometido nuestra forma de vida, porque también nuestra iglesia, se ha colmado con numerosos grupos, aun cuando fuimos probados por el hambre, la peste, el granizo o la sequía, incendios o asaltos de enemigos. Cuánta filosofía, cuánto desprecio de las cosas del mundo entre nosotros; no existían dificultades, ni avidez de riquezas, ni ansias de gloria, ni impulso a amores lascivos, ni malos pensamientos de otro género; estabais todos dedicados a la religión, entre oraciones y gemidos; el fornicador, hecho casto; el litigante, vuelto a reconciliar; el avaro, inclinado a la limosna; el colérico e insolente, **convertido a la moderación y a la humildad.**

Pero, alejada la ira de Dios, superada la tempestad y después de tanta tormenta cuando llegó la bonanza, habéis vuelto a las disposiciones anteriores; por mi parte, en el tiempo de la prueba, siempre os advertía explícitamente sobre lo que luego acaecería, sin ningún tipo de provecho. Habéis arrojado de vuestra alma, todo propósito como sueño o sombra. Por eso, ahora más que antes, temo cuanto os decía entonces. Temo más que antes, que nos merezcamos de Dios pruebas, aún más graves, para el presente, y el castigo sin salvación, en aquel momento.

Porque, cuando el hombre no cesa de caer en el pecado, recurre a la indulgencia de Dios, y a su tolerancia y no saca provecho alguno para liberarse de la maldad; Dios por último, si bien no quiera arrojarlo en el abismo del mal y arruinarlo para siempre, termina por tratarle de manera tal, que no tenga más tiempo para arrepentirse, como sucedió con el Faraón. Había experimentado la benignidad de Dios, en la primera, segunda, tercera y cuarta plaga, etc., pero porque no sacó provecho alguno, fue por último arruinado y eliminado, junto con su pueblo.

Lo mismo les pasó también a los Judíos, por lo cual,

La Vida Privada de los Santos.

Cristo tuvo que decir, antes de exterminarlos e irremediabilmente dispersarlos: “Cuántas veces he querido recoger a tus hijos y no habéis querido. He aquí, que vuestra casa queda desierta” (Lc. 13:34). Pero temo que esto nos suceda también a nosotros que, no dejándonos enseñar por otros y, por nuestros errores corremos el riesgo de caminar hacia idéntica ruina. No lo digo sólo a vosotros, ahora aquí presentes, sino también, a cuantos alejados de la cotidiana diligencia, se han olvidado de las precedentes tribulaciones; por lo cuales no he dejado de predicar que el recuerdo de las pruebas, se grave en nuestras almas aún después que hayan pasado, porque recordando siempre la misericordia de Dios, tendemos sin inte-

rrupción a agradecerle.

Lo decía entonces, lo repito ahora, y por medio vuestro lo digo a todos. Imitemos a los santos que no se dejaron doblegar por las tribulaciones, ni al venir a menos en sus bienes, relajaron su propia vida, como acaece hoy a muchos de entre nosotros, hombres que naufragan como frágiles embarcaciones entre el oleaje de la tempestad.

En efecto, cuando fuimos pobres, muy a menudo nos dejamos sumergir por sus olas; después, cuando nos hicimos ricos nos envolvió por todas partes, la soberbia y la avaricia. Os exhorto, por tanto, a dejar toda otra cosa y, entre todos, buscar la armonización de nuestros sentimientos, **con el ideal de la salvación, ya que observando los mandamientos del Señor, esperando en Él y comportándonos correctamente**, nuestra alma encuentra soportable y aún ligero todo lo que le sucede: hambre, enfermedad, calumnia o desastre financiero.

Si el hombre, en cambio, no mantiene buenas relaciones con Dios, aunque nadare entre las riquezas, gozando de hijos y de innumerables bienes de fortuna, será atormentado por muchas concupiscencias y preocupaciones. Por tanto, no hay que afanarse en la búsqueda de riquezas ni ha de huirse de la pobreza, sino preocuparse sobre todo de la propia alma, cuidando los intereses de la vida presente, sin descuidar lo que llevaremos al despedirnos de esta vida a la otra.

Todavía un poco y sonará la hora del juicio para nosotros, cuando todos compareceremos ante el tremendo tribunal de Cristo, revestidos con nuestras acciones. Entonces podremos ver con nuestros ojos, las lágrimas que dejamos derramar a los huérfanos, las torpes acciones que mancharon nuestras almas, los gemidos de las viudas, los ultrajes a los pobres, las extorsiones en perjuicio de los desafortunados, estas y tantas otras cosas del mismo género; inclusive lo más pequeño que hayamos cometido sólo con el pensamiento, porque es EL “el juez de los sentimientos, que examinará también los pensamientos, (Hebr. 4:12) que penetrará en mentes y corazones (Sal. 1:7; 10) y juzgará a cada uno, según sus acciones” (Mt. 16:27).

La Virginitad del Cuerpo y la Santidad del Alma.

Este discurso, no se refiere solamente a quien vive la vocación en el mundo, sino también al monje que ha plantado la propia tienda sobre los montes; él, no sólo debe custodiar su cuerpo de toda mancha de fornicación, sino cuidar también el alma pura de toda otra satánica concupiscencia.

El apóstol Pablo, dirigiéndose no sólo a las mujeres, sino hablando también a los hombres y a todo el pueblo, que es la Iglesia, dice que el alma virginal debe ser “santa en el cuerpo y espíritu” (1 Cor. 7:34), y aun: “Presentad vuestro cuerpo cual virgen casta” (2 Cor. 11:2). ¿En qué sentido casta? “Sin mancha y sin arruga” (Ef. 5:27).

También las vírgenes, con las lámparas apagadas, tenían la virginitad del cuerpo, pero no la santidad del corazón. Y también las personas no corrompidas por el hombre, pero viciadas por el amor al dinero, tienen el cuerpo intacto pero el alma llena de adulterio y de innumerables pensamientos perversos: avidez de riquezas y dureza de corazón, ira y envidia, pereza y disipación, orgullo y corrupción de la santidad virginal. Por eso dice Pablo: “Que la virgen sea santa en el cuerpo y espíritu” (1 Cor. 7:34), y de nuevo: “Presentaos cual virgen casta a Cristo” (2 Cor. 11:2).

Como los cuerpos se contaminan por los adulterios, así también las almas se manchan por obra del demonio con pensamientos torpes, doctrinas corruptas y sentimientos perversos. Quien dice: “Soy virgen en el cuerpo,” pero en su alma anida la envidia a su hermano, no puede absolutamente ser virgen; pues, corrompe la virginitad, la mezcla con el rencor o la vanagloria. No es virgen, quien haya contaminado su alma con la fascinación de la perversa pasión, que penetrando en ella le arrebatte la virginitad. Quien odia a su hermano no es virgen

sino homicida; para recapitular, cada uno de nosotros pierde la virginidad, cuando se abandona a la codicia que lo domina, obrando lo que Pablo llama la malvada mezcla, cuando manda ser vírgenes, no acogiendo deliberadamente en nuestra alma, ningún pensamiento ajeno.

Volveremos a Dios con la Oración Humilde y Contrita.

¿Qué cosa agregaré? ¿Cómo podemos conseguir la misericordia? ¿Cómo salvarnos? Os lo digo enseguida: con el recogimiento del alma en oración constante, en humildad y mansedumbre, frutos de la oración, como dice el Señor: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso en vuestras almas” (Mt. 11:29). David había dicho: “Un espíritu contrito es sacrificio agradable a Dios; un corazón dolorido y humillado, Dios, tú no lo despreciarás” (Sal. 50:19); **porque nada hay más grato y agradable a Dios que un alma humilde y mansa.**

Entonces, también tú, hermano, cuando te veas caído en alguna desagradable sorpresa, cuídate de dirigirte a los hombres; no recurras a quien te da sólo una ayuda mortal; olvídate de todo, para dirigirte con el pensamiento al Médico de almas. Puede curar nuestros corazones, Aquél que los ha plasmado uno a uno y comprende todas nuestras acciones (Sal. 32:15). Aquél que penetra en la conciencia, conoce la mente y llama al alma. Si no es El quien mueve a nuestro corazón, sera superfluo e inútil lo que puedan hacer los hombres; si El nos llama y nos conforta, no podrán contra nosotros ni el eventual asalto de una horda hostil, ya que nuestro corazón, unido a él, no podrá ser sacudido por nada.

Conscientes de esto, refugiémonos siempre en Dios que quiere y puede liberarnos de la adversidad. Si cuando tenemos que pedir algo a un hombre, es necesario acercarse primero a los porteros, rogar a los parásitos y aduladores y recorrer un largo camino; en cambio con, Dios, no tenemos ninguna necesidad, de todas estas cosas. El, es accesible en todos los casos, sin mediaciones; sin bienes de fortuna y sin gastos de dinero, escucha la oración. Basta, solamente, que lo invoques de corazón y le ofrezcas las lágrimas que derramas; fácilmente tendrás acceso a El y lo tendrás de tu parte.

Cuando pedimos a un hombre, siempre tememos que algún enemigo nuestro, ligado a él por la amistad o su adversario, se introduzca y escuche nuestras cosas, o que otro revele lo que decimos y viole la justicia; pero con Dios, no hay por qué imaginar tales hipótesis. Él dice: “Cuando quieras rogarme, ven hacia Mí, tú solo, con nadie más, e invócame con el corazón, sin el movimiento de los labios.” He aquí cómo precisamente se expresa: “Entra en tu pieza y, cerrada la puerta, ora a tu padre que ve en lo secreto y El te lo dará en público” (Mt. 6:6).

Escuchar a Dios.

¡Mira qué exceso de benignidad! Que nadie vea cuando tú oras, pero que la tierra sea testigo del favor con que te honró. Obedezcámosle entonces, y no oremos en público ni aun delante de los enemigos. No pretendamos, además, enseñar a Dios el modo cómo Él debe venir a nuestro encuentro y ayuda; si pues, manifestando nuestros casos a los abogados y defensores en los tribunales profanos, confiamos únicamente en ellos para que actúen en nuestra defensa, al buscar nuestros intereses como lo crecen mejor, mayor razón tenemos para actuar así con Dios. ¿Le has manifestado tu causa, le has dicho cuánto te ha sucedido? Evita querer indicarle cómo quieres que te ayude; lo que te conviene, Él lo sabe con precisión.

Por último, hay muchos que cuando rezan, enumeran una sucesión interminable de pedidos: “Señor, concédeme la salud del cuerpo; dame el doble de lo que tengo; véngame del enemigo.” ¡Plegarias absurdas! Puestos a un lado todos los pedidos de tal género tú, suplica e implora como el publicano: “Oh, Dios, ten piedad de mí, pecador” (Lc. 18:13). Además, El sabe muy bien cómo ayudarte; está escrito: “Buscad primero el reino de Dios y todas estas cosas se os darán por añadidura.” (Mt. 6:33).

He aquí entonces la filosofía, mis queridos, que debemos practicar con empeño y humildad; golpeándonos el pecho, obtendremos cuanto hayamos pedido, rogando en cambio, llenos de orgullo e ira, seremos objeto de abominación y de desprecio delante de Dios. Destruyamos, entonces, nuestro yo y humillémonos en lo íntimo del alma. Reguemos por nosotros y por quienes nos hacen sufrir; en efecto, si quieres ganarte al Juez, convirtiéndolo en un defensor de tu vida y llevándolo a tu favor, que cada encuentro con Él, no termine en un desencuentro con quien te ha hecho sufrir. Tal es pues el estilo de este Juez: escucha y acepta sobre todo, las oraciones de quien ora por los enemigos y olvida las ofensas recibidas. Por tanto, obtendrá la ayuda de Dios contra ellos, si no se convierten a penitencia.

Dios nos Golpea para Sanarnos.

Cuidad hermanos, de no indignaros y desanimaros, cuando alguien os injurie. Como filósofos, en cambio, agradecemos y esperamos la ayuda del Señor.

¿Quizás Dios no habría podido concedernos lo que es bueno para nosotros, antes que se lo pidamos o darnos una vida libre de aflicciones, privada de todas las tribulaciones? ¿Pero lo uno y lo otro son signos de gran amor? ¿Por qué permite que seamos atribulados y no nos libera enseguida? ¿Por qué motivo? Propiamente, para que le estemos siempre cerca, para implorar su ayuda, para que nos refugiamos en Él, invocándolo continuamente en nuestro socorro.

Los dolores físicos, la carestía de los frutos de la tierra y el hambre, no tienen otro propósito que hacernos reconocer siempre dependientes de Él, a través de tales tribulaciones y de hacernos heredar así, mediante las aflicciones del tiempo, la vida eterna.

También de esto, debemos agradecer a Dios, que por tantos caminos es médico y salvador de nuestras almas. Si con los hombres nos sucede, retribuir sin querer con mal el bien recibido, pronto el beneficio nos es tan reprochado, que maldecimos el momento en el que fuimos beneficiados; Dios en cambio, con aquellos que, desprecian sus beneficios y lo insultan, no sólo no obra así, sino que casi se justifica, hasta rendir cuentas de su actuación a quienes le ofenden. A nosotros se dirige diciéndonos: ¿Pueblo mío, qué cosa te ha hecho? No dejó de nombrar como pueblo suyo a quienes lo renegaron como Dios y rechazaron su señorío; no renegó de ellos y les trató como a sus familiares, atrayéndolos a Sí, diciendo: “Pueblo mío, ¿Qué mal te he hecho? ¿Quizás Yo te fui de peso grave y molesto? (Mig. 6:3-4).

Todavía, tú no puedes hablar de tales molestias; y aunque si pudieras, no deberías reaccionar de tal manera, porque “¿cuál es el hijo que no es corregido por su padre?” (Hebr. 12:7). De todos modos, vosotros no podéis hablar, porque está escrito: “¿Qué injusticia encontraron en mí vuestros padres?” (Jer. 2:5), expresión magnífica y admirable que corresponde a aquella: ¿Qué mal te ha hecho?” Es el Señor que dice a los hombres: “¿Qué mal te he hecho?,” cosa que ni los siervos se resignan a decir a sus patrones. No dijo solo: “¿Qué mal os he hecho?, sino también “a vuestros padres,” es decir: “No podéis invocar en mi contra, la enemistad heredada de vuestros padres ya que jamás, he actuado de modo que vuestros antepasados se quejaron de mi providencia, no habiéndolos, descuidado en lo más mínimo.” He aquí porque no dijo simplemente: “¿Qué injusticia recibieron de mí, vuestros padres?”, sino: “¿Qué injusticia encontraron?,” es decir: “Tanto han buscado en los años que fui su rey, y no han podido encontrar en mí, culpa alguna.”

Por todos estos motivos, estémonos siempre y verdaderamente refugiados en Dios, buscando en Él, consolación si estamos desanimados y la liberación si estamos apretados de graves preocupaciones; pidiendo ayuda a Él en cada prueba, porque por terribles y pesados que sean los males en los que nos encontramos, El puede liberarnos y eximirnos.

No sólo esto, sino que también, aquí bajo su bondad nos dará plena seguridad: vigor y buen nombre, salud del cuerpo y la filosofía del alma, buenas esperanzas y la posibilidad de no caer fácilmente. Por tanto no nos lamentemos contra el Señor, murmurando como siervos

ingratos, sino seamos agradecidos en todo momento, juzgando como único mal, pecar contra él.

Si tales fueren nuestras relaciones con Dios, no nos dejaremos llevar por el vaivén de las enfermedades o de la pobreza, de la ignominia o de la carestía de los frutos de la tierra, y de ninguna otra actividad para nosotros juzgada dolorosa; recogeríamos por todos los lugares frutos de pura y casta alegría, buscando conseguir los bienes futuros por la gracia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo, **al cual sean la gloria junto al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos.** Amén.

CE, 2005.

para uso interno biblioteca

Diarios de Avivamientos